

Revista Espírita

Periódico de Estudios Psicológicos

1862-1865

Colección de Textos de
Allan Kardec

Prefacio de José María Fernández Colavida
psicografiado por Divaldo Pereira Franco

Organización y traducción:

Simoni Privato Goidanich

Copyright 2010 by

Simoni Privato Goidanich

ISBN 978-9942-02-735-1

1.ª edición, marzo de 2010.

Quito, Ecuador.

1000 ejemplares.

Portada basada en el cuadro *Les coquelicots à Argenteuil* (1873), de Claude Monet.

Revisión del idioma español: Fabricio Vásquez (Quito, Ecuador).

Diagramación: Roberto Goidanich y Simoni Privato Goidanich.

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados única y exclusivamente para la autora. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, Internet, CD-Rom, sin la previa y expresa autorización de la autora y mención de la fuente (título, autora, lugar y año de publicación), en los términos de la legislación sobre los derechos de autor.

La autora costó todos los gastos de elaboración, diagramación e impresión de este libro, tal como lo hizo con sus obras anteriores. La autora no recibe ninguna retribución financiera por los libros que publica, ni siquiera para la restitución de los gastos realizados por las publicaciones. Todo el trabajo que la autora realiza en la Doctrina Espírita es *ad honorem*.

Los ejemplares de esta edición han sido donados a instituciones espíritas de varios países. Se autoriza a las instituciones espíritas beneficiarias a vender los ejemplares recibidos en donación, con la condición de que los recursos financieros obtenidos por la venta sean utilizados totalmente para tareas de estudio de las obras de Allan Kardec y de aquellas que les son fieles o de promoción social espírita.

Dirección electrónica de la autora: simoniuruguai@yahoo.com

Estudios Espíritas: www.estudiosespiritas.blogspot.com



Sumario

Biografía resumida de José María Fernández Colavida, p. 9

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec, p. 13

Mensaje de José María Fernández Colavida psicografiado por el médium Divaldo Pereira Franco en la reunión mediúmnica del Centro Espírita Camino de Redención, en la noche del 20 de enero de 2010, en Salvador, Bahía

Introducción, p. 17

1 – Mi misión, p. 21

Obras Póstumas, segunda parte

2 – Resumen de la ley de los fenómenos espíritas, p. 25

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 7.º año, n.º 4, abril de 1864

3 – Respuesta al mensaje de los espíritas lioneses con ocasión del Año Nuevo, p. 36

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 2, febrero de 1862

4 – Consecuencias de la doctrina de la reencarnación para la propagación del Espiritismo, p. 46

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 4, abril de 1862

5 – Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas: Discurso del señor Allan Kardec con ocasión de la renovación del año social, el 1.º de abril de 1862, p. 52

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 6, junio de 1862

6 – ¡He aquí cómo se escribe la historia! Los millones del Sr. Allan Kardec, p. 67

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 6, junio de 1862

7 – Estadística de los suicidios, p. 73

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 7, julio de 1862

8 – Necrología. Muerte del obispo de Barcelona, p. 83

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 8, agosto de 1862

9 – Respuestas a la invitación de los espíritas de Lyon y de Burdeos, p. 87

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 5.º año, n.º 9, septiembre de 1862

10 – La lucha entre el pasado y el futuro, p. 91

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 6.º año, n.º 3, marzo de 1863

11 – Los traidores y los amigos inhábiles, p. 99

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 6.º año, n.º 3, marzo de 1863

12 – Utilidad de la enseñanza de los Espíritus, p. 111

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 6.º año, n.º 12, diciembre de 1863

13 – Sociedad Espírita de París: Discurso de inauguración del séptimo año social, el 1.º de abril de 1864, p. 117

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 7.º año, n.º 5, mayo de 1864

14 – La religión y el progreso, p. 127

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 7.º año, n.º 7, julio de 1864

15 – El Espiritismo es una ciencia positiva: Alocución del señor ALLAN KARDEC a los espíritas de Bruselas y de Anvers, en 1864, p. 136

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 7.º año, n.º 11, noviembre de 1864

16 – De la comunión de pensamientos, a propósito de la conmemoración del día de los difuntos, p. 147

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 7.º año, n.º 12, diciembre de 1864

17 – De la perpetuidad del Espiritismo, p. 157

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 8.º año, n.º 2, febrero de 1865

18 – Nueva táctica de los adversarios del Espiritismo, p. 163

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 8.º año, n.º 6, junio de 1865

19 – Qué enseña el Espiritismo, p. 171

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 8.º año, n.º 8, agosto de 1865

20 – De la mediumnidad curativa, p. 181

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 8.º año, n.º 9, septiembre de 1865

21 – Alocución en la reanudación de las sesiones de la Sociedad de París, el 6 de octubre de 1865, p. 191

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 8.º año, n.º 11, noviembre de 1865



Biografía resumida de José María Fernández Colavida

(Tortosa, 1819 – Barcelona, 1888)

Si deseáramos describir, en pocas palabras, quién es José María Fernández Colavida, deberíamos afirmar, ante todo, que se trata del ejemplo real y concreto del hombre de bien y del verdadero espírita, enseñado en *El Evangelio según el Espiritismo*.

Conocido, con toda justicia, como el *Kardec español*, trabajó y sigue trabajando permanentemente por el progreso de la humanidad, divulgando la Doctrina Espírita no solamente por medio de su perfecto conocimiento doctrinario, sino también por el fiel ejemplo que siempre ha dado de la práctica de las enseñanzas espíritas, sobre todo de la ley de amor, de justicia y de caridad.

Primer traductor y editor de los libros de Allan Kardec al idioma español, jamás buscó ventajas materiales en las obras que publicaba, donando muchas de ellas en beneficio de la divulgación doctrinaria o vendiéndolas a precios simbólicos, que ni siquiera cubrían los costos generados por la impresión. Fue gracias a su abnegado trabajo de divulgación doctrinaria que Amalia Domingo Soler, entre otros innumerables beneficiarios, pudo tener las obras de Allan Kardec, como ella misma cuenta en *Memorias*: «[...] Fernández Colavida me mandó la colección completa de su *Revista*, las obras de Allan Kardec y una carta cariñosísima. Cuando yo me vi dueña de los libros de Kardec por los que tanto había suspirado, mi alegría fue inmensa».

Fundador, director y redactor, en Barcelona, de la *Revista Espiritista –Periódico de Estudios Psicológicos*, posteriormente denominada *Revista de Estudios Psicológicos*, fue el mayor divulgador espírita a los países de lengua española. Realizó un trabajo

admirable de orientación doctrinaria a espíritas de varios lugares del mundo, tales como Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, Filipinas, México, Perú, Uruguay, además de España.

Fundador de la primera librería espírita en la capital de Cataluña, fue el importador de los trescientos volúmenes y folletos sobre el Espiritismo quemados el 9 de octubre de 1861 en el Auto de Fe de Barcelona.

También fue el fundador de la *Asociación de los Amigos de los Pobres*, de la *Sociedad Barcelonesa Propagadora del Espiritismo* y el director del *Grupo Espírita La Paz*, instituciones en las que trabajó con ahínco por el bien del prójimo.

Presidente de honor del *Primer Congreso Internacional Espírita*, realizado en Barcelona en septiembre de 1888, pocos meses antes de su desencarnación, recibió el homenaje con la más grande humildad, pues jamás buscó ningún reconocimiento, excepto el de su propia conciencia.

Gran soldado de la paz del Cristo, ha trabajado de manera incesante por la unión de los espíritas alrededor del estudio y de la práctica de la moral de Jesús y de las enseñanzas codificadas por Allan Kardec. Sus manos laboriosas, herramientas luminosas en servicio constante a la causa espírita, escribían, en su más reciente encarnación, textos doctrinarios, cartas de orientaciones a espíritas de todas las condiciones sociales y de varias nacionalidades, así como llevaban auxilio a necesitados de toda especie, sea la ayuda material a las personas pobres económicamente, sea los fluidos saludables a los enfermos de cuerpo o de alma. En la vida espiritual, esas mismas manos, además de permanecer fielmente en el trabajo de las letras y del auxilio, nos son extendidas amorosamente para sostenernos en el recto cumplimiento de nuestros deberes como espíritas.

En su tumba, donde yace el cuerpo mortal, los espíritas de España y América,

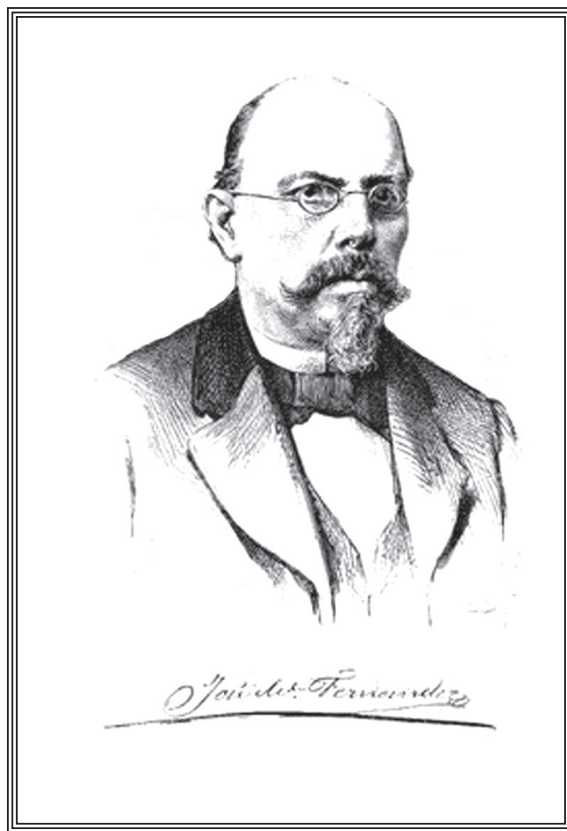
como una muestra de gratitud, deseaban construir un monumento. Con todo el respeto que esa iniciativa merece, no dejemos de prestar también otro homenaje al ejemplo inmortal de ese noble Espíritu bienhechor, edificando, en nosotros mismos, el monumento de la práctica de las dos enseñanzas fundamentales para todo espírita, es decir: «Hermanos, amémonos e instruyámonos».

Simoni Privato Goidanich

Principales fuentes consultadas:

- Amalia Domingo Soler. *Memorias*. 4.^a ed. Araras-São Paulo: Mensaje Fraternal-IDE, 2000.
- Amalia Domingo Soler. *La luz que nos guía*. 3.^a ed. Orihuela-Alicante: Centro Espírita *La Luz del Camino*, 2004.
- Divaldo Pereira Franco. *Hacia las estrellas*. Dictado por diversos Espíritus. 2.^a ed. Araras-São Paulo: Mensaje Fraternal-IDE, 1994.





José María Fernández Colavida

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos

Colección de Textos de Allan Kardec

Después de la publicación de *El Libro de los Espíritus*, el día 18 de abril de 1857, el egregio codificador, inspirado por los Guías de la humanidad, concluyó que era necesario crear un periódico para mantener la correspondencia con los simpatizantes de la nueva doctrina, defenderla de las acusaciones de los enemigos gratuitos, presentar nuevas enseñanzas, divulgar mensajes nuevos y consoladores, culminando en la publicación de la Revista Espírita el 1.º de enero de 1858.

La *Revista Espírita* fue denominada como un *Periódico de Estudios Psicológicos*, en razón del alcance temático presentado, iniciándose la propuesta de una psicología espiritista.

En aquel momento, en que predominaban los conceptos de la filosofía positivista, de Augusto Comte, una audaz psicología del alma se presentaba como un desafío cultural y científico, en condiciones de enfrentar y vencer el materialismo dominante en las Academias y Universidades.

El coraje moral de Allan Kardec, consciente de la grandeza del Espiritismo y de su contenido científico, que demuestra, por intermedio de sus propios métodos experimentales, la legitimidad de sus conceptos, se trasformaba en un desafío cultural, portador de los paradigmas filosóficos para la nueva era.

Fundamentándose siempre en la lógica y en la razón, como efecto de la investigación cuidadosa de los hechos, la *Revista Espírita*, se transformó en eficiente órgano de fecunda divulgación, de debates y de esclarecimientos de los nobles postulados espiritistas.

Se iniciaba, entonces, la lucha desigual entre las religiones dominantes, ciegas

en sus ortodoxias, haciendo coro con el materialismo dialéctico, histórico y mecanicista, en contra del Espiritismo, esa ciencia nueva, cuyos fenómenos se encontraban presentes en todas las épocas de la humanidad.

Acusaciones injustificables eran lanzadas de los púlpitos y de las cátedras científicas en contra de los médiums y de los espiritistas en general, intentándose macularles la conducta moral y el comportamiento psíquico, por falta de argumentación propia para superar sus paradigmas profundos.

Muchos periódicos se complacían en ironizar y ridiculizar el Espiritismo y sus adeptos, intentando impedir el desarrollo de sus enseñanzas iluminativas.

El Espiritismo había llegado a la Tierra para quedarse, para producir la revolución científico-filosófico-moral de la sociedad, y no para complacer a los dominadores temporales y equivocados de un momento, luego substituídos por otros más arbitrarios y perversos.

Había sido propuesto por Jesucristo para que fueran recordadas sus lecciones de amor y justicia que serían, como fueron, adulteradas, confundidas y transformadas en instrumentos de poder y de ilusión de los engañados teólogos de todos los tiempos.

Desvestido de cualquier forma dogmática, de supercherías, de ceremoniales, de fórmulas sacramentales, siendo una doctrina de pensamiento y de conducta ética, no tenía que temer a los arbitrarios dominadores de las mentes humanas, manteniendo su firmeza en todos los puntos fundamentales y laborando por la felicidad de los Espíritus encarnados o desencarnados.

A lo largo de los años, el maestro de Lyon se utilizó de la *Revista* para mantener ese combate entre las tinieblas de la ignorancia y la luz del conocimiento, entresacando posteriormente artículos, mensajes y estudios que constituirían las demás obras de la Codificación.

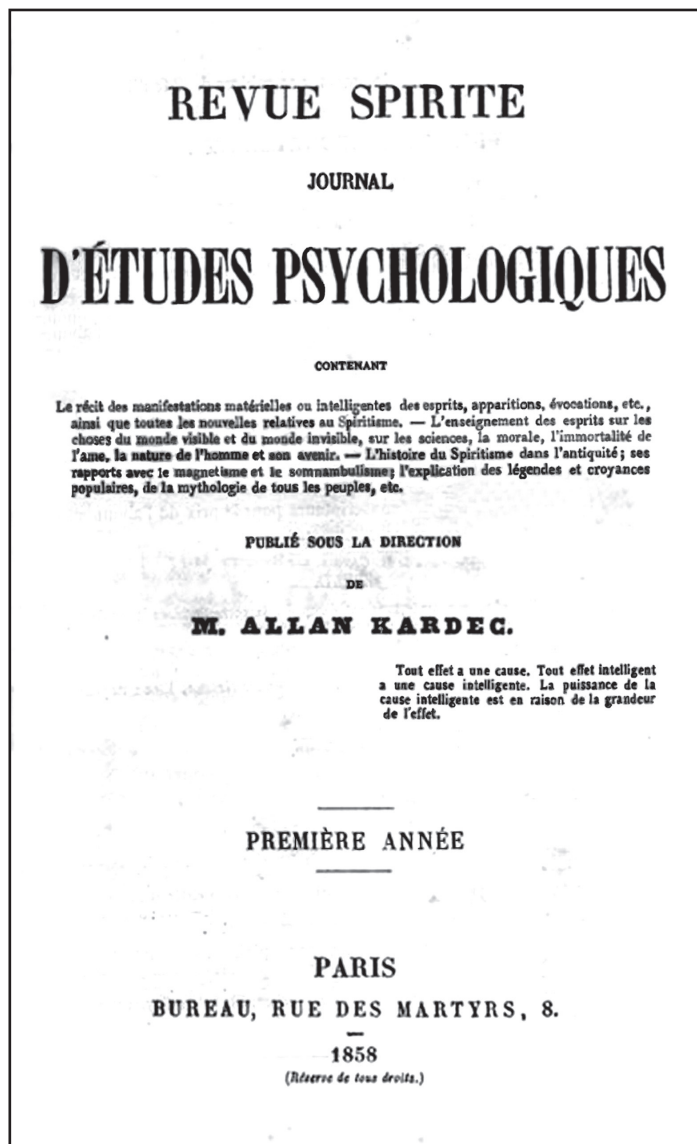
Poco conocida, y menos estudiada, incluso por muchos espiritistas, su divulgación, con el respeto que nos merece, es altamente oportuna, especialmente ahora, en estos días de sufrimiento y de incertidumbres para la sociedad, cuando se opera en el planeta terrestre el cambio de *mundo de pruebas y de expiación a mundo de regeneración*, el surgimiento de un compendio más de extractos de los diversos años de su publicación, traducidos al español, facilitando el entendimiento de las enseñanzas espiritistas.

Hacemos votos de éxito en la divulgación de ese volumen, de forma que sus estudios psicológicos puedan encontrar guarida en las mentes y en los corazones que se inquietan por la búsqueda de la verdad.

José María Colavida

(Página psicografiada por el médium Divaldo Pereira Franco en la reunión mediúmnica del Centro Espírita Camino de Redención, en la noche del 20 de enero de 2010, en Salvador, Bahia, Brasil)





Portada del primer número de la *Revista Espírita* –*Periódico de Estudios Psicológicos*

Introducción

Este segundo volumen de la trilogía *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec* está compuesto de veinte textos del Codificador del Espiritismo publicados entre 1862 y 1865. El primer volumen y el tercero contienen textos que Allan Kardec publicó en la *Revue Spirite – Journal d'Études Psychologiques* en los períodos 1858-1861 y 1866-1869, respectivamente.

Toda la traducción al idioma español de esta trilogía fue hecha de los textos originales, escritos en francés por Allan Kardec en la *Revue Spirite – Journal d'Études Psychologiques*. Los originales de Allan Kardec pueden ser consultados en la Biblioteca Espírita Virtual de Obras Raras de la Federación Espírita de Paraná, Brasil, que se encuentra en la siguiente dirección electrónica: <<http://www.bibliotecaespirita.com>>.

No ahorramos esfuerzos para cumplir de la mejor manera posible nuestro deber de traducir con fidelidad y respeto el original de Allan Kardec. Un cuidado especial que pusimos, durante todo el trabajo, fue el de siempre traducir y jamás interpretar, es decir, buscamos transmitir con precisión la idea original del autor, sin ninguna opinión de la traductora. Además, dedicamos particular atención a la traducción de las expresiones idiomáticas francesas. Las obras de referencia utilizadas para la traducción del idioma francés fueron, sobre todo, diccionarios monolingües, como el *Littré* del siglo XIX y el *Petit Robert*. La principal gramática del idioma francés consultada fue *Le bon usage*, de Maurice Grevisse.

Además de guardar fidelidad con el contenido original, mantuvimos el estilo empleado por el Codificador en sus textos. Únicamente, para facilitar la lectura, nos tomamos la libertad de separar algunas frases más largas, sin cambiar su significado, así como de resaltar frases de los textos poniéndolas en las partes

inferiores y superiores de las páginas. También añadimos algunas notas de pie de página para una mejor comprensión de la traducción.

La revisión del idioma español contó con la asesoría de un especialista, con quien trabajamos personalmente. Utilizamos, como referencia para la revisión, varios textos de la Real Academia Española, tales como la *Gramática de la lengua española* de la Colección Nebrija y Bello, el *Diccionario panhispánico de dudas* y el *Diccionario de la lengua española*, además de la *Gramática de la lengua castellana*, de Andrés Bello. Tomamos en consideración usos reconocidos por la nueva gramática del idioma español.

Los textos de la *Revue Spirite* de este volumen indican, en su conjunto, un período de luchas enfrentadas por el Codificador. Por esa razón, decidimos incluir, a modo de prólogo, el diálogo que Allan Kardec mantuvo con el Espíritu Verdad el 12 de junio de 1856, publicado en *Obras Póstumas*, que trata de los desafíos de la misión del Codificador.

La organización de los textos de la *Revue Spirite* en este volumen obedece a un criterio cronológico, con excepción del primer texto. Juzgamos adecuado iniciar la colección con la instrucción de Allan Kardec «Resumen de la ley de los fenómenos espíritas», ya que, por abarcar, de forma sucinta, los principios fundamentales de las manifestaciones espíritas, puede servir como introducción para la lectura de los demás textos.

Sin la autorización y la ayuda espiritual, este trabajo no habría sido posible. Por lo tanto, agradecemos inmensamente al Maestro Jesús la valiosa oportunidad que nos ha sido concedida de realizar este trabajo. Los buenos Espíritus con quienes hemos trabajado en esta trilogía resaltan siempre que los agradecimientos deben ser dirigidos al Maestro Jesús, pero no podemos dejar de agradecerles también.

Registramos, además, nuestra especial gratitud a los nobles Espíritus José

María Fernández Colavida y Joanna de Ángelis, así como al médium espírita Divaldo Pereira Franco.

Esperamos que esta colección, que ofrecemos con nuestros mejores sentimientos fraternales, contribuya para el estudio, la divulgación y la vivencia de las enseñanzas publicadas por Allan Kardec en la *Revue Spirite*.

Quito, febrero de 2010.

Simoni Privato Goidanich





Allan Kardec

1 – Mi misión

*Obras póstumas, segunda parte*¹

Pregunta (a la Verdad) – Buen Espíritu, desearía saber qué pensáis de la misión que me ha sido asignada por algunos Espíritus: tened a bien decirme, os lo ruego, si es una prueba para mi amor propio. Sin duda, lo sabéis, tengo el deseo más grande de contribuir para la propagación de la verdad, pero, del papel de simple trabajador al de misionero en jefe, la distancia es grande y no comprendo lo que podría justificar en mí una gracia tal, prefiriéndome a tantos otros que poseen talentos y cualidades que no tengo.

Respuesta – Confirmo lo que te ha sido dicho, pero te aconsejo mucha discreción si deseas triunfar. Más tarde sabrás cosas que explicarán lo que

te sorprende hoy en día. No olvides que puedes triunfar, del mismo modo que puedes fracasar; en este último caso, otro te reemplazaría, pues los designios de Dios no dependen de una persona específica. Por lo tanto, jamás hables de tu misión; sería el medio de hacerla fracasar. Sólo puede ser legítimada por la obra realizada y nada has hecho todavía. Si la realizas, las propias personas sabrán reconocer tu misión tarde o temprano, pues es por los frutos que se reconoce la calidad del árbol.

Pregunta – Sin duda, no tengo ninguna voluntad de vanagloriarme de una misión en la que yo mismo creo con dificultad. Si estoy destinado a servir de instrumento para los designios de

¹ N. de la T.: según la información contenida en *Obras Póstumas*, Allan Kardec mantuvo este diálogo con el Espíritu Verdad el 12 de junio de 1856, en la casa del señor C.... La médium fue la señorita Aline C...

la Providencia, que ella disponga de mí; en ese caso, solicito vuestra asistencia y la de los buenos Espíritus para que me ayuden y me sostengan en mi tarea.

Respuesta – Nuestra asistencia no te faltará, pero será inútil si, de tu parte, no haces lo que es necesario. Tienes tu libre albedrío; te corresponde a ti emplearlo como lo entiendas; ninguna persona está obligada inevitablemente a hacer algo.

Pregunta – ¿Cuáles son las causas que podrían hacerme fracasar? ¿Será la insuficiencia de mis capacidades?

Respuesta – No; pero la misión de los reformadores está plena de escollos y de peligros; la que tienes es ruda, te prevengo, pues es al mundo entero al que se trata de remecer y de transformar. No creas que te bastará con publicar un libro, dos libros, diez libros, y quedarte tranquilamente en tu casa. No, te será necesario exponer a tu persona: suscitarás contra ti odios terribles; enemigos encarnizados con-

jurarán tu ruina; serás el blanco de la malevolencia, de la calumnia, de la traición incluso de aquellos que te parecerán los más abnegados; tus mejores instrucciones serán despreciadas y desnaturalizadas; más de una vez sucumbirás bajo el peso de la fatiga; en pocas palabras, es una lucha casi constante que deberás sostener, y sacrificarás tu reposo, tu tranquilidad, tu salud e incluso tu vida, pues, sin eso, vivirías mucho más tiempo. ¡Pues bien! Más de uno retrocede cuando, en lugar de un camino florido, no encuentra bajo sus pasos sino zarzas, piedras afiladas y serpientes. Para tales misiones, la inteligencia no basta. Son necesarios primeramente, para agradar a Dios, humildad, modestia y desinterés, pues Él abate a los orgullosos, a los presuntuosos y a los ambiciosos. Para luchar contra las personas, son necesarios valor, perseverancia y una firmeza inquebrantable; también son necesarios prudencia y tacto para conducir las cosas con discernimiento y no comprometer el

éxito por medio de medidas o palabras intempestivas; en fin, es necesario tener dedicación, abnegación, y estar presto a todos los sacrificios.

Como ves, tu misión está subordinada a condiciones que dependen de ti.

ESPÍRITU VERDAD

Yo. Espíritu Verdad, os agradezco vuestros sabios consejos. Acepto todo sin restricción y sin segunda intención.

¡Señor! Si os habéis dignado poner Vuestros ojos en mí para el cumplimiento de Vuestros designios, ¡que se haga Vuestra voluntad! Mi vida está en Vuestras manos, disponed de Vuestro servidor. En presencia de una tarea tan grande, reconozco mi debilidad; mi buena voluntad no faltará, pero tal vez mis fuerzas me traicionen. Suplid mi incapacidad; dadme las fuerzas físicas y morales que me sean necesarias. Sostenedme en los momentos difíciles y, con Vuestra ayuda y la de Vuestros mensajeros

celestiales, me esforzaré para corresponder a Vuestros designios.

NOTA – Escribo esta nota el 1.º de enero de 1867, diez años y medio desde que esta comunicación me fue dada, y constato que se ha cumplido en todos los puntos, pues he experimentado todas las vicisitudes que allí me fueron anunciadas. He sido el blanco del odio de enemigos encarnizados, de la injuria, de la calumnia, de la envidia y de los celos; libelos infames han sido publicados contra mí; mis mejores instrucciones han sido desnaturalizadas; he sido traicionado por aquellos en quienes había depositado mi confianza, pagado con ingratitude por aquellos a quienes había prestado servicio. La Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas ha sido un foco continuo de intrigas urdidas por aquellos mismos que se decían a mi favor y que, mientras mantenían las apariencias ante mí, me atacaban ferozmente por detrás. Han dicho que aquellos que tomaban partido a mi

favor eran sobornados por mí con el dinero que recogía por medio del Espiritismo. No he conocido más el reposo; más de una vez, he sucumbido bajo el exceso de trabajo, mi salud ha sido alterada y mi vida, comprometida.

Sin embargo, gracias a la protección y a la asistencia de los buenos Espíritus que incesantemente me han dado pruebas manifiestas de su solitud, estoy feliz de reconocer que no he experimentado ni siquiera un instante de debilidad y de desaliento, y que he proseguido en mi tarea constantemente con el mismo ardor, sin inquietarme por la malevolencia de la que era objeto. Según la comunicación del Espíritu Verdad, yo debía esperar todo eso y todo se ha verificado.

Pero también, al lado de esas vicisitudes, ¡cuánta satisfacción he experimentado al ver que la obra crece de una manera tan prodigiosa! ¡Cuántas dulces compensaciones he recibido por mis tribulaciones! ¡Cuántas bendiciones, cuántos testimonios de real simpatía he recibido de parte de

numerosos afligidos a quienes la Doctrina ha consolado! Ese resultado no me había sido anunciado por el Espíritu Verdad, que, sin duda, intencionalmente, sólo me había mostrado las dificultades del camino. ¡Qué ingratitud mía sería, pues, si me quejara! Si dijera que hay una compensación entre el bien y el mal, no diría la verdad, pues el bien, quiero decir las satisfacciones morales, ha superado en mucho al mal. Cuando me sucedía una decepción, una contrariedad cualquiera, me elevaba por medio del pensamiento por encima de la humanidad; me ponía con anticipación en la región de los Espíritus y, desde ese punto culminante, desde donde divisaba mi punto de llegada, las miserias de la vida resbalaban sobre mí sin alcanzarme. He hecho de eso una costumbre tal que los gritos de los malos jamás me han perturbado.



2 - Resumen de la ley de los fenómenos espíritas

*Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos,
7.º año, n.º 4, abril de 1864*

Esta instrucción ha sido hecha, sobre todo, para las personas que no poseen ninguna noción de Espiritismo y a quienes se les quiere dar una idea sucinta de él en pocas palabras. En los grupos o reuniones espíritas donde se encuentren asistentes novatos, puede servir útilmente de preámbulo de las sesiones, según las necesidades.

Las personas extrañas al Espiritismo, al no comprender ni el objetivo ni los medios, se hacen de él casi siempre una idea completamente falsa. Lo que les falta, sobre todo, es el conocimiento del principio, la clave primera de los fenómenos; debido a la falta de eso, lo que ven y lo que oyen resulta sin provecho y hasta sin interés para ellas. Es un hecho propiciado por la experiencia el de que únicamente la visión o el relato de los fenómenos

no basta para convencer. La persona que es, ella misma, testigo de hechos capaces de asombrarla queda más atónita que convencida; cuanto más el efecto le parece extraordinario, más ella sospecha. Un previo estudio serio es el único medio de conducir a las personas a la convicción; frecuentemente, basta ese estudio para cambiar completamente el curso de las ideas. En todos los casos, es indispensable para el entendimiento de los fenómenos más simples. A falta de una instrucción completa, que no puede ser dada en algunas palabras, un resumen sucinto de la ley que rige las manifestaciones bastará para que el tema sea examinado bajo su verdadero punto de vista por las personas que todavía no están iniciadas. Es éste el primer hito que damos en la pequeña instrucción a continuación. Sin

**«El Espiritismo es
a la vez una ciencia
de observación y una
doctrina filosófica»**

embargo, una observación previa es necesaria.

La propensión de los incrédulos en general es sospechar de la buena fe de los médiums y suponer el empleo de medios fraudulentos. Además del hecho de que esa suposición es injuriosa con respecto a ciertas personas, hay que preguntarse, ante todo, qué interés podrían tener ellas en engañar y en representar o hacer representar una comedia. La mejor garantía de sinceridad está en el desinterés absoluto, pues donde nada hay que ganar, la charlatanería no tiene razón de ser.

En cuanto a la realidad de los fenómenos, cada uno puede constatarla si se pone en las condiciones favorables y emplea en la observación de los hechos la paciencia, la perseverancia

y la imparcialidad necesarias.

1. El Espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que se pueden establecer con los Espíritus; como filosofía, comprende todas las consecuencias morales que derivan de esas relaciones.

2. Los Espíritus no son, como uno se imagina frecuentemente, seres aparte en la creación; son las almas de aquellos que vivieron en la Tierra o en otros mundos. Las almas o Espíritus son, pues, una única y misma cosa; de donde se deduce que quienquiera que crea en la existencia del alma cree, por eso mismo, en la de los Espíritus.

3. En general, se hace una idea muy falsa del estado de los Espíritus; no son, como algunos lo creen, seres vagos e indefinidos, ni llamas como los fuegos fatuos, ni fantasmas como en los cuentos de aparecidos. Son seres semejantes a nosotros, que tienen un cuerpo como el nuestro, pero fluídico e invisible en el estado normal.

4. Cuando el alma está unida al cuerpo durante la vida, tiene un doble envoltorio: uno pesado, grosero y destructible, que es el cuerpo; el otro fluídico, liviano e indestructible, llamado *periespíritu*. El *periespíritu* es el lazo que une el alma y el cuerpo; es por su intermedio que el alma hace que el cuerpo actúe y es por su intermedio también que ella percibe las sensaciones experimentadas por el cuerpo.

5. La muerte es solamente la destrucción del envoltorio grosero; el alma abandona ese envoltorio, como deja una ropa gastada, o como la mariposa deja su crisálida; pero conserva su cuerpo fluídico o *periespíritu*.

La unión del alma, del *periespíritu* y del cuerpo material constituye al *hombre*; el alma y el *periespíritu* separados del cuerpo constituyen al ser llamado *Espíritu*.

6. La muerte del cuerpo libera al Espíritu del envoltorio que lo unía a la Tierra y lo hacía sufrir; una vez liberado de esa carga, no tiene nada

más que su cuerpo etéreo, que le permite recorrer el espacio y atravesar las distancias con la rapidez del pensamiento.

7. El fluido que compone el *periespíritu* penetra en todos los cuerpos y los atraviesa como la luz atraviesa los cuerpos transparentes; ninguna materia le ofrece obstáculo. Es por eso que los Espíritus penetran en todos los lugares, en los sitios más herméticamente cerrados; es una idea ridícula creer que ellos se introducen por una pequeña abertura, como el agujero de una cerradura o el cañón de la chimenea.

8. Los Espíritus pueblan el espacio; constituyen el mundo invisible que nos rodea, en medio del cual vivimos y con el cual estamos en contacto incesantemente.

9. Los Espíritus tienen todas las percepciones que tenían en la Tierra, pero en un grado más elevado, porque sus facultades no están amortiguadas por la materia; tienen sensaciones que nos son desconocidas; ven y oyen

«Los Espíritus conservan los afectos sinceros que tenían en la Tierra»

cosas que nuestros sentidos limitados no nos permiten ver ni oír. Para ellos, no hay oscuridad, excepto para aquellos cuyo castigo es estar temporalmente en las tinieblas. Todos nuestros pensamientos repercuten sobre ellos y los leen como en un libro abierto; de manera que aquello que podíamos ocultar a quienquiera cuando estaba vivo, ya no lo podemos hacer desde que es Espíritu.

10. Los Espíritus conservan los afectos sinceros que tenían en la Tierra; les gusta regresar hacia aquellos a quienes han amado, sobre todo cuando son atraídos por el pensamiento y los sentimientos afectuosos que se les dirige, mientras que son indiferentes con aquellos que sólo tienen indiferencia hacia ellos.

11. Los Espíritus pueden manifestarse de muchas maneras diferentes: por la visión, por la audición, por el tacto, por ruidos, por el movimiento de los cuerpos, la escritura, el dibujo, la música, etc. Se manifiestan por intermedio de personas dotadas de una aptitud especial para cada tipo de manifestación y que se distinguen bajo el nombre de médiums. Es así que se distingue a los médiums videntes, parlantes, auditivos, sensitivos, de efectos físicos, dibujantes, tiptores, escribientes, etc. Entre los médiums escribientes, hay variedades numerosas, según la naturaleza de las comunicaciones que están aptos para recibir.

12. El periespíritu, aunque invisible para nosotros en el estado normal, no deja de ser una materia etérea. El Espíritu puede, en ciertos casos, hacerle sufrir una especie de modificación molecular que le vuelve visible e incluso tangible; es así que se producen las apariciones. Ese fenómeno no es más extraordinario que aquél del

vapor, que es invisible cuando está muy rarificado y que se vuelve visible cuando está condensado.

Los Espíritus que se vuelven visibles se presentan casi siempre con la apariencia que tenían en vida y que puede hacer que sean reconocidos.

13. Es con la ayuda de su periespíritu que el Espíritu actuaba sobre su cuerpo vivo; es todavía con ese mismo fluido que se manifiesta al actuar sobre la materia inerte, que produce los ruidos, los movimientos de las mesas y otros objetos que levanta, derriba o transporta. Ese fenómeno nada tiene de sorprendente si se considera que, entre nosotros, las más poderosas fuerzas de propulsión se encuentran en los fluidos más rarificados e incluso imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

Es igualmente por medio de su periespíritu que el Espíritu hace que los médiums escriban, hablen o dibujen; al no tener un cuerpo tangible para actuar ostensiblemente cuando quiere manifestarse, se sirve del

cuerpo del médium, de quien toma prestado los órganos que hace actuar como si fuera su propio cuerpo y eso por el efluvio fluídico que vierte sobre él.

14. Es por el mismo medio que el Espíritu actúa sobre la mesa, sea para hacer que se mueva sin un significado específico, sea para hacer que dé golpes inteligentes señalando las letras del alfabeto, para formar palabras y frases, fenómeno designado bajo el nombre de *typtología*. La mesa solamente es acá un instrumento del cual él se sirve, como lo hace con el lápiz para escribir; le da una vitalidad momentánea por el fluido con el cual la impregna, pero no se identifica con ella. Las personas que, en su emoción, al ver manifestarse a un ser que les es querido, abrazan la mesa, hacen un acto ridículo, pues eso es exactamente como si ellas abrazaran el bastón del cual un amigo se sirve para dar golpes. Sucede lo mismo con aquellas que dirigen la palabra a la mesa, como si el Espíritu estuviera encerrado en

la madera o como si la madera se hubiera vuelto Espíritu.

Cuando las comunicaciones tienen lugar por ese medio, hay que imaginarse al Espíritu no en la mesa, sino al lado, tal como si estuviera en vida y tal como se lo vería si, en ese momento, él pudiera volverse visible. Lo mismo sucede en las comunicaciones por medio de la escritura; se vería al Espíritu al lado del médium, dirigiendo su mano o transmitiéndole su pensamiento por una corriente fluídica.

Cuando la mesa se suelta del suelo y flota en el espacio sin punto de apoyo, el Espíritu no la eleva a fuerza de brazo, sino la envuelve y la impregna con una especie de atmósfera fluídica que neutraliza el efecto de la gravedad terrestre, como lo hace el aire para los aeróstatos y las cometas. El fluido del cual es impregnada le da momentáneamente una ligereza específica más grande. Cuando está

inmovilizada en el suelo, se encuentra en un caso análogo a aquél de la campana neumática², bajo la cual se hace el vacío. Solamente son comparaciones para mostrar la analogía de los efectos y no la semejanza absoluta de las causas.

Según eso, se comprende que no le es más difícil a un Espíritu levantar a una persona que levantar una mesa, transportar un objeto de un sitio a otro o lanzarlo hacia alguna parte; esos fenómenos se producen por la misma ley.

Cuando la mesa persigue a alguien, no es el Espíritu el que corre, pues él puede quedarse tranquilamente en el mismo lugar, pero él le da a la mesa el impulso por medio de una corriente fluídica gracias a la cual la hace mover a su antojo.

Cuando los golpes se hacen oír en la mesa o en otro lugar, el Espíritu no golpea ni con su mano, ni con un objeto cualquiera; dirige sobre el punto

² N. de la T.: también llamada campana de buzo, es utilizada para trabajos subacuáticos.

de donde parte el ruido un chorro de fluido que produce el efecto de un choque eléctrico. Modifica el ruido, como se pueden modificar los sonidos producidos por el aire.

15. Se puede ver, por estas pocas palabras, que las manifestaciones espíritas, no importa de qué naturaleza sean, nada tienen de sobrenatural ni de maravilloso. Son fenómenos que se producen en virtud de la ley que rige las relaciones del mundo visible y del mundo invisible, ley completamente natural tanto como las de la electricidad, de la gravitación, etc. El Espiritismo es la ciencia que nos hace conocer esa ley, como la Mecánica nos hace conocer la ley del movimiento, la Óptica, la de la luz. Las manifestaciones espíritas, al estar en la naturaleza, se han producido en todas las épocas; la ley que las rige, al ser conocida, nos explica una multitud de problemas considerados como insolubles; es la clave de una multitud de fenómenos explotados y amplificados por la superstición.

16. Al ser lo maravilloso apartado por completo, esos fenómenos no tienen nada más que repugne a la razón, pues vienen a ocupar lugar al lado de los otros fenómenos naturales. En los tiempos de la ignorancia, todos los efectos cuya causa no se conocía eran reputados como sobrenaturales; los descubrimientos de la ciencia han limitado sucesivamente el círculo de lo maravilloso; el conocimiento de esa nueva ley viene a reducirlo a nada. Por lo tanto, aquellos que acusan al Espiritismo de resucitar lo maravilloso prueban, por eso mismo, que hablan de algo que no conocen.

17. Una idea casi general entre las

**«las manifestaciones
espíritas, no importa
de qué naturaleza sean,
nada tienen de
sobrenatural ni de
maravilloso»**

**«Habría, pues,
imprudencia y ligereza
al aceptar, sin control,
todo lo que viene de
los Espíritus»**

personas que no conocen el Espiritismo es creer que los Espíritus, solamente por haberse liberado de la materia, deben saber todo y poseer la soberana sabiduría. He allí un grave error. Al dejar su envoltorio corporal, no se despojan inmediatamente de sus imperfecciones; no es sino a la larga que se depuran y se mejoran.

Siendo los Espíritus las almas de las personas, como hay personas de todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad, sucede lo mismo entre los Espíritus. Hay Espíritus que solamente son frívolos y traviesos, otros son mentirosos, bribones, hipócritas, malos, vengativos; otros, al contrario, poseen las virtudes más sublimes y el saber a un nivel

desconocido en la Tierra. Esa diversidad en la calidad de los Espíritus es uno de los puntos más importantes a considerar, pues explica la naturaleza buena o mala de las comunicaciones que se reciben; es, sobre todo, a distinguirlos que uno debe consagrarse.

Resulta que no basta dirigirse a un Espíritu cualquiera para tener una respuesta adecuada a toda pregunta; pues el Espíritu contestará según lo que sabe y frecuentemente sólo dará su opinión personal, que puede ser exacta o falsa. Si es sabio, reconocerá su ignorancia sobre lo que no sabe; si es frívolo o mentiroso, contestará acerca de todo sin preocuparse por la verdad; si es orgulloso, dará su idea como una verdad absoluta. Es por eso que San Juan Evangelista dice: *«No le creáis a todo Espíritu, sino probad si los Espíritus son de Dios»*. La experiencia prueba la sabiduría de ese consejo. Habría, pues, imprudencia y ligereza al aceptar, sin control, todo lo que viene de los Espíritus.

Los Espíritus solamente pueden

contestar sobre aquello que saben y, además, sobre lo que les es permitido decir, pues hay cosas que no deben revelar, porque todavía no les ha sido dado a las personas conocer todo.

18. Se reconoce la calidad de los Espíritus por su lenguaje; aquél de los Espíritus verdaderamente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico, exento de toda trivialidad, puerilidad o contradicción; respira la sabiduría, la benevolencia y la modestia; es conciso y sin palabras inútiles. En el lenguaje de los Espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos, faltan esas cualidades; el vacío de las ideas es casi siempre compensado por la abundancia de palabras.

19. Otro punto igualmente esencial a considerar es que los Espíritus son libres; se comunican cuando desean, a quien les conviene y también cuando pueden hacerlo, pues tienen sus ocupaciones. No están a las órdenes y al capricho de quienquiera y no está dado a nadie hacerlos venir contra su voluntad, ni hacerles decir

lo que desean callar; de manera que nadie puede afirmar que un Espíritu específico vendrá a su llamado en un momento determinado o contestará esa o aquella pregunta. Decir lo contrario es probar la ignorancia absoluta de los principios más elementales del Espiritismo; únicamente la charlatanería tiene fuentes infalibles.

20. Los Espíritus son atraídos por la afinidad, la similitud de los gustos y de los caracteres, y la intención con la que se desea su presencia. Los Espíritus superiores no van más a las reuniones fútiles que un sabio de la Tierra iría a una asamblea de jóvenes aturdidos. El simple buen sentido dice que no puede ser de otra manera; o, si van algunas veces, es para dar un consejo saludable, combatir los vicios, tratar de traer de vuelta a los participantes a la buena vía; si no son escuchados, se retiran. Sería tener una idea completamente falsa creer que Espíritus serios pudieran complacerse en contestar futilidades, preguntas inútiles que no prueban ni afecto, ni

respeto por ellos, ni deseo real de instruirse y mucho menos que pudieran venir a ponerse como espectáculo para la diversión de los curiosos. Si no lo hicieron durante su vida, no pueden hacerlo después de su muerte.

21. De lo que precede, resulta que toda reunión espírita, para ser provechosa, debe tener, como primera condición, seriedad y recogimiento; que todo debe ocurrir allí de manera respetuosa, religiosa y con dignidad, si se quiere obtener el concurso habitual de los buenos Espíritus. No se debe olvidar que si esos mismos Espíritus se hubieran presentado durante su vida, se habría tenido hacia ellos miramientos, a los cuales ellos tienen aún más derecho después de su muerte.

En vano se alega la utilidad de ciertos experimentos curiosos, frívolos y divertidos para convencer a los incrédulos; es a un resultado completamente opuesto al que se llega. El incrédulo, ya llevado a burlarse de las creencias más sagradas, no puede ver algo serio en aquello de lo cual se

hace una broma; no puede ser llevado a respetar aquello que no le es presentado de una manera respetable; por eso, de reuniones fútiles y frívolas, de aquellas en las cuales no hay ni orden, ni gravedad, ni recogimiento, lleva siempre una mala impresión. Lo que, sobre todo, le puede convencer es la prueba de la presencia de seres cuyo recuerdo le es querido; es ante sus palabras graves y solemnes, es ante las revelaciones íntimas que se lo ve emocionarse y palidecer. Pero, por eso mismo, porque tiene más respeto, veneración, afecto por la persona cuya alma se le presenta, queda chocado, escandalizado al verla venir a una asamblea irrespetuosa, en medio de mesas que bailan y de burlas de Espíritus frívolos; incrédulo como es, su conciencia repele esa alianza de lo serio y de lo frívolo, de lo religioso y de lo profano, es por eso que él tacha todo eso de juglaría y sale frecuentemente menos convencido de lo que había entrado.

Las reuniones de esa naturaleza

siempre hacen más mal que bien, pues alejan de la Doctrina a más personas que las que consiguen atraer hacia ella, sin contar que ofrecen ocasión a la crítica de los detractores, que encuentran, en eso, motivos fundados para la burla.

22. No hay razón para que se juegue con las manifestaciones físicas; si no tienen la importancia de la enseñanza filosófica, tienen su utilidad, desde el punto de vista de los fenómenos, pues son el alfabeto de la Ciencia, de la cual han dado la clave. Aunque menos necesarias hoy en día, todavía ayudan a la convicción de ciertas personas. Pero no excluyen, en absoluto, el orden y la buena conducta en las reuniones en las cuales se hacen experimentos con ellas; si fueran siempre practicadas de una manera digna, convencerían más

fácilmente y producirían, bajo todos los aspectos, resultados mucho mejores.

23. Estas explicaciones, sin duda, son incompletas y pueden provocar necesariamente numerosas preguntas, pero no se debe perder de vista que esto no es un curso de Espiritismo. Tales como son, bastan para mostrar la base sobre la cual el Espiritismo se asienta, el carácter de las manifestaciones y el grado de confianza que pueden inspirar, según las circunstancias.

En cuanto a la utilidad de las manifestaciones, es inmensa, por sus consecuencias; pero si tuvieran como resultado solamente hacer conocer una nueva ley de la naturaleza, demostrar materialmente la existencia del alma y de su inmortalidad, ya sería mucho, pues sería una amplia vía abierta a la filosofía.



3 – Respuesta al mensaje de los espíritas lioneses con ocasión del Año Nuevo

*Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 2, febrero de 1862*

Mis caros hermanos y amigos de
Lyón:

El mensaje colectivo que habéis tenido a bien enviarme con ocasión del Año Nuevo me ha causado una satisfacción muy intensa, al probarme que habéis conservado de mí un buen recuerdo. Pero lo que me ha dado más gusto en ese acto espontáneo de vuestra parte es encontrar, entre las numerosas firmas que allí aparecen, a representantes de aproximadamente todos los grupos, porque es una señal de la armonía que reina entre ellos. Estoy feliz de ver que habéis comprendido perfectamente el objetivo de esa organización, cuyos resultados ya podéis apreciar, pues debe ser evidente para vosotros, ahora, que una Sociedad única hubiera sido casi imposible.

Os agradezco, mis buenos amigos, los votos que hacéis por mí; me son tanto más agradables porque sé que parten del corazón y son éstos los que Dios escucha. Estad, pues, satisfechos, ya que Él exaude vuestros votos cada día al darme la alegría, inaudita en el establecimiento de una nueva doctrina, de ver aquella a la que me he dedicado crecer y prosperar, durante mi vida, con una maravillosa rapidez. Considero como un gran favor del Cielo ser testigo del bien que la Doctrina Espírita ya hace. Esa evidencia, de la cual recibo diariamente los testimonios más conmovedores, me paga con creces todas mis penas y todas mis fatigas. Sólo pido a Dios una gracia: es la de darme la fuerza física necesaria para ir hasta el final

de mi tarea, que se encuentra lejos de estar acabada. Pero, suceda lo que suceda, tendré siempre el consuelo de estar seguro de que la semilla de las ideas nuevas, ahora sembrada por todo lugar, es imperecedera. Más feliz que muchos otros, que han trabajado solamente para el futuro, me es dado ver los primeros frutos. Si lamenta una cosa, es que la exigüidad de mis recursos personales no me permita poner en ejecución los planes que he concebido para un avance aún más rápido; pero si Dios, en Su sabiduría, así lo ha decidido, legaré esos planes a mis sucesores, que, sin duda, serán más afortunados. A pesar de la penuria de los recursos materiales, el movimiento que se lleva a cabo en la opinión pública ha sobrepasado toda expectativa; podéis estar convencidos, mis hermanos, de que, en eso, vuestro ejemplo habrá tenido influencia. Recibid, pues, nuestras felicitaciones por la manera en la cual sabéis comprender y practicar la Doctrina. Sé cuán grandes son las pruebas que

muchos entre vosotros tienen que soportar; solamente Dios sabe cuando ellas terminarán aquí, en la Tierra; pero también ¡qué fuerza da la fe en el futuro contra la adversidad! ¡Oh! Compadeced a aquellos que creen en la nada después de la muerte, pues para ellos el mal presente no tiene compensación. El incrédulo infeliz es como el enfermo que no espera ninguna curación; el Espírita, en cambio, es como aquel que está enfermo hoy y que sabe que mañana estará con buena salud.

Me solicitáis que continúe con mis consejos; se los doy de buen grado a aquellos que creen tener necesidad de ellos y que los piden; pero se los doy solamente a éstos; a aquellos que piensan saber lo suficiente y creen que

**«legaré esos planes
a mis sucesores, que,
sin duda, serán
más afortunados»**

**«¡Cómo podríais pensar
que una doctrina que
conduce al reino de la
caridad efectiva no fuera
combatida por todos
aquellos que viven
del egoísmo[...]!»**

pueden prescindir de las lecciones de la experiencia, nada tengo que decir, sino que deseo que no tengan que lamentar un día el haber contado demasiado con sus propias fuerzas. Esa pretensión, además, revela un sentimiento de orgullo, contrario a la verdadera esencia del Espiritismo; ahora bien, al equivocarse en la base, ellos prueban, por eso mismo, que se apartan de la verdad. Vosotros no estáis entre ellos, mis amigos, es por eso que aprovecho la circunstancia para dirigiros algunas palabras que os probarán que, tanto de lejos como de cerca, estoy completamente a vuestra disposición.

Tal como están las cosas hoy en día, y al ver la marcha del Espiritismo a través de los obstáculos sembrados sobre su ruta, se puede decir que han sido vencidas las principales dificultades. El Espiritismo ha ocupado su rango y se ha asentado sobre bases que desafiarán los esfuerzos de sus adversarios de ahora en adelante. Uno se pregunta cómo una doctrina que vuelve a las personas felices y mejores puede tener enemigos; eso es completamente natural: el establecimiento de las mejores cosas hiere intereses al inicio. ¿No ha sido así con todas las invenciones y descubrimientos que han revolucionado la industria? Aquellos descubrimientos e invenciones que son considerados hoy en día como beneficios de los cuales no se podría prescindir ¿no tuvieron enemigos encarnizados? Toda ley que reprime abusos ¿no tiene en contra de sí a aquellos que viven de los abusos? ¡Cómo podríais pensar que una doctrina que conduce al reino de la caridad efectiva no fuera combatida por

todos aquellos que viven del egoísmo; y sabéis que éstos son numerosos en la Tierra! Inicialmente, ellos esperaban matar al Espiritismo por medio de la burla; hoy en día, ven que esta arma es impotente y que, bajo el disparo continuo de los sarcasmos, el Espiritismo ha seguido su ruta sin tropezar. No creáis que van a confesarse vencidos; no, el interés material es más tenaz. Al reconocer que es una fuerza con la cual se debe contar de ahora en adelante, le van a hacer asaltos más serios, pero que solamente servirán para probar mejor la debilidad de ellos. Algunos atacarán al Espiritismo abiertamente en palabras y en acciones y lo perseguirán hasta en la persona de sus partidarios, a quienes intentarán desalentar a fuerza de tormentos, mientras que otros, secretamente y por vías indirectas, buscarán minarlo de manera insidiosa. Por

lo tanto, daos por advertidos de que la lucha no ha terminado. Os he prevenido que van a intentar un supremo esfuerzo; pero estad sin temor: la garantía del éxito está en este lema, que es el de todos los verdaderos Espíritas: «*Fuera de la caridad no hay salvación*». Ostentadlo abiertamente, pues es la cabeza de Medusa³ para los egoístas.

La táctica ya aplicada por los enemigos de los Espíritas, pero que van a emplear con un nuevo ardor, es la de intentar dividirlos al crear sistemas divergentes y al suscitar entre ellos la desconfianza y los celos. No os dejéis atrapar y tened por seguro que quienquiera que busque, por cualquier medio, romper la buena armonía no puede tener una buena intención. Es por eso que os invito a poner la más grande circunspección en la formación de vuestros grupos, no solamente por

³ N. de la T.: en la mitología griega, Medusa es un monstruo femenino que transforma en piedra a aquellos que la miran. Fue decapitada por Perseo, quien después usó su cabeza como arma hasta que se la dio a la diosa Atenea para que la pusiera en su escudo, la égida.

**«Todo grupo o sociedad
que se forme sin
tener la caridad
efectiva como base
no tiene vitalidad»**

vuestra tranquilidad, sino también en el propio interés de vuestros trabajos.

La naturaleza de los trabajos espíritas exige calma y recogimiento; ahora bien, no hay recogimiento posible si se está distraído por discusiones y la expresión de sentimientos malévolos. No habrá sentimientos malévolos si hay fraternidad; pero no puede haber fraternidad con egoístas, ambiciosos y orgullosos. Con orgullosos que se ofenden y se hieren por todo, con ambiciosos que estarán decepcionados si no tienen la supremacía, con egoístas que sólo piensan en sí mismos, la cizaña no puede tardar en introducirse y vendrá, de eso, la disolución. Es lo que desearían nuestros enemigos y es lo que buscarán hacer. Si un grupo

quiere estar en las condiciones de orden, de tranquilidad y de estabilidad, es necesario que reine en él un sentimiento fraternal. Todo grupo o sociedad que se forme sin tener la caridad *efectiva* como base no tiene vitalidad; mientras que aquellos que hayan sido fundados según la verdadera esencia de la Doctrina se mirarán como miembros de una misma familia, que, al no poder vivir todos bajo el mismo techo, residen en direcciones diferentes. La rivalidad entre ellos sería un contrasentido; no podría existir donde reina la verdadera caridad, pues la caridad no puede ser interpretada de dos maneras. Reconoceréis, por lo tanto, al verdadero Espírita por la práctica de la caridad en pensamientos, en palabras y en acciones, y decíos que quienquiera que nutra en su alma sentimientos de animosidad, de rencor, de odio, de envidia o de celos se miente a sí mismo si declara comprender y practicar el Espiritismo.

El egoísmo y el orgullo matan las sociedades particulares, del mismo

modo que matan los pueblos y la sociedad en general. Leed la historia y veréis que los pueblos sucumben bajo la opresión de esos dos enemigos mortales de la felicidad de las personas. Cuando los pueblos se apoyen sobre las bases de la caridad, serán indisolubles, porque estarán en paz internamente y entre ellos, y cada uno respetará los derechos y los bienes de su vecino. Es ésta la era nueva anunciada, de la cual el Espiritismo es el precursor y para la cual todo Espírita debe trabajar, cada uno en su esfera de actividad. Es una tarea que les incumbe y por la cual serán recompensados según la manera en la que la hayan cumplido, pues Dios sabrá separar a aquellos que hayan buscado en el Espiritismo sólo su satisfacción personal de aquellos que, en ese mismo tiempo, hayan trabajado por la felicidad de sus hermanos.

Debo, aún, señalaros otra táctica de nuestros adversarios: es la de buscar comprometer a los Espíritas al impulsarlos a apartarse del verdadero

objetivo de la Doctrina, que es el de la moral, para tratar cuestiones que no son de su competencia y que podrían, con toda razón, despertar susceptibilidades inquietantes. Tampoco os dejéis atrapar por esa trampa; apartad con cuidado, en vuestras reuniones, todo lo que se refiere a la política y a las cuestiones irritantes; las discusiones, bajo ese aspecto, no llevan a nada, solamente os suscitan dificultades, mientras que nadie encuentra algo que condenar de la moral cuando ésta es buena. Buscad, en el Espiritismo, aquello que os puede mejorar: eso es lo esencial; cuando las personas sean mejores, las reformas sociales verdaderamente útiles serán la consecuencia completamente natural de ese

«Reconoceréis [...] al verdadero Espírita por la práctica de la caridad en pensamientos, en palabras y en acciones»

mejoramiento; al trabajar por el progreso moral, estableceréis los verdaderos y más sólidos fundamentos de todos los mejoramientos y dejad a Dios el cuidado de hacer suceder las cosas a su tiempo. Oponed pues, en el propio interés del Espiritismo, que es todavía joven, pero que madura rápidamente, una inquebrantable firmeza ante aquellos que busquen arrastraros a una vía peligrosa.

A fin de desacreditar al Espiritismo, algunos sostienen que él va a destruir la religión. Sabéis bien lo contrario, ya que la mayoría de vosotros, que creíais con esfuerzo en Dios y en vuestras almas, cree ahora; que no sabíais lo que era orar y que ahora oráis con fervor; que ya no poníais los pies en las iglesias y que ahora vais allí con recogimiento. Además, si la religión debiera ser destruida por el Espiritismo, es porque ella sería destructible y porque el Espiritismo sería más poderoso; decir eso sería una torpeza, pues sería admitir la debilidad de la una y la fuerza del otro. El

Espiritismo es una doctrina moral que fortalece los sentimientos religiosos en general y se aplica a todas las religiones; es de todas ellas y no es de ninguna en particular; es por eso que no dice a nadie que cambie de religión; deja a cada uno la libertad de adorar a Dios a su manera y de observar las prácticas que le dicta su conciencia: Dios toma más en cuenta la intención que el hecho. Id, pues, cada uno a los templos de vuestro culto y probaréis con eso que, al tachar al Espiritismo de impío, se lo calumnia.

En la imposibilidad material en la que me encuentro de mantener contacto con todos los grupos, como lo he hecho, en otros lugares, he rogado a uno de vuestros cofrades que tenga a bien representarme, más específicamente en Lyon. Ese cofrade es el señor Villon, cuya diligencia y dedicación os son conocidas, así como la pureza de sus sentimientos. Su posición independiente le da, además, más tiempo libre para la tarea de la cual él tiene a bien encargarse; tarea pesada, pero

ante la cual él no retrocederá. El grupo que ha formado, lo ha sido bajo mis auspicios y según mis instrucciones durante mi último viaje; encontraréis allí excelentes consejos y saludables ejemplos. Veré, pues, con una intensa satisfacción a todos aquellos que me honren con su confianza y que se reúnan alrededor de ese grupo como un centro común. Si algunos quisieran hacer un grupo aparte, guardaos de verlos con malos ojos; y si ellos os arrojan piedras, no las recojáis, no se las devolváis: entre ellos y vosotros, Dios será el juez de los sentimientos de cada uno. Que aquellos que crean estar con la verdad, excluyendo a los otros, lo prueben por una caridad más grande y una abnegación del amor propio más grande, pues la verdad no podría estar del lado de aquel que falta al primer precepto de la Doctrina. Si estáis en duda, haced siempre el bien: los errores del ingenio pesan menos en la balanza de Dios que los errores del corazón.

Repetiré aquí lo que he dicho en

otras ocasiones: en caso de divergencia de opinión, hay un medio fácil para salir de la incertidumbre: es ver la opinión que reúne a más partidarios, porque hay en las masas un buen sentido innato que no podría engañarse. El error puede seducir solamente a algunos ciegos por el amor propio y por un falso juicio, pero la verdad acaba siempre por prevalecer sobre él. Tened por seguro, pues, que la incertidumbre deserta de las filas que se esclarecen y que hay una obstinación irracional en creer que uno solo tiene la razón contra todos. Si los principios que profeso encontraran solamente algunos ecos aislados y fueran rechazados por la opinión general, yo sería el primero en reconocer que me he podido engañar; pero al ver crecer incesantemente el número de los partidarios, en todos los niveles de la sociedad y en todos los países del mundo, debo creer en la solidez de las bases sobre las cuales se fundan. Es por eso que os digo, con toda la seguridad, que caminéis con paso

**«Desbaratad, por vuestra
unión, los cálculos de
aquellos que
desean dividiros»**

firme en la vía que os está trazada. Decid a vuestros antagonistas que, si desean que los sigáis, os ofrezcan una doctrina más consoladora, más clara, más inteligible, que satisfaga mejor a la razón y que sea, al mismo tiempo, una mejor garantía para el orden social. Desbaratad, por vuestra unión, los cálculos de aquellos que desean dividiros. Probad, en fin, por vuestro ejemplo, que la Doctrina le vuelve a uno más moderado, más dulce, más paciente, más indulgente, y eso será la mejor respuesta a dar a los detractores de la Doctrina, al mismo tiempo que la visión de sus resultados beneficiosos es el más poderoso medio de propaganda.

He aquí, mis amigos, los consejos que os doy y a los cuales añado mis

votos para el año que empieza. No sé qué pruebas Dios nos destinará en este año, pero sé que, sean cuales sean, las soportaréis con firmeza y resignación, pues sabéis que, para vosotros así como para el soldado, la recompensa es proporcional al valor.

En cuanto al Espiritismo, en el cual os interesáis más que en vosotros mismos, y cuyo progreso, por mi posición, puedo mejor que nadie juzgar, estoy feliz de deciros que el año se abre bajo los auspicios más favorables y que verá, sin ninguna duda, el número de los adeptos crecer en una proporción imposible de prever. Algunos años más como los que acaban de transcurrir y el Espiritismo tendrá para sí los tres cuartos de la población. Dejadme citaros un hecho entre mil.

En una provincia vecina de París, hay una pequeña ciudad donde el Espiritismo ha penetrado desde hace seis meses apenas. En algunas semanas, ha adquirido un desarrollo considerable; una oposición formidable fue prontamente organizada contra

sus partidarios, amenazando incluso sus intereses privados; ellos han afrontado todo con un valor y un desinterés dignos de los más grandes elogios; se han entregado a la Providencia y la Providencia no les ha abandonado. Esa ciudad cuenta con una población obrera numerosa, entre la cual las ideas espíritas, gracias a la oposición que se les ha hecho allí, se revelan rápidamente; ahora bien, un hecho digno de resaltarse es que las mujeres, las jóvenes han esperado sus aguinaldos para adquirir las obras necesarias para su instrucción y se cuentan por centenares las obras que un librero ha sido encargado de expedir sólo en esa ciudad. ¿No es prodigioso ver a simples obreras reservar sus economías para comprar libros de moral y de filosofía en vez de novelas y baratijas? ¿A hombres preferir esa lectura a las alegrías ruidosas y embrutecedoras del cabaré? ¡Ah! Es que esos hombres y esas mujeres, que sufren como vosotros, comprenden ahora que no es en la Tierra donde

su futuro se cumple; el telón se levanta y ellos entrevén los espléndidos horizontes del porvenir. Esa pequeña ciudad es Chauny, en la provincia de Aisne. Nuevos hijos en la gran familia, ellos os saludan, hermanos de Lyon, considerándoos como sus hermanos mayores, y forman, de ahora en adelante, uno de los eslabones de la cadena espiritual que ya une París, Lyon, Metz, Sens, Burdeos y otras, y que enlazará, en breve, a todas las ciudades del mundo en un sentimiento de mutua confraternidad; pues, por todo lugar, el Espiritismo ha tirado semillas fecundas y sus hijos ya se extienden las manos por encima de las barreras de los prejuicios de sectas, de castas y de nacionalidades.

Vuestro afectísimo hermano y amigo,

A handwritten signature in dark ink, reading 'Allan Kardec'. The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke extending to the left and a small loop at the end.

ALLAN KARDEC.

4 – Consecuencias de la doctrina de la reencarnación para la propagación del Espiritismo

*Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 4, abril de 1862*

El Espiritismo marcha con rapidez; este es un hecho que nadie podría negar. Ahora bien, cuando algo se propaga, es que conviene. Por lo tanto, si el Espiritismo se propaga, es que conviene. Hay varias causas para eso; la primera es, indiscutiblemente, como lo hemos explicado en varias circunstancias, la satisfacción moral que el Espiritismo propicia a aquellos que lo comprenden y lo practican; pero esa propia causa recibe su fuerza, en parte, del principio de la reencarnación. Es lo que vamos a intentar demostrar.

Toda persona que reflexiona no puede dejar de preocuparse por su futuro después de la muerte, y eso realmente vale la pena. ¿Quién es la persona que no atribuya a su situación

en la Tierra, durante algunos años, más importancia que a la de algunos días? Incluso se hace más: durante la primera parte de la vida, se trabaja, se fatiga, se imponen todos los tipos de privaciones para proporcionarse, en la otra mitad, un poco de reposo y de bienestar. Si se toman tantos cuidados para algunos años eventuales, ¿no es más racional tomar aún más cuidados para la vida de ultra tumba, cuya duración es ilimitada? ¿Por qué la mayoría trabaja más para el presente fugaz que para el futuro sin fin? Es que se cree en la realidad del presente y se duda del futuro; ahora bien, *solamente se duda de lo que no se comprende*. Al ser comprendido el futuro, la duda cesará. A los propios ojos de aquella persona que, en el contexto de las

creencias comunes, es la más convencida de la vida futura, ésta se presenta de un modo tan vago que la fe no siempre basta para comprenderla de una manera precisa, y tiene más características de hipótesis que de realidad. El Espiritismo viene a eliminar esa incertidumbre por medio del testimonio de aquellos que vivieron y de pruebas, de alguna manera, materiales.

Toda religión se basa necesariamente en la vida futura y todos los dogmas convergen forzosamente hacia ese objetivo único; es con el fin de alcanzar ese objetivo que se los practica y la fe en esos dogmas va en razón de la eficacia que uno cree que poseen para lograr el objetivo. La teoría de la vida futura es, pues, la piedra angular de toda doctrina religiosa; si esa teoría se equivoca en la base; si abre campo a objeciones serias; si se contradice a sí misma; si se puede demostrar la imposibilidad de ciertas partes, todo se derrumba: primero viene la duda, a la duda le sucede la negación

absoluta, y los dogmas son arrastrados en el naufragio de la fe. Se ha creído que se escaparía del peligro al proscribir el examen y al hacer de la fe ciega una virtud; pero pretender imponer la fe ciega en este siglo es desconocer el tiempo en el que vivimos; las personas reflexionan sin que haya consentimiento para eso; examinan inevitablemente; quieren saber el porqué y el cómo. El desarrollo de la industria y de las ciencias exactas enseña a mirar el terreno sobre el que se pisa. Es por eso que se sondea el terreno sobre el que se dice que se caminará después de la muerte. Si no se lo considera sólido, es decir, lógico, racional, uno no se interesa en él. Por más que se haga, no se llegará a neutralizar esa tendencia, porque es inherente al desarrollo intelectual y moral de la humanidad. Según algunos, es

***«solamente se duda de lo
que no se comprende»***

«El Espiritismo viene, a su vez, no como una religión, sino como doctrina filosófica, a traer su teoría apoyada en el hecho de las manifestaciones»

un bien; según otros, es un mal; sea cual sea la manera en la que se considere esa tendencia, es necesario adaptarse a ella, queriéndolo o no, pues no hay medio de hacerlo de otro modo.

La necesidad de conocer y de comprender se traslada de las cosas materiales a las cosas morales. La vida futura, sin duda, no es algo palpable como un ferrocarril ni como una máquina a vapor, pero puede ser comprendida por el razonamiento. Si el razonamiento en virtud del cual se busca demostrar la vida futura no satisface a la razón, se rechazan las premisas y conclusiones. Interrogad a aquellos que niegan la vida futura

y todos os dirán que han sido conducidos a la incredulidad por el propio cuadro que se les hace de la vida futura con su cortejo de diablos, de llamas y de penas sin fin.

Todas las cuestiones morales, psicológicas y metafísicas están relacionadas, de una manera más o menos directa, con la cuestión del futuro; resulta que de esa última cuestión depende, de alguna manera, la racionalidad de todas las doctrinas filosóficas y religiosas. El Espiritismo viene, a su vez, no como una religión, sino como doctrina filosófica, a traer su teoría apoyada en el hecho de las manifestaciones; no se impone; no exige confianza ciega; se postula como candidato y dice: «Examinad, comparad y juzgad; si encontráis algo mejor que lo que os doy, tomadlo». No dice: «Vengo a minar los fundamentos de la religión y reemplazarla por un culto nuevo». Dice: «No me dirijo a aquellos que creen y que están satisfechos con sus creencias, sino a aquellos que desertan de vuestras filas

por la incredulidad y que no habéis sabido o podido retener; vengo a darles, respecto a las verdades que ellos rechazan, una interpretación que satisface a la razón y que se las haga aceptar; y la prueba de que tengo éxito es el número de aquellos que retiro del atolladero de la incredulidad. Escuchadlos y todos ellos os dirán: “Si me hubieran enseñado esas cosas de esta manera desde mi infancia, jamás habría dudado; ahora creo porque comprendo”». ¿Debéis rechazarlos porque aceptan el espíritu y no la letra, el principio en lugar de la forma? Sois libres para hacerlo; si vuestra conciencia os hace de eso un deber, nadie piensa en violentarla, pero diré, sin embargo, que eso es un error; digo más: es una imprudencia.

La vida futura es, como lo hemos dicho, el objetivo esencial de toda doctrina moral; sin la vida futura, la moral ya no tiene base. El triunfo del Espiritismo está precisamente en la manera en la que presenta el porvenir. Además de las pruebas que da de

él, el cuadro que hace sobre el porvenir es tan claro, tan simple, tan lógico, tan conforme con la justicia y la bondad de Dios, que uno involuntariamente se dice: «Sí, es así mismo que eso debe ser, es así como lo he soñado y si no he creído es porque me habían afirmado que era diferente». ¿Pero qué da a la teoría del porvenir una fuerza semejante? ¿Qué le hace granjear tan numerosas simpatías? Decimos que es su lógica inflexible, es porque resuelve dificultades hasta entonces insolubles, y eso, esa teoría se lo debe al principio de la pluralidad de las existencias. De hecho, suprimid ese principio y mil problemas, todos más insolubles unos que otros, se presentan enseguida; se tropieza a

**«El triunfo del Espiritismo
está precisamente en la
manera en la que
presenta el porvenir»**

**«La pluralidad de
las existencias [...] da
una razón de ser a
una multitud de cosas
incomprendidas»**

cada paso contra objeciones innumerables. Esas objeciones no se las hacía antaño, es decir, no se reflexionaba sobre ellas; pero, hoy en día, que el niño se ha vuelto hombre quiere ir al fondo de las cosas; quiere ver claro en el camino en el que es conducido; sondea y pesa el valor de los argumentos que se le da y, si no satisfacen a la razón, si lo dejan en la vaguedad y en la incertidumbre, los rechaza esperando algo mejor. La pluralidad de las existencias es una clave que abre nuevos horizontes, que da una razón de ser a una multitud de cosas incomprendidas, que explica lo que era inexplicable; concilia todos los acontecimientos de la vida con la justicia y la bondad

de Dios; he aquí el motivo por el cual aquellos que llegaban a dudar de esa justicia y de esa bondad reconocen ahora el dedo de la Providencia donde antes se habían negado a admitirlo. Sin la reencarnación, de hecho, ¿a qué causa atribuir las ideas innatas; cómo justificar la idiocia, el cretinismo, el salvajismo al lado del genio y de la civilización; la profunda miseria de unos al lado de la dicha de otros, las muertes prematuras y tantas otras cosas? Desde el punto de vista religioso, ciertos dogmas, tales como el pecado original, la caída de los ángeles, la eternidad de las penas, la resurrección de la carne, etc., encuentran en ese principio una interpretación racional que hace que el espíritu sea aceptado por aquellos mismos que rechazaban la letra.

En resumen, el hombre actual quiere comprender; el principio de la reencarnación arroja luz sobre lo que estaba oscuro; he aquí el motivo por el cual decimos que ese principio es una de las causas que hacen que se

acoja al Espiritismo con benevolencia.

La reencarnación, se dirá, no es necesaria para creer en los Espíritus y en la manifestación de ellos y la prueba es que hay creyentes que no la admiten. Eso es verdadero; por esa razón, no decimos que no se pueda ser un muy buen Espírita sin eso; no estamos entre aquellos que arrojan la piedra a quien no piensa como nosotros. Decimos solamente que ellos no han tratado todos los problemas que suscita el sistema unitario, sin eso habrían reconocido la imposibilidad de dar a esos problemas una solución satisfactoria. La idea de la pluralidad de las existencias ha sido primeramente acogida con asombro, con desconfianza; después, poco a poco, se ha ido familiarizando con esa idea, a medida

que se ha reconocido la imposibilidad de librarse, sin ella, de innumerables dificultades que suscitan la psicología y la vida futura. Es un hecho cierto lo que ese sistema gana de terreno todos los días y lo que el otro pierde todos los días. En Francia, hoy en día, los adversarios de la reencarnación –hablamos de aquellos que han estudiado la Ciencia Espírita– están en un número imperceptible en comparación a los partidarios. Incluso en América, donde los adversarios son los más numerosos, por las causas que hemos explicado en nuestro número anterior, el principio de la pluralidad de las existencias empieza a popularizarse, de donde se puede concluir que no está lejos el tiempo en el que no habrá ninguna disidencia bajo ese aspecto.



5 – Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas

Discurso del señor Allan Kardec con ocasión de la renovación del año social, el 1.º de abril de 1862

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 6, junio de 1862

Señores y caros colegas:
La Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas ha comenzado su quinto año el 1.º de abril de 1862 y, se debe admitir, jamás lo había hecho bajo mejores auspicios. Ese hecho no tiene solamente importancia desde nuestro punto de vista personal, sino también es sobre todo característico desde el punto de vista de la Doctrina en general, pues prueba, de una manera evidente, la intervención de nuestros guías espirituales. Sería superfluo recordaros el modesto origen de la Sociedad, así como las circunstancias, de alguna manera providenciales, de su constitución; circunstancias a las que un Espíritu eminente, entonces en el poder y después en el mundo de los

Espíritus, nos ha dicho haber contribuido él mismo fuertemente.

La Sociedad, os acordáis, señores, ha tenido sus vicisitudes. Tenía en su seno elementos de disolución, provenientes de la época en la que se reclutaba muy fácilmente, y su existencia estuvo incluso comprometida un instante. En aquel momento, puse en duda su utilidad real, no como simple reunión, sino como sociedad constituida. Cansado de esos conflictos, estaba decidido a retirarme. Esperaba que, una vez libre de las trabas sembradas sobre mi ruta, trabajaría mejor para la gran obra emprendida. Fui disuadido de eso por numerosas comunicaciones espontáneas que me fueron dadas desde diferentes lados.

Hay una, entre otras, cuya esencia creo que es útil daros hoy, porque los acontecimientos han justificado las previsiones. Estaba así concebida:

«La Sociedad, formada por nosotros con tu concurso, es necesaria; queremos que subsista y subsistirá, a pesar de la mala voluntad de algunos, como lo reconocerás más tarde. Cuando un mal existe, no se cura sin crisis; es así de lo pequeño a lo grande: tanto en el individuo como en las sociedades; tanto en las sociedades como en los pueblos; tanto en los pueblos como será en la humanidad. Nuestra Sociedad, decimos, es necesaria; cuando cese de serlo bajo su forma actual, se transformará como todas las cosas. En cuanto a ti, no puedes, no debes retirarte; no pretendemos, sin embargo, encadenar tu libre albedrío; decimos solamente que tu retirada sería un error que lamentarías un día, porque trabaría nuestros designios...»

Desde entonces, dos años han transcurrido y, como lo veis, la Sociedad ha salido felizmente de esa crisis

pasajera, cuyas peripecias me han sido señaladas todas. Uno de los resultados de esa crisis ha sido darnos una lección de experiencia, de la cual hemos sacado provecho y que ha provocado medidas por las que sólo tenemos que felicitarnos. Liberada de las preocupaciones inherentes a su situación anterior, la Sociedad ha podido proseguir sus estudios sin trabas. Por eso, su progreso ha sido rápido y la Sociedad ha crecido a ojos vistas, no diré numéricamente, aunque es más numerosa de lo que jamás había sido, sino en importancia. Ochenta y siete miembros que participan en las cuotas anuales han figurado en el listado del año que acaba de transcurrir, sin contar a los miembros honorarios y por correspondencia. Le habría sido fácil doblar e incluso triplicar ese número si hubiera ambicionado los ingresos financieros; la Sociedad sólo tendría que colmar las admisiones de menos dificultades. Ahora bien, lejos de disminuir esas dificultades, las ha aumentado, porque, al ser una

**«Las ideas verdaderas
deben ser aceptadas
por medio de la razón
y del buen sentido»**

Sociedad de estudios, no ha deseado apartarse de los principios de su fundación y porque jamás ha hecho del interés material una cuestión importante; al no buscar acumular dinero, le era indiferente ser un poco más o un poco menos numerosa. Por lo tanto, su preponderancia no se debe en absoluto al número de sus miembros; está en las ideas que estudia, elabora y difunde. La Sociedad no realiza propaganda activa; no tiene ni agentes ni emisarios; no solicita a nadie que venga a ella y, lo que puede parecer extraordinario, es a esa propia reserva a la que debe su influencia. Aquí está, sobre ese asunto, cuál es su razonamiento. Si las ideas espíritas fueran falsas, nada podría hacerlas echar raíces, pues toda idea falsa sólo tiene

una existencia pasajera; si son verdaderas, se establecerán a pesar de todo, por la convicción, y el peor medio de propagarlas sería imponerlas, pues toda idea impuesta es sospechosa y revela su debilidad. Las ideas verdaderas deben ser aceptadas por medio de la razón y del buen sentido; si no germinan en algún lugar es que la estación no ha llegado; es necesario esperar y limitarse a arrojar la semilla al viento, porque, tarde o temprano, habrá algunas semillas que caerán sobre una tierra menos árida.

Por lo tanto, el número de los miembros de la Sociedad es una cuestión muy secundaria; pues hoy en día, más que nunca, la Sociedad no podría tener la pretensión de absorber a todos los adeptos. Por medio de sus estudios concienzudos, realizados sin prejuicios y sin opinión preconcebida, su objetivo es dilucidar las diversas partes de la Ciencia Espírita, investigar las causas de los fenómenos y recoger todas las observaciones para esclarecer la cuestión, tan importante

y de tan palpitante interés, del estado del mundo invisible, de su acción sobre el mundo visible y de las innumerables consecuencias que derivan de eso para la humanidad. Por su posición y por la multiplicidad de sus relaciones, se encuentra en las condiciones más favorables para observar bien y mucho. Su objetivo es, pues, esencialmente moral y filosófico. Pero lo que sobre todo ha dado crédito a sus trabajos es la calma, la seriedad que la Sociedad proporciona; es porque todo es aquí discutido fríamente, sin pasión, como deben hacerlo las personas que buscan esclarecerse de buena fe; es porque se sabe que la Sociedad sólo se ocupa de cosas serias; es, en fin, la impresión que los numerosos extranjeros que frecuentemente vienen de países lejanos para asistir a la Sociedad se han llevado del orden y de la dignidad de sus sesiones.

También, la línea que ha seguido produce sus frutos. Los principios que profesa, basados en observaciones concienzudas, sirven hoy en día

de regla para la inmensa mayoría de los Espíritas. Habéis visto caer sucesivamente ante la experiencia la mayoría de los sistemas nacidos al principio y es con dificultad que algunos todavía conservan a escasos partidarios; eso es indudable. ¿Cuáles son, pues, las ideas que crecen y cuáles son las que están en decadencia? Es una cuestión de hecho. La doctrina de la reencarnación es el principio que ha sido el más controvertido y sus adversarios nada han ahorrado para atacarlo, ni siquiera las injurias y las groserías, ese argumento supremo de aquellos que ya no tienen buenas razones. Ese principio no ha dejado de seguir su camino por eso, porque se apoya sobre una lógica inflexible; porque, sin esa palanca, uno se choca contra dificultades insuperables y porque, en fin, no se ha encontrado nada más racional para poner en el lugar de ese principio.

Sin embargo, hay un sistema del cual se hace más que nunca alarde hoy en día: es el sistema diabólico.

Ante la imposibilidad de negar los hechos de las manifestaciones, un grupo pretende probar que son obra exclusiva del diablo. El encarnizamiento que ese grupo emplea en eso prueba que no está muy seguro de tener razón, mientras que los Espíritas no se inquietan en absoluto por ese despliegue de fuerzas y dejan que se debiliten. En este momento, ese grupo abre fuego completamente: discursos, pequeñas publicaciones, grandes volúmenes, artículos de periódicos, es un ataque general. ¿Para demostrar qué? Que los hechos que, según nosotros, testimonian el poder y la bondad de Dios, testimonian, al contrario, el poder del diablo; de donde resulta que el diablo, al ser el único que puede manifestarse, es más poderoso que Dios. Atribuir al diablo todo lo que es bueno en las comunicaciones es retirar de Dios el bien para rendir homenaje al diablo. Creemos que somos más respetuosos que eso hacia la Divinidad. Por lo demás, como lo he dicho, los Espíritas no se preocupan por esa

demostración de oposición, que tendrá como efecto destruir un poco más temprano el crédito de Satán.

La Sociedad de París, sin el empleo de medios materiales, y aunque limitada numéricamente por su voluntad, no ha dejado de hacer una propaganda considerable por la fuerza del ejemplo y la prueba está en esto: en el número incalculable de grupos espíritas que se forman según los mismos procedimientos, es decir, según los principios que la Sociedad profesa; en el número de sociedades regulares que se organizan y que solicitan colocarse bajo su apoyo; las encontramos en varias ciudades de Francia y del extranjero, en Argelia, en Italia, en Austria, en México, etc. ¿Qué hemos hecho para eso? ¿Hemos ido a buscarlas, a incitarlas? ¿Hemos enviado a emisarios, a agentes? En absoluto; nuestros agentes son las obras. Las ideas espíritas se difunden en una localidad; inicialmente sólo encuentran algunos ecos; después, poco a poco, ganan terreno; los adeptos sienten

la necesidad de reunirse, no tanto para hacer experimentos, sino para hablar de un tema que les interesa; de eso, vienen los millares de grupos particulares que se pueden llamar grupos familiares; entre ellos, algunos adquieren una importancia numérica más grande; se nos solicitan consejos y he aquí como se forma imperceptiblemente esa red, que ya tiene hitos sobre todos los puntos del globo.

Aquí, señores, se coloca naturalmente una observación importante sobre la naturaleza de las relaciones que existen entre la Sociedad de París y las reuniones o sociedades que se fundan bajo sus auspicios y que uno se equivocaría al considerarlas como sucursales. La Sociedad de París solamente tiene sobre ellas la autoridad de la experiencia; pero, como lo he dicho en otra ocasión, no se inmiscuye, de ninguna manera, en los asuntos de esas reuniones o sociedades; su papel se limita a pareceres officiosos cuando se le solicitan. El vínculo que las une es, pues, un vínculo puramente moral,

fundado en la afinidad y en la semejanza de ideas. No hay entre ellas *ninguna afiliación, ninguna solidaridad material*. La única consigna es aquella que debe congrega a todas las personas: *caridad y amor al prójimo*, consigna pacífica y que no podría producir inquietud.

La mayor parte de los miembros de la Sociedad reside en París. Sin embargo, ella cuenta con varios miembros que viven fuera de la capital o del país y que, aunque sólo asistan a las reuniones de la Sociedad excepcionalmente (hay incluso aquellos que no han venido a París desde su fundación), han considerado un honor formar parte de ella. Además de los miembros propiamente dichos, la Sociedad mantiene correspondencia con determinadas personas, pero esas relaciones, puramente científicas, sólo tienen como objeto mantenerla al corriente del movimiento espírita en las diferentes localidades y me proporcionan documentos para la historia del establecimiento del Espiritismo,

**«La única consigna
es aquella que debe
congregar a todas las
personas: *caridad y
amor al prójimo*»**

sobre la cual reúno material. Entre los adeptos, hay aquellos que se distinguen por su celo, su abnegación, su dedicación a la causa del Espiritismo; que se desviven, no en palabras, sino en acciones; la Sociedad está feliz de darles un testimonio particular de simpatía al conferirles el título de miembro honorario.

Desde hace dos años, la Sociedad ha crecido, pues, en crédito y en importancia; pero su progreso está, además, señalado por la naturaleza de las comunicaciones que recibe de los Espíritus. Desde hace algún tiempo, de hecho, esas comunicaciones han adquirido proporciones y desarrollos que han sobrepasado en mucho a nuestra expectativa; ya no son, como

antes, cortos fragmentos de moral banal, sino disertaciones en las que se discurren las más elevadas cuestiones de filosofía con una amplitud y una profundidad de pensamientos que hacen de ellas verdaderos tratados. Es lo que ha observado la mayoría de los lectores de la *Revista*.

Estoy feliz de señalar otro progreso en lo que concierne a los médiums. Jamás, en ninguna otra época, hemos visto a tantos tomar parte en nuestros trabajos, ya que nos ha sucedido tener hasta catorce comunicaciones en una misma sesión. Pero, lo que es más valioso que la cantidad es la calidad, que se puede juzgar por la importancia de las instrucciones que nos han sido dadas. Todas las personas no aprecian la calidad mediúmnica desde el mismo punto de vista. Hay aquellos que la miden por el efecto producido; para ellos, los médiums veloces son los más notables y los mejores. Para nosotros, que buscamos ante todo la instrucción, damos más importancia a lo que satisface al pensamiento que

a lo que sólo satisface a los ojos; preferimos, por lo tanto, a un médium útil con quien aprendemos algo antes que a un médium extraordinario con quien nada aprendemos. Bajo ese aspecto, no tenemos de qué quejarnos y debemos agradecer a los Espíritus por haber cumplido la promesa que nos han hecho de no dejarnos desprovistos. Al desear ampliar el círculo de sus enseñanzas, los Espíritus debían también multiplicar los instrumentos.

Pero hay un punto más importante aún, sin el cual esas enseñanzas sólo habrían producido pocos frutos o ninguno. Sabemos que, en general, los Espíritus están lejos de tener la soberana ciencia y que pueden engañarse; que frecuentemente emiten sus propias ideas, que pueden ser exactas o falsas; que los Espíritus superiores quieren que nuestro juicio se ejerza para discernir lo verdadero de lo falso, lo que es racional de lo que es ilógico; es por eso que jamás aceptamos algo a ojos cerrados. Por lo tanto, no podría haber enseñanza provechosa

sin discusión. ¿Pero cómo discutir comunicaciones con médiums que no soportan la menor controversia, que se hieren por una nota crítica, por una simple observación, y que consideran malo que no se aplauda todo lo que obtienen, aunque estuviera maculado por las más groseras herejías científicas? Esa pretensión ya estaría fuera de lugar si lo que ellos escriben fuera el producto de su inteligencia; es ridícula, ya que sólo son instrumentos pasivos, pues esos médiums se parecen a un actor que se ofendería si se le consideraran malos los versos que está encargado de recitar. Al no poder las propias almas de esos médiums ofenderse por una crítica que no las alcanza, es, pues, el Espíritu que se comunica quien se ofende y quien

**«los Espíritus superiores
quieren que nuestro juicio
se ejerza para discernir lo
verdadero de lo falso»**

**«como buscamos la
instrucción, no podemos
dejar de discutir, aun a
costa de desagradar a los
médiums»**

transmite su impresión al médium. Por eso mismo, ese Espíritu revela su influencia, ya que quiere imponer sus ideas por medio de la fe ciega y no por medio del razonamiento o, lo que es igual, porque quiere razonar solo. Resulta que el médium que está con esa predisposición se encuentra bajo el imperio de un Espíritu que merece poca confianza, ya que muestra más orgullo que saber; por eso, sabemos que los Espíritus de esa categoría en general alejan a sus médiums de los centros donde no se los acepta sin reserva.

Ese defecto, entre los médiums que son afectados por eso, es un obstáculo muy grande para el estudio. Si sólo buscáramos los efectos producidos

por los médiums, eso no tendría importancia para nosotros; pero como buscamos la instrucción, no podemos dejar de discutir, aun a costa de desagradar a los médiums. Por ello, algunos se han retirado en el pasado, como lo sabéis, por ese motivo, aunque no admitido, y porque no habían podido hacerse pasar, ante la Sociedad, por médiums exclusivos ni como intérpretes infalibles de las potencias celestes; a sus ojos, son aquellos que no se inclinan ante sus comunicaciones quienes están obsesos. Hay, incluso, quien exagera la susceptibilidad al punto de ofenderse por la prioridad dada a la lectura de las comunicaciones obtenidas por otros médiums. ¿Qué sucede, pues, cuando otra comunicación es preferida a la de ellos? Se comprende el malestar que impone una situación semejante. Muy felizmente para el interés de la Ciencia Espírita, no todos son así, y aprovecho con complacencia esta ocasión para dirigir, en nombre de la Sociedad, agradecimientos a aquellos que nos prestan su concurso

hoy en día con tanto celo y dedicación, sin calcular ni su trabajo ni su tiempo, y que, al no tomar partido, en absoluto, en favor de sus comunicaciones, son los primeros en ir en dirección de la controversia de las que ellas puedan ser objeto.

En resumen, señores, solamente podemos felicitarnos por la situación de la Sociedad desde el punto de vista moral. No hay nadie que no haya observado, en el ánimo imperante en la Sociedad, una diferencia notable, en comparación con lo que era al principio, cuyo efecto cada uno siente intuitivamente y que es traducida en muchas circunstancias en hechos positivos. Es indudable que reinan aquí menos estorbo y menos tensión, mientras que un sentimiento de mutua benevolencia se hace sentir. Parece que los Espíritus embrolladores, al ver su impotencia para sembrar la desconfianza, han tomado el sensato partido de retirarse. También sólo podemos felicitar la dichosa idea de varios miembros de organizar en sus

casas reuniones particulares. Éstas tienen la ventaja de establecer relaciones más estrechas; son, además, centros para muchas personas que no pueden ir a la Sociedad; donde se puede extraer una primera iniciación; donde se puede hacer una multitud de observaciones que vienen enseguida a convergir al centro común; son, en fin, canteras para la formación de médiums. Agradezco sinceramente a las personas que me han hecho el honor de ofrecerme la dirección de esas reuniones, pero eso me es materialmente imposible; incluso lamento mucho no poder ir a ellas tan frecuentemente como yo desearía. Conocéis mi opinión con relación a los grupos particulares; hago, pues, votos por su multiplicación, en la Sociedad o fuera de la Sociedad, en París o en otros lugares, porque son los agentes más activos de propaganda.

Bajo el aspecto material, nuestro tesorero os ha rendido cuentas de la situación de la Sociedad. Nuestro presupuesto, como lo sabéis, señores,

es muy simple. Lo esencial es que haya equilibrio entre lo activo y lo pasivo, ya que no buscamos acumular dinero.

Roguemos, pues, a los buenos Espíritus que nos asisten y, en particular, a nuestro presidente espiritual, San Luis, que tengan a bien mantener la benévola protección que nos han otorgado tan visiblemente hasta este día y de la que nos esforzaremos cada vez más para volvernos dignos.

Me resta hablaros, señores, de algo importante. Quiero hablar del empleo de los *diez mil* francos que me fueron enviados para ser utilizados en el interés del Espiritismo, hace aproximadamente dos años, por una persona que es suscriptora de la *Revista Espírita* y que ha deseado permanecer anónima. Esa donación, os acordáis sin duda, me fue hecha personalmente, sin asignación específica, sin recibo y sin que yo tuviera que rendir cuentas a quienquiera.

Al hacer partícipe de esa feliz circunstancia a la Sociedad, declaré, en

la sesión del 17 de febrero de 1860, que no tenía, en absoluto, la intención de sacar provecho de esa muestra de confianza e insistía, para mi propia satisfacción, que el empleo de los fondos estuviera sometido a un control; y añadí: «Esa suma formará el primer fondo de una *caja específica*, bajo el nombre de *Caja del Espiritismo*, y que no tendrá nada en común con mis negocios personales. Esa caja será aumentada posteriormente por sumas que podrán llegarle de otras fuentes, y exclusivamente destinada a las necesidades de la Doctrina y al desarrollo de las ideas espíritas. Uno de mis primeros cuidados será proveer a la Sociedad de lo que le falta materialmente para la regularidad de sus trabajos y para la creación de una *biblioteca especializada*. He rogado a varios de nuestros colegas que tengan a bien aceptar el control de esa caja y constatar, en épocas que serán determinadas posteriormente, el empleo útil de los fondos».

Esa comisión, hoy en día dispersa

parcialmente por las circunstancias, se completará cuando haya necesidad y todos los documentos le serán entonces proporcionados. Entretanto, y como, en virtud de la libertad absoluta que se me había dado, he juzgado oportuno aplicar esa suma al desarrollo de la Sociedad, es a vosotros, señores, que creo que debo rendir cuentas de la situación de esa suma, tanto por mi liberación personal de esa obligación como por vuestra edificación. Insisto, sobre todo, que se comprenda bien la imposibilidad material de cubrir, con esos fondos, gastos cuya urgencia, sin embargo, se hace sentir más día a día, en razón de la extensión de los trabajos que exige el Espiritismo.

La Sociedad, lo sabéis, señores, sentía intensamente los inconvenientes de no tener un local específico para sus sesiones y donde pudiera tener sus archivos a mano. Para trabajos como los nuestros, es necesario, de alguna manera, un lugar consagrado donde nada pueda perturbar el

recogimiento; cada uno lamentaba la necesidad en la que estábamos de reunirnos en un establecimiento público, poco en armonía con la gravedad de nuestros estudios. Creí, pues, hacer algo útil al darle los medios de tener un local más conveniente con la ayuda de los fondos que había recibido.

Por otro lado, como el progreso del Espiritismo ha conducido, a mi casa, a un número que crece, incesantemente, de visitantes nacionales y extranjeros, número que se puede evaluar de mil doscientos a mil quinientos por año, era preferible recibirlos en la propia sede de la Sociedad y, a tal efecto, concentrar allí todos los asuntos y todos los documentos relacionados con el Espiritismo.

En lo que a mí concierne, añadiré que, al consagrarme completamente a la Doctrina, se volvía de alguna manera necesario, para evitar pérdidas de tiempo, que yo tuviera allí mi domicilio o, por lo menos, un alojamiento ocasional. Para mí personalmente,

no tenía necesidad en absoluto de eso, ya que tengo, en mi casa, un apartamento que nada me cuesta, más agradable bajo todos los aspectos y donde vivo tan frecuentemente como mis ocupaciones me lo permiten. Un segundo apartamento habría sido para mí un costo inútil y oneroso. Por lo tanto, sin el Espiritismo, yo estaría tranquilamente en mi casa, en la Avenida de Ségur, y no aquí, obligado a trabajar desde la mañana hasta la noche y, frecuentemente, desde la noche hasta la mañana, sin siquiera poder tomar un reposo que algunas veces me sería muy necesario; pues sabéis que estoy solo para dar abasto a un trabajo cuya dimensión difícilmente se imagina y que aumenta necesariamente con la extensión de la Doctrina.

Este apartamento aquí reúne las ventajas deseables por su distribución del espacio interior y por su ubicación central; sin tener nada de suntuoso, es muy conveniente. Pero al ser insuficientes los recursos de la Sociedad para pagar la totalidad del alquiler,

he tenido que completar la diferencia con los fondos de la donación; sin eso, la Sociedad habría estado en la necesidad de permanecer en la situación precaria, mezquina e incómoda en la que estaba antes. Gracias a ese suplemento, la Sociedad ha podido dar a sus trabajos desarrollos que la han colocado rápidamente en la opinión pública de una manera ventajosa y provechosa para la Doctrina. Son, pues, el empleo anterior y la destinación futura de los fondos de la donación que creo que debo comunicaros.

El alquiler del apartamento es 2500 francos por año; con los accesorios, 2530 francos. Los impuestos son 198 francos; total 2728 francos. La Sociedad paga por su parte 1200 francos; quedan, pues, a completar 1528 francos.

El arrendamiento ha sido hecho por tres, seis o nueve años, que empezaron el 1.º de abril de 1860. Al calcularlo por solamente seis años a 1528 francos, resulta 9168 francos; a eso se deben añadir, para compra de

mobiliario y gastos de instalación, 900 francos; para donaciones y auxilios diversos, 80 francos; total de los gastos 10 148 francos, sin contar gastos imprevistos, a pagar con el capital de 10 000 francos.

Por lo tanto, habrá al final del arrendamiento, es decir, en cuatro años, un excedente de gasto. Veis, señores, que no se debe pensar en restar la menor suma de ese fondo, si deseamos llegar al final. ¿Qué se hará entonces? Lo que les agrade a Dios y a los buenos Espíritus, que me han dicho que no me preocupara por nada.

Haré observar que si la suma destinada a la compra del material y a los gastos de instalación es sólo 900 francos, es porque solamente abarca lo que ha sido rigurosamente gastado del capital. Si hubiera sido menester proveerse de todo el mobiliario que está aquí, sólo hablo de las habitaciones de recepción, habría sido necesario gastar tres o cuatro veces más, y entonces la Sociedad, en lugar de seis años de arrendamiento, sólo

tendría tres. Es, pues, mi mobiliario personal que sirve en mayor parte y que, en vista del uso, habrá recibido un rudo revés.

En resumen, esa suma de 10 000 francos, que algunos creían inagotable, se encuentra casi totalmente absorbida por el alquiler, que importaba ante todo garantizar por un cierto tiempo, sin que haya sido posible separar una parte para otros usos, sobre todo para la compra de obras antiguas y modernas, francesas y extranjeras, necesarias para la formación de una gran biblioteca espírita, como yo tenía proyectado; ese solo objetivo no habría costado menos de 3000 a 4000

**«sirvo a una causa ante
la cual la vida material
nada es y por la cual estoy
completamente presto
a sacrificar la mía;
tal vez un día tendré
imitadores»**

francos.

Resulta que todos los gastos fuera del alquiler, tales como los viajes y una multitud de gastos que necesita el Espiritismo, y que no se elevan a menos de 2000 francos, por año, están a mi cargo personal y esa suma es importante en un presupuesto limitado, que sólo se salda a fuerza de orden, de economía e incluso de privaciones.

No creáis, señores, que yo desee hacer de eso un mérito. Al actuar así, sé que sirvo a una causa ante la cual la

vida material nada es y por la cual estoy completamente presto a sacrificar la mía; tal vez un día tendré imitadores. Por lo demás, soy muy recompensado por la visión de los resultados que he obtenido. Si lamento una cosa, es que la exigüidad de mis recursos no me permita hacer más; pues, con medios de ejecución suficientes, empleados con discernimiento, con orden y para cosas verdaderamente útiles, se avanzaría medio siglo en el establecimiento definitivo de la Doctrina.



6 – ¡He aquí cómo se escribe la historia!

Los millones del Sr. Allan Kardec

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 6, junio de 1862

Fui informado de que, en una gran ciudad de comercio, donde el Espiritismo cuenta con numerosos partidarios y hace la mayor cantidad de bien posible entre la clase trabajadora, un eclesiástico se ha hecho el propagador de ciertos rumores que almas caritativas se han apresurado a divulgar y, sin duda, a amplificar. Según esas afirmaciones, soy rico por millones; en mi casa, todo brilla y sólo camino sobre las más bellas alfombras de Aubusson. Se me ha conocido pobre en Lyon; hoy en día, tengo un coche de cuatro caballos y vivo en París de manera principesca. Toda esa fortuna me viene de Inglaterra desde que me he ocupado del Espiritismo y remunerado abundantemente a mis agentes de fuera de la capital. He vendido a

precios altos los manuscritos de mis obras, sobre las cuales incluso tengo un descuento, lo que no me impide venderlas a precios excesivos, etc.

He aquí la respuesta que he dado a la persona que me transmite esos detalles:

«Mi caro señor, me he reído mucho de los millones con los que me gratifica tan generosamente el señor abad V..., tanto más cuanto yo estaba lejos de imaginar esa buena fortuna. La rendición de cuentas realizada a la Sociedad de París, antes de recibir vuestra carta, y que fue publicada anteriormente, desafortunadamente viene a reducir esta ilusión a una realidad mucho menos dorada. Por lo demás, ésta no es la única inexactitud de ese relato fantástico. En primer lugar,

jamás he vivido en Lyon, por lo tanto no veo cómo se me habría conocido pobre allí. En cuanto a mi coche de cuatro caballos, lamento decir que se reduce a los rocines de un coche de alquiler que tomo apenas cinco o seis veces al año, por economía. Es verdad que, antes de los ferrocarriles, hice varios viajes en diligencia: lo que, sin duda, ha confundido a las personas. Pero olvido que, en aquella época, todavía no se contemplaba el Espiritismo, y que es al Espiritismo al que debo, según él, mi inmensa fortuna. ¿De dónde, pues, ha sido tomado todo eso, si no es del arsenal de la calumnia? Eso parecerá tanto más verosímil cuanto más se considera la naturaleza de la población en medio de la cual se difunden esos rumores. Se admitirá que es necesario estar bien corto de buenas razones para estar reducido a tan ridículos medios a fin de desacreditar al Espiritismo. El señor abad no ve que va directamente en contra de su objetivo, pues decir que el Espiritismo me ha enriquecido a ese punto

es reconocer que está difundido inmensamente; por lo tanto, si el Espiritismo está tan difundido, es que agrada. De ese modo, lo que él desearía hacer volver contra un hombre, se vuelve en beneficio de la credibilidad de la Doctrina. ¡Haced creer, pues, después de eso, que una doctrina capaz de propiciar, en algunos años, millones a su propagador sea una utopía, una idea sin sentido! Semejante resultado sería un verdadero milagro, pues jamás ha sucedido que una teoría filosófica haya sido, alguna vez, una fuente de fortuna. En general, así como para los inventos, se consume en eso lo poco que se tiene, y se vería que es el caso en el cual me encuentro, si se supiera todo lo que me cuesta la obra a la que me he consagrado y por la cual sacrifico, además, mi tiempo, mis vigiliass, mi reposo y mi salud; pero tengo por principio guardar para mí lo que hago y no difundirlo. Para ser imparcial, el señor abad debería hacer una comparación con las sumas que las comunidades y los conventos sonsacan de los

fieles. En cuanto al Espiritismo, éste mide su influencia por el bien que hace, el número de afligidos que consuela y no por el dinero que reporta.

»Con una vida principesca, ni que decir que es necesaria una mesa en concordancia. ¿Qué diría, pues, el señor abad si viera mis comidas más suntuosas, aquellas en las que recibo a mis amigos? Las consideraría muy frugales comparadas con los días de ayuno de carne y de alimentos grasos de ciertos dignatarios de la Iglesia, quienes probablemente las desdeñarían para su cuaresma más austera. Le enseñaré pues, ya que él lo ignora y a fin de ahorrarle el trabajo de conducirme en el terreno de la comparación, que el Espiritismo no es y no puede ser un medio de enriquecimiento; que repudia toda especulación de la que podría ser objeto; que enseña a hacer poco caso de lo temporal, a contentarse con lo necesario y no a buscar los placeres de lo superfluo, que no son el camino del Cielo; que, si todas las personas fueran Espíritas, no se envidiarían,

no tendrían celos y no se desvalijarían unas a otras; no hablarían mal de su prójimo y no lo calumniarían, porque el Espiritismo enseña esta máxima del Cristo: *“No hagáis a los otros lo que no desearíais que se os hiciera”*. Es por colocarla en práctica que no nombro con todas las letras al señor abad V...

»El Espiritismo enseña, además, que la fortuna es un depósito del cual se deberá rendir cuentas y que el rico será juzgado según el empleo que haya hecho de ella. Si yo tuviera la fortuna que se me atribuye y si, sobre todo, yo la debiera al Espiritismo, sería perjuro a mis principios al emplearla para la satisfacción del orgullo y para la posesión de disfrutes mundanos, en lugar de hacerla servir a la causa cuya defensa he abrazado.

»Pero, se dirá, ¿y vuestras obras? ¿No habéis vendido a precios altos los

«el Espiritismo no es y no puede ser un medio de enriquecimiento»

manuscritos? Un momento... Eso es entrar en un dominio privado, en el cual no le reconozco a nadie el derecho de inmiscuirse; siempre he honrado mis negocios, no importa a precio de qué sacrificios y de qué privaciones; nada debo a nadie, mientras que muchos me deben; si cobrara esas deudas, tendría más del doble de lo que me queda, lo que hace que, en lugar de subir en la escala de la fortuna, yo haya bajado. Por lo tanto, no debo dar cuentas de mis negocios a nadie, lo que es bueno observar. Sin embargo, para contentar un poco a los curiosos, que nada mejor tienen que hacer sino entrometerse en lo que no les incumbe, diré que, si hubiera vendido mis manuscritos, solamente habría utilizado el derecho que tiene todo obrero de vender el producto de su trabajo. Pero no he vendido ninguno: hay incluso aquellos que he donado pura y simplemente en el interés de la causa y que se venden como quiera sin que me resulte de ellos siquiera un céntimo. Los manuscritos se venden a precios

altos cuando son de obras conocidas, cuya venta está garantizada por anticipado, pero en ningún lugar se encuentra a editores suficientemente complacientes para pagar a precio de oro obras cuyo producto es hipotético, cuando ellos ni siquiera desean arriesgarse en los gastos de impresión; ahora bien, bajo ese aspecto, una obra filosófica tiene cien veces menos valor que ciertas novelas que figuran con ciertos nombres. Para dar una idea de mis enormes ganancias, diré que la primera edición de *El Libro de los Espíritus*, que he emprendido por mi cuenta y riesgo, al no encontrar a un editor que haya deseado encargarse de ella, me ha reportado neto, hechos todos los gastos, todos los ejemplares agotados, tanto vendidos como donados, aproximadamente quinientos francos, como puedo justificar por documentos auténticos; no sé qué tipo de coche se podría adquirir con eso. Al no tener todavía los millones en cuestión, en la imposibilidad en la que me he encontrado de pagar por mí mismo los

gastos de todas mis publicaciones y sobre todo de ocuparme de las relaciones necesarias para la venta, he cedido, por un cierto tiempo, el derecho de publicar, mediante un derecho de autor calculado a tantos *céntimos* por ejemplar vendido; de tal manera que no tengo ninguna relación con el detalle de la venta y con los negocios que los intermediarios puedan hacer sobre las entregas realizadas por los editores a las personas con quienes mantienen correspondencia, negocios de los cuales declino la responsabilidad, al estar obligado, en lo que me concierne, a rendir cuentas a los editores, a un precio de ...⁴, por todos los ejemplares que tomo de ellos, que los venda, que los done o que no se vendan.

»En cuanto al producto que me puede resultar de la venta de mis obras, no tengo que dar explicaciones ni sobre la cifra, ni sobre el empleo; de hecho, tengo el derecho de disponer de eso como me parezca mejor. Sin

embargo, no se sabe si ese producto no tiene una destinación determinada, de la que no pueda ser desviado. Pero es lo que se sabrá más tarde; pues, si se le antojara a alguien escribir mi historia en base a datos semejantes a los que son relatados arriba, sería importante que los hechos fueran reconstituidos en su integridad. Es por eso que dejaré memorias detalladas sobre todas mis relaciones y todos mis negocios, principalmente en lo que concierne al Espiritismo, a fin de ahorrarles a los cronistas futuros los errores groseros en los que los actuales caen frecuentemente, por la fe en los rumores de las personas aturdidas, de las malas lenguas y de los interesados en alterar la verdad, a quienes dejo el placer de decir injurias a su gusto, a fin de que más tarde su mala fe sea más evidente.

»Yo me preocuparía muy poco por mí personalmente, si mi nombre no se encontrara, de ahora en adelante,

⁴ N. de la T.: se reproduce exactamente el original del texto, que no menciona el valor.

íntimamente relacionado con la historia del Espiritismo. Por mis relaciones, poseo naturalmente, sobre ese asunto, los más numerosos y los más auténticos documentos que existen; he podido seguir la Doctrina en todos sus desarrollos, observar todas sus peripecias, así como preveo sus consecuencias. Para toda persona que estudia ese movimiento, es evidente que el Espiritismo marcará una de las fases de la humanidad; por lo tanto, es necesario que, más tarde, se sepan qué vicisitudes ha tenido que atravesar, qué obstáculos ha encontrado, qué enemigos han buscado detenerlo, de qué armas se han servido para combatirlo; no se debe dejar de saber por qué medios ha podido triunfar y quiénes son las personas que, por su celo, su dedicación, su abnegación, habrán contribuido eficazmente a su propagación; aquellos cuyos nombres y actos merecerán ser señalados para el reconocimiento de la posteridad, y me doy el deber de tomar buena nota de eso. Esa historia, se lo comprende, no puede aparecer

de pronto; el Espiritismo apenas acaba de nacer y todavía no se han cumplido las fases más interesantes de su establecimiento. Además, entre los “Saúles” del Espiritismo de hoy en día, podría haber más tarde “San Pablos”; esperemos que no tengamos que registrar “Judas”.

»Tales son, mi caro señor, las reflexiones que me han sugerido los extraños rumores que me han llegado; si los he respondido, no es para los Espíritas de vuestra ciudad, que están informados sobre mí y que han podido juzgar, cuando fui a verlos, si había en mí los gustos y las apariencias de una persona rica. Lo hago, pues, para aquellos que no me conocen y que podrían ser inducidos al error por esa manera más que ligera de hacer historia. Si el señor abad V... desea decir solamente la verdad, estoy presto a proporcionarle verbalmente todas las explicaciones necesarias para esclarecerlo.

A vuestra entera disposición.



A. K.»

7 – Estadística de los suicidios

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 7, julio de 1862

Se lee en el *Siècle* del ... de mayo de 1862:

«En la *Comédie sociale au dix-neuvième siècle*, el nuevo libro que el señor B. Gastineau acaba de publicar con la editorial Dentu, encontramos esta curiosa estadística de los suicidios:

»Se ha calculado que, desde el inicio del siglo, el número de los suicidios en Francia no se eleva a menos de 300 000; y esa estimación tal vez no alcance la verdad, pues la estadística sólo proporciona resultados completos a partir del año 1836. De 1836 a 1852, es decir, en un período de diecisiete años, hubo 52 126 suicidios, un promedio de 3066 al año. En 1858, se contaron 3903 suicidios, de los cuales 853 fueron de mujeres y 3050 de hombres; en fin, siguiendo la última

estadística que vimos en el curso del año 1859, 3899 personas se suicidaron, a saber 3057 hombres y 842 mujeres.

»Al constatar que el número de suicidios aumenta cada año, el señor Gastineau deplora, en términos elocuentes, la triste monomanía⁵ que parece haberse apoderado de la especie humana».

He aquí una oración fúnebre realizada muy rápidamente sobre los infelices suicidas. La cuestión nos parece, sin embargo, suficientemente grave como para merecer un examen serio. Tal como están las cosas, el suicidio ya no es un hecho aislado y accidental; con toda razón, puede ser considerado como un mal social, una verdadera calamidad. Ahora bien, un mal que se lleva regularmente de 3000

⁵ N. de la T.: locura o delirio parcial sobre una sola idea o un solo orden de ideas.

a 4000 personas al año sólo en un país y que sigue una progresión creciente no se debe a una causa fortuita; hay necesariamente una raíz, de la misma manera que cuando se ve a un gran número de personas que mueren de la misma enfermedad; esto debe llamar la atención de la ciencia y despertar la preocupación de la autoridad. En semejante caso, las personas se limitan a constatar, en general, el tipo de muerte y el modo empleado para causársela, mientras que ignoran el elemento esencial, el único que puede ayudar a encontrar el remedio: el motivo determinante de cada suicidio; se llegaría a constatar así la causa predominante; pero, a menos que haya circunstancias bien caracterizadas, se considera más simple y más expeditivo sobrecargar a la categoría de los monomaníacos y de los maníacos.

Indudablemente, hay suicidios por monomanía, cometidos fuera del imperio de la razón, como aquellos, por ejemplo, que ocurren en la locura, en el delirio, en la embriaguez; aquí

la causa es puramente fisiológica. Pero, al lado de eso, se encuentra la categoría, mucho más numerosa, de los suicidios voluntarios, cometidos con premeditación y con pleno conocimiento de causa. Ciertas personas piensan que el suicida jamás está completamente en su buen juicio; es un error, con el que estuvimos de acuerdo en otro tiempo, pero que ha caído ante una observación más atenta. Es bastante racional, de hecho, pensar que, al estar el instinto de conservación en la naturaleza, la destrucción voluntaria debe ser algo que está en contra de la naturaleza y que tal es el motivo por el cual se ve frecuentemente ese instinto prevalecer, en el último momento, sobre la voluntad de morir; de donde se ha concluido que, para cometer ese acto, es necesario que ya se haya perdido toda la razón. Sin duda, hay muchos suicidas que son dominados, en ese instante, por una especie de vértigo y sucumben a un primer momento de exaltación; si el instinto de conservación prevalece

al final, son como las personas que salen de la embriaguez y vuelven a apearse a la vida. Pero es muy evidente también que muchos se matan a sangre fría y con previa reflexión. La prueba de eso está en las precauciones calculadas que toman, en el orden que ponen en sus negocios de manera razonada, lo que no es una característica de la locura.

Haremos observar, de paso, un rasgo característico del suicidio: es que los actos de esa naturaleza cometidos en los lugares completamente aislados y deshabitados son excesivamente raros. El hombre perdido en los desiertos o sobre el océano morirá de privaciones, pero no se suicidará, incluso cuando no espere ningún socorro. Aquel que quiere quitarse voluntariamente la vida aprovecha bien el momento en el que está solo para no ser detenido en su propósito, pero lo hace de preferencia en los centros populosos, donde su cuerpo tiene, por lo menos, alguna posibilidad de ser encontrado. Uno se lanzará de lo

alto de un monumento en el centro de una ciudad, lo que no haría de lo alto de un acantilado, donde se perdería todo rastro de él; otro se ahorcará en el bosque de Boulogne, lo que no haría en una selva por donde nadie pasa. El suicida desea sobremanera que no se le impida suicidarse, pero quiere que se sepa, tarde o temprano, que se ha suicidado; le parece que ese recuerdo de las personas lo vincula al mundo que ha deseado abandonar, tanto es así que la idea de la nada absoluta tiene algo más espantoso que la propia muerte. He aquí un curioso ejemplo en apoyo a esa teoría.

Hacia 1815, un rico inglés vino a visitar las famosas cataratas del Rin y se fue tan entusiasmado que regresó a Inglaterra para poner en orden sus negocios, después de algunos meses volvió y se precipitó en el abismo. Es indudablemente un acto de originalidad, pero dudamos fuertemente que él se habría lanzado, del mismo modo, en el Niágara si nadie hubiera podido saberlo. Una característica

singular provocó el acto; pero la idea de que se iba a hablar de él determinó la elección del lugar y el momento; así, si su cuerpo no pudiera ser encontrado, el recuerdo por lo menos no perecería.

A falta de una estadística oficial que dé la exacta proporción de los diferentes motivos de suicidio, no hay duda de que los casos más numerosos son determinados por los reveses de la fortuna, las decepciones, las penas de toda naturaleza. En ese caso, el suicidio no es un acto de locura, sino de desesperación. Al lado de esos motivos que se podrían llamar serios, hay evidentemente los fútiles, sin mencionar la indefinible pérdida de gusto por la vida, en medio de los disfrutes, como aquel que acabamos de citar. Lo que es cierto es que todos aquellos que se suicidan sólo recurren a tal extremo porque, con o sin razón, no están contentos. Sin duda, no es dado a nadie remediar esa causa primera, pero lo que se debe lamentar es la facilidad con la que las personas

ceden, después de algún tiempo, a ese fatal arrastre; es eso, sobre todo, lo que debe llamar la atención y lo que es, en nuestra opinión, perfectamente remediable.

Frecuentemente, uno se pregunta si hay cobardía o valor en el suicidio. Hay indudablemente cobardía en flaquear ante las pruebas de la vida; pero hay valor al afrontar los dolores y las angustias de la muerte; esos dos puntos nos parecen contener todo el problema del suicidio.

Por más punzantes que sean las opresiones de la muerte, la persona las afronta y las soporta si está incitada por el ejemplo. Es la historia del recluta que, al estar solo, retrocede ante el disparo, mientras que es estimulado al ver que los otros avanzan sin temor. Sucede lo mismo en el suicidio; la visión de aquellos que se liberan, por ese medio, de los aborrecimientos y del hastío de la vida deja dicho que ese momento ha pasado rápidamente. Aquellos a quienes el temor del sufrimiento los habría detenido se dicen

que ya que tantas personas lo hacen así, se puede hacer muy bien como ellas; que vale más sufrir algunos minutos que sufrir durante años. Es en ese sentido solamente que el suicidio es contagioso; el contagio no está ni en los fluidos ni en las atracciones; está en el ejemplo que hace que se familiarice con la idea de la muerte y con el empleo de los medios para causársela. Eso es tan verdadero que cuando un suicidio ocurre de una cierta manera, no es raro ver varios del mismo tipo que sucedan en serie. La historia de la famosa garita en la que catorce militares se ahorcaron sucesivamente en poco tiempo no tenía otra causa. El medio estaba allí ante los ojos; parecía cómodo y, aunque aquellos hombres hubieran tenido pocos deseos de terminar con su vida, han aprovechado ese medio; la propia visión de la garita podía hacer nacer la idea de eso. Al ser relatado el hecho a Napoleón, él ordenó quemar la fatal garita; el medio ya no estaba más allí ante los ojos y el mal se detuvo.

La publicidad dada a los suicidios produce sobre las masas el efecto de la garita; incita, estimula, hace que uno se familiarice con la idea, hasta la provoca. Bajo ese aspecto, consideramos los relatos de ese tipo, que los periódicos menudean, como una de las causas incitantes del suicidio: dan *el valor para la muerte*. Sucede lo mismo con los relatos de crímenes, por medio de los cuales se pica la curiosidad pública; producen, por ejemplo, un verdadero contagio moral; jamás han frenado a un criminal, más bien, al contrario, han desarrollado a más de uno.

Examinemos, ahora, el suicidio desde otro punto de vista. Decimos que, cualesquiera que sean los motivos particulares, tiene siempre por causa un descontento. Ahora bien, aquel que está seguro de sentirse infeliz solamente por un día y de sentirse mejor los días siguientes adquiere paciencia fácilmente; solamente se desespera si no ve término a sus sufrimientos. ¿Qué es, pues, la vida humana con relación a la eternidad sino

«La incredulidad, la simple duda sobre el porvenir, las ideas materialistas, en suma, son los más grandes estímulos para el suicidio»

menos que un día? Pero para aquel que no cree en la eternidad, que cree que todo en él se acaba con la vida, si es colmado por penas e infortunios, sólo ve un final en la muerte; al no esperar nada, considera completamente natural, incluso muy lógico, abreviar sus sufrimientos por medio del suicidio.

La incredulidad, la simple duda sobre el porvenir, las ideas materialistas, en suma, son los más grandes estímulos para el suicidio: proporcionan *la cobardía moral*. Y cuando se ve a hombres de ciencia que se apoyan en la autoridad de su saber para *esforzarse* en probar a sus oyentes o a sus

lectores que nada tienen que esperar después de la muerte, ¿no es conducirlos a esta consecuencia de que, si son infelices, nada mejor tienen que hacer sino matarse? ¿Qué les podrían decir para disuadirlos de eso? ¿Qué compensación pueden ofrecerles? ¿Qué esperanza pueden darles? Ninguna otra cosa sino la nada; de donde se debe concluir que si la nada es el remedio heroico, la única perspectiva, vale más caer inmediatamente que más tarde y sufrir, así, por menos tiempo. La propagación de las ideas materialistas es, pues, el veneno que inocular en un gran número de personas el pensamiento del suicidio y aquellos que se hacen los apóstoles de esas ideas asumen sobre sí mismos una terrible responsabilidad.

A eso se objetará, sin duda, que no todos los suicidas son materialistas, ya que hay personas que se matan para ir más rápidamente al Cielo y otras para reunirse más temprano con aquellos que han amado. Eso es verdadero, pero es indudablemente

el número más pequeño, de lo que las personas se convencerían si hubiera una estadística hecha de manera concienzuda sobre las causas íntimas de todos los suicidios. Sea lo que sea, si las personas que ceden a ese pensamiento creen en la vida futura, es evidente que se hacen de ella una idea completamente falsa y la manera en la que se la presenta, en general, no es apropiada para dar una idea más exacta. El Espiritismo no solamente viene a confirmar la teoría de la vida futura, sino también a probarla por los hechos más patentes que sea posible tener: el testimonio de aquellos mismos que están en la vida futura. El Espiritismo hace más: nos la muestra, bajo aspectos característicos tan racionales, tan lógicos, que el razonamiento viene al apoyo de la fe. Al ya no ser permitida la duda, el aspecto de la vida cambia; su importancia disminuye en razón de la certidumbre que se adquiere de un porvenir más próspero; para el creyente, la vida se prolonga indefinidamente, más allá

de la tumba; de eso vienen la paciencia y la resignación, que lo disuaden de manera completamente natural del pensamiento del suicidio; de eso viene, en pocas palabras, *el valor moral*.

El Espiritismo tiene aún, bajo ese aspecto, otro resultado igualmente positivo y tal vez más determinante. La religión dice bien que suicidarse es un pecado mortal por el cual se es castigado; ¿pero cómo? Por llamas eternas, en las que ya no se cree. El Espiritismo nos muestra a los propios suicidas, que vienen a rendir cuentas de su posición infeliz, pero con esta diferencia: las penas varían según las circunstancias agravantes o atenuantes, lo que está más de acuerdo con la justicia de Dios; las penas, en lugar de ser uniformes, son la consecuencia natural de la causa que ha provocado la falta, y uno no se puede impedir ver en eso una soberana justicia distributiva y equitativa. Entre los suicidas, hay aquellos cuyo sufrimiento, aun siendo solamente temporal en lugar de eterno, no deja de ser

«el número de suicidios impedidos por el Espiritismo es considerable»

terrible y hace reflexionar a quienquiera que estuviera tentado a partir de acá antes de la orden de Dios. El Espírita tiene, pues, como contrapeso al pensamiento del suicidio, varios motivos: la *certidumbre* de una vida futura, en la que él sabe que será tanto más feliz cuanto más infeliz y más resignado haya sido en la Tierra; la *certidumbre* de que, al abreviar su vida, llega exactamente a un resultado completamente diferente de aquél que esperaba alcanzar; de que se libera de un mal para caer en uno peor, más largo y más terrible; de que no volverá a ver, en el otro mundo, a las personas que reciben su afecto, con quienes

desearía reunirse; de donde se deduce la consecuencia de que el suicidio es algo contra sus propios intereses. Por eso, el número de suicidios impedidos por el Espiritismo es considerable y se puede concluir que, cuando todo el mundo sea Espírita, ya no habrá suicidios voluntarios, y eso llegará más temprano de lo que se cree. Por lo tanto, al comparar los resultados de las doctrinas materialista y espírita desde el único punto de vista del suicidio, se concluye que la lógica de una doctrina conduce a él, mientras la lógica de la otra hace que uno se desvíe de él, lo que está confirmado por la experiencia.

Por ese medio, se dirá, ¿destruiréis la hipocondría⁶, esa causa de tantos suicidios no motivados, de ese invencible hastío de la vida que nada parece justificar? Esa causa es eminentemente fisiológica, mientras que las otras son morales. Ahora bien, el

⁶ N. de la T.: afección caracterizada por una gran sensibilidad del sistema nervioso con tristeza habitual y preocupación constante y angustiosa por la salud.

Espiritismo curando solamente éstas, ya haría mucho; la primera es, propiamente hablando, de competencia de la ciencia, a la cual la podríamos dejar, diciéndole: «Curamos lo que nos incumbe, ¿por qué no curáis lo que es de vuestra competencia?» Ahora bien, no vacilaríamos en responder afirmativamente esta pregunta.

Ciertas afecciones orgánicas son mantenidas evidentemente e incluso provocadas por las disposiciones morales. El hastío de la vida es, con más frecuencia, el fruto de la saciedad. La persona que ha consumido todo, al no ver nada más allá, está en la posición del ebrio que, al haber vaciado su botella y al no encontrar nada más en ella, la rompe. Los abusos y los excesos de todo tipo conducen forzosamente a un debilitamiento y a un trastorno en las funciones vitales; de eso viene una multitud de enfermedades cuya fuente es desconocida y que se creen causas, pero que sólo son consecuencias; de eso sobreviene también un sentimiento de languidez

y de desaliento. ¿Qué le falta al hipocondríaco para combatir sus ideas melancólicas? Un objetivo en la vida, un móvil en su actividad. ¿Qué objetivo puede tener si no cree en nada? El Espírita hace más que creer en el porvenir: sabe, no por los ojos de la fe, sino por los ejemplos que tiene ante sí mismo, que la vida futura, de la que no puede escapar, es feliz o infeliz, según el empleo que hace de la vida corpórea; que la felicidad allí es proporcional al bien que se ha hecho. Ahora bien, seguro de vivir después de la muerte y de vivir por mucho más tiempo que en la Tierra, le es completamente natural pensar en ser, en la vida futura, lo más feliz posible; seguro, además, de ser infeliz en la vida futura si no hace nada bueno, o incluso si, al no hacer nada malo, nada hace en absoluto, comprende la necesidad de estar ocupado, lo que mejor lo preserva de la hipocondría. Con la certidumbre del porvenir, tiene un objetivo; con la duda, no lo tiene. El aburrimiento le gana y él acaba con la vida porque

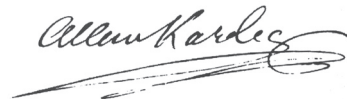
nada más espera. Permítasenos una comparación un poco trivial, pero a la cual no le falta analogía con esto. Un hombre ha pasado una hora en un espectáculo; si cree que todo ha acabado, se levanta y se va; pero si sabe que falta por presentarse todavía algo mejor y más largo de lo que ha visto, se quedará, aunque sea en el peor lugar: la espera por lo mejor triunfará en él sobre la fatiga.

Las mismas causas que conducen al suicidio producen también la locura. El remedio del suicidio es también el remedio de la locura, como lo hemos demostrado en otra parte. Desafortunadamente, mientras la medicina sólo tome en cuenta el elemento material, se privará de todas las luces que la llevaría al elemento espiritual, que desempeña un papel muy activo en un gran número de afecciones.

El Espiritismo nos revela, además, la causa primera del suicidio y sólo él podía hacerlo. Las tribulaciones de la vida son a la vez expiaciones por las faltas pasadas de las existencias y

pruebas para el porvenir. El propio Espíritu las elige con miras a su adelantamiento; pero puede suceder que, una vez en la práctica, considera la carga demasiado pesada y retrocede ante su cumplimiento; es entonces que recurre al suicidio, lo que lo retrasa en lugar de hacerlo avanzar. Sucede, aun, que a un Espíritu que se suicidó en una encarnación anterior, como expiación le haya sido impuesto, en su nueva existencia, tener que luchar contra la tendencia al suicidio; si sale vencedor, avanza; si sucumbe, le será necesario recomenzar una vida tal vez más penosa aún que la anterior y deberá luchar igualmente hasta que haya triunfado, pues toda recompensa en la otra vida es el fruto de una victoria, y quien dice victoria dice lucha. El Espírita extrae, por lo tanto, de la certidumbre que tiene de esa situación una fuerza de perseverancia que ninguna otra filosofía podría darle.

A. K.



8 – Necrología

Muerte del obispo de Barcelona

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 8, agosto de 1862

Nos han escrito desde España que el obispo de Barcelona, aquel que hizo quemar trescientos volúmenes espíritas, a manos del verdugo, el 9 de octubre de 1861⁷, murió el 9 de este mismo mes y fue enterrado con la pompa habitual de los jefes de la Iglesia. Nueve meses solamente han pasado desde entonces y ese auto de fe ya ha producido los resultados presentidos por todo el mundo, es decir, ha apresurado la propagación del Espiritismo en aquel país. De hecho, la repercusión que ha tenido ese acto incalificable en este siglo ha llamado, hacia esta Doctrina, la atención de una multitud de personas que jamás habían oído hablar de ella y la prensa,

no importa de qué opinión, no ha podido quedar muda. La ostentación desplegada en aquella circunstancia fue, ante todo, capaz de picar la curiosidad debido al atractivo del fruto prohibido y, sobre todo, por la propia importancia que eso daba a la cosa, pues todos se han dicho que no se procede de esa manera por una necesidad o un sueño sin sentido. Naturalmente, el pensamiento se ha trasladado algunos siglos atrás y se ha dicho que, en el pasado, en ese mismo país, no se habrían quemado solamente libros, sino también a las personas. ¿Qué podrían contener, pues, libros dignos de las solemnidades de la hoguera? Es lo que se ha deseado saber y el resultado

⁷ Ver, para los detalles, la *Revista Espírita* de los meses de noviembre y diciembre de 1861.

ha sido, en España, el mismo que en todos los lugares donde el Espiritismo ha sido atacado; sin los ataques burlones o serios de los cuales ha sido objeto, contaría con diez veces menos partidarios de los que tiene. Cuanto más violenta y reiterada ha sido la crítica, más lo ha resaltado y lo ha hecho engrandecer; ataques anodinos habrían pasado desapercibidos, mientras que los estallidos del rayo despiertan a los más entumecidos; se quiere ver qué pasa y es todo lo que solicitamos, seguros por anticipado del resultado del examen. Este es un hecho positivo, pues cada vez que, en una localidad, el anatema ha bajado sobre el Espiritismo desde lo alto del púlpito, estamos seguros de ver el número de nuestros suscriptores crecer y de verlos venir si no los había ya antes. España no podía escapar a esa consecuencia; por eso, no hay un Espírita que no esté regocijado al saber del auto de fe de Barcelona, seguido poco después por el de Alicante, e incluso más de un adversario ha

lamentado un acto en el que la religión nada tenía que ganar. Cada día tenemos la prueba irrecusable de la marcha progresiva del Espiritismo en las clases más esclarecidas de ese país, donde cuenta con adeptos dedicados y fervorosos.

Una de las personas de España con quienes mantenemos correspondencia, al anunciarnos la muerte del obispo de Barcelona, nos incitaba a evocarlo. Nos disponíamos a hacerlo y, por consiguiente, habíamos preparado algunas preguntas, cuando él se manifestó espontáneamente a uno de nuestros médiums, contestando por anticipado a todas las preguntas que deseábamos dirigirle y antes de que hubieran sido pronunciadas. Su comunicación, de un carácter completamente inesperado, contenía, entre otros, el pasaje siguiente:

«Ayudado por vuestro jefe espiritual, he podido venir a enseñaros por medio de mi ejemplo y deciros: “No rechacéis ninguna de las ideas anunciadas, pues un día, un día que durará

y pesará como un siglo, esas ideas amontonadas gritarán como la voz del ángel: ‘¿Caín, qué has hecho de tu hermano? ¿Qué has hecho de nuestro poder, que debía consolar y elevar a la humanidad?’ La persona que voluntariamente vive ciega y sorda de espíritu, como otras lo son de cuerpo, sufrirá, expiará y renacerá para recomenzar la labor intelectual que su pereza y su orgullo le han hecho evitar; y esa terrible voz me ha dicho: ‘Has quemado las ideas y las ideas te quemarán’.

»Orad por mí; orad, pues Le es agradable a Dios la oración que Le dirige el perseguido por el perseguidor”.

»Aquel que fue obispo y que no es más que un penitente».

Ese contraste entre las palabras del Espíritu con las del hombre nada tiene que deba sorprender. Todos los días se ve a personas que piensan, después de la muerte, de manera diferente de lo que pensaban durante la vida, una vez que la venda de las

ilusiones ha caído, y ésta es una irrefutable prueba de superioridad. Únicamente los Espíritus inferiores y vulgares persisten en los errores y prejuicios de la vida terrestre. Durante su vida, el obispo de Barcelona veía al Espiritismo a través de un prisma particular que desnaturalizaba sus colores o, mejor dicho, no lo conocía. Ahora él lo ve bajo su verdadera luz, sondea sus profundidades; al haber caído el velo, ya no es para él una simple opinión, una teoría efímera que se puede apagar bajo la ceniza: es un hecho; es la revelación de una ley de la naturaleza, ley irresistible, como el poder de la gravitación, ley que, inevitablemente, debe ser aceptada por todos, como todo lo que es natural.

**«Le es agradable
a Dios la oración que
Le dirige el perseguido
por el perseguidor»**

He aquí lo que él comprende ahora y lo que le hace decir que las ideas que ha deseado quemar lo quemarán; dicho de otro modo, prevalecerán sobre los prejuicios que las habían hecho condenar.

Por lo tanto, no podemos guardar resentimiento hacia él, por el triple motivo de que el verdadero Espírita no guarda resentimiento hacia nadie, no conserva rencor, olvida las ofensas y, a ejemplo del Cristo, perdona a sus enemigos; en segundo lugar, lejos de perjudicarnos, el obispo nos ha ayudado; en fin, él solicita de nosotros la oración *del perseguido por el perseguidor*,

como la más agradable a Dios, pensamiento pleno de caridad, digno de la humildad cristiana, que revelan estas últimas palabras: «Aquel que fue obispo y que no es más que un penitente». Hermosa imagen de las dignidades terrestres dejadas al borde de la tumba, para presentarse a Dios tal como se es, sin la ostentación que impresiona a las personas.

Espíritas, perdonémosle el mal que ha deseado hacernos, como deseamos que nuestras ofensas nos sean perdonadas, y oremos por él en el aniversario del auto de fe del 9 de octubre de 1861.



9 – Respuestas a la invitación de los espíritas de Lyon y de Burdeos

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
5.º año, n.º 9, septiembre de 1862*

Mis caros hermanos y amigos, los
Espíritas de Lyon:

Me adelanto a deciros cuánto me sensibiliza el nuevo testimonio de simpatía que acabáis de darme por medio de vuestra amable y benevolente invitación para que yo vaya a visitaros este mismo año. La acepto con satisfacción, pues es siempre una felicidad para mí encontrarme en medio de vosotros.

Mi alegría es grande, mis amigos, al ver que la familia crece a ojos vistas; es la más elocuente respuesta a dar a los necios e innobles ataques contra el Espiritismo. Parece que ese crecimiento aumenta el furor de esos ataques, pues recibo hoy mismo una carta de Lyon que me anuncia el envío de un periódico de esa ciudad, *La France littéraire*, en el que la

Doctrina en general y mis obras en particular son ridiculizadas de una manera tan repugnante que se me pregunta si se debe responder por la prensa o por los tribunales. Digo que se debe responder por medio del desprecio. Si la Doctrina no hiciera ningún progreso, si mis obras fueran nacidas muertas, nadie se inquietaría y nada se diría. Son nuestros éxitos lo que exaspera a nuestros enemigos. Dejémosles, pues, expresar su rabia impotente, ya que esta rabia muestra que sienten que su derrota está próxima; ellos no son suficientemente necios para abalanzarse sobre un aborto. Cuanto más innobles son sus ataques, menos son de temer, porque son despreciados por todas las personas de bien y prueban que los enemigos no

**«haced que, al veros, se
pueda decir que sería
deseable que todo el
mundo fuera espírita»**

tienen buenas razones para alegar, ya que sólo saben decir injurias.

Seguid, pues, mis amigos, la gran obra de regeneración iniciada bajo tan felices auspicios y muy pronto recogeréis los frutos de vuestra perseverancia. Probad sobre todo por vuestra unión y por la práctica del bien que el Espiritismo es la garantía de la paz y de la concordia entre las personas y haced que, al veros, se pueda decir que sería deseable que todo el mundo fuera espírita.

Estoy feliz, mis amigos, de ver tantos grupos unidos en un mismo sentimiento, avanzando de común acuerdo hacia ese noble objetivo que nos proponemos. Siendo ese objetivo exactamente el mismo para todos, no

podría haber división; una misma bandera debe guiaros y sobre esa bandera está inscrito: *«Fuera de la caridad no hay salvación»*. Estad seguros de que es esta la bandera alrededor de la cual toda la humanidad sentirá la necesidad de congregarse, cuando esté fatigada de las luchas engendradas por el orgullo, los celos y la codicia. Esa máxima, verdadera tabla de salvación, pues será el reposo después de la fatiga, el Espiritismo tendrá la gloria de haberla proclamado primero; inscribidla en todos vuestros lugares de reunión y en vuestras casas particulares; que sea de ahora en adelante la seña de unión entre todas las personas que desean sinceramente el bien, sin segunda intención personal; pero haced mejor aún, grabadla en vuestros corazones y disfrutaréis desde ahora de la calma y de la serenidad que tendrán las generaciones futuras cuando esa máxima sea la base de las relaciones sociales. Estáis en la vanguardia; debéis dar ejemplo a fin de estimular a los otros para que os sigan.

No olvidéis que la táctica de vuestros enemigos, *encarnados o desencarnados*, es dividiros; probadles que perderían su tiempo si intentaran suscitar entre los grupos sentimientos de celos y de rivalidad, que serían una apostasía de la verdadera Doctrina Espírita Cristiana.

Las *quinientas* firmas que acompañan la invitación que habéis tenido a bien dirigirme son una protesta contra ese intento y hay varias que estoy feliz de ver allí. A mis ojos, eso es más que una simple fórmula de cortesía; es un compromiso de caminar en la vía que nos trazan los buenos Espíritus. Las conservaré preciosamente, pues serán un día los gloriosos archivos del Espiritismo.

Una palabra más, mis amigos. Al ir a veros, deseo una cosa: es que no haya banquete y eso por varios motivos. No quiero que mi visita sea una ocasión de gasto, lo que podría impedir a algunos encontrarse allí y privarme de la satisfacción de veros a todos reunidos. Los tiempos son duros; no

se debe, por lo tanto, hacer gasto inútil. El dinero que eso costaría sería mucho mejor empleado en la ayuda a aquellos que tendrán necesidad más tarde. Os lo digo con toda la sinceridad: la idea de que lo que haríais por mí en esa circunstancia podría ser una causa de privación para muchos me quitaría toda la satisfacción de la reunión. No voy a Lyon ni para pavonearme ni para recibir homenajes, sino para conversar con vosotros, consolar a los afligidos, dar valor a los débiles, ayudarlos con mis consejos tanto cuanto esté en mi poder hacerlo; y lo que podéis ofrecerme como más agradable es el espectáculo de una buena, franca y sólida unión. Estad bien

**«No olvidéis que
la táctica de vuestros
enemigos, *encarnados
o desencarnados*,
es dividiros»**

**«lo que podéis ofrecerme
como más agradable es el
espectáculo de una buena,
franca y sólida unión»**

convencidos de que los términos tan
afectuosos de vuestra invitación valen
más para mí que todos los banquetes

del mundo, aunque me fueran ofreci-
dos en un palacio. ¿Qué me quedaría
de un banquete? Nada; mientras que
vuestra invitación me queda como un
precioso recuerdo y una prueba de
vuestro afecto.

Muy pronto, mis amigos, tendré,
si Dios lo quiere, la satisfacción de
apretaros cordialmente la mano.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Allan Kardec', with a long, sweeping horizontal stroke underneath.

A. K.

10 – La lucha entre el pasado y el futuro

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
6.º año, n.º 3, marzo de 1863*

Una verdadera cruzada tiene lugar, en este momento, en contra del Espiritismo, tal como eso nos había sido anunciado. De diversos lados se nos muestran escritos, discursos y hasta actos de violencia y de intolerancia. Todos los Espíritas deben alegrarse de eso, pues es la prueba evidente de que el Espiritismo no es una quimera. ¿Se haría tanto alboroto por una mosca que vuela?

Lo que incita sobremanera esa gran cólera es la prodigiosa rapidez con la que la idea nueva se propaga a pesar de todo lo que se ha hecho para detenerla. Por eso, nuestros adversarios, forzados por la evidencia de reconocer que ese progreso invade los rangos más esclarecidos de la sociedad e incluso a los hombres de ciencia,

se reducen a lamentar ese fatal arrastre que conduce a la sociedad entera a las *Petites-Maisons*⁸. La burla ha agotado su arsenal de pullas y de sarcasmos, y esa arma, que se dice tan terrible, no ha podido tener la aprobación de la mayoría, prueba de que no hay motivo para reírse. No es menos evidente que la burla no ha apartado a ningún partidario de la Doctrina; lejos de eso, los partidarios han aumentado a ojos vistas. La razón de eso es muy simple: se ha reconocido rápidamente todo lo que hay de profundamente religioso en esa Doctrina, que toca las fibras más sensibles del corazón, que eleva el alma hacia lo infinito, que hace que reconozcan a Dios aquellos que Lo habían ignorado. Esa Doctrina ha arrancado a tantas personas de la

⁸ N. de la T.: hospital de París para enfermos mentales.

desesperación, calmado tantos dolores, cicatrizado tantas heridas morales que las ridículas y mediocres bromas descargadas sobre ella han inspirado más rechazo que simpatía. En vano, los burlones se han esforzado en hacer reír a costa de esa Doctrina: hay cosas de las cuales instintivamente se siente que no se puede reír sin profanación.

Sin embargo, si algunas personas, al solamente conocer la Doctrina por las bromas de aquellos que hacen chistes de mal gusto, hayan podido creer que sólo se trataba de un sueño sin sentido, de la elucubración de un cerebro deteriorado, lo que sucede es muy bueno para desengañarlas. Al oír tantas declamaciones furibundas, esas personas deben decirse que es más serio de lo que pensaban.

La población puede dividirse en tres clases: los creyentes, los incrédulos y los indiferentes. Si el número de los creyentes se ha centuplicado desde hace algunos años, eso sólo puede ser a expensas de las otras dos categorías. Pero a los Espíritus que dirigen

el movimiento les ha parecido que las cosas no iban todavía lo suficientemente rápido. Los Espíritus se han dicho que hay aún muchas personas que no han oído hablar del Espiritismo, sobre todo en las áreas rurales; ya es tiempo que la Doctrina penetre allí; además, se debe despertar a los indiferentes entumecidos. La burla ha hecho su trabajo de propaganda involuntaria, pero ha tirado todas las flechas de su aljaba y las saetas que todavía lanza están desafiladas; es un fuego demasiado débil ahora. Es necesario algo más vigoroso, que haga más ruido que la palabrería de los folletines, que resuene hasta en la soledad; es necesario que hasta la última aldea oiga hablar del Espiritismo. Cuando la artillería retumbe, cada uno se preguntará: «¿Qué hay?» Y deseará ver.

Cuando hicimos la pequeña publicación *El Espiritismo en su más simple expresión*, preguntamos a nuestros guías espirituales qué efecto ella produciría. Nos fue contestado:

«Producirá un efecto que no esperas, es decir, tus adversarios estarán furiosos de ver una publicación destinada, por su precio extremadamente bajo, a ser difundida en masa y a penetrar en todos los lugares. Te ha sido anunciado un gran despliegue de hostilidades; tu publicación será la señal de eso. No te preocupes, conoces la finalidad. Se enfadan debido a la dificultad de refutar tus argumentos». «Ya que es así –dijimos– esa publicación, que debería ser vendida por 25 céntimos, será ofrecida por dos». Lo sucedido ha justificado esas previsiones y nos felicitamos por eso.

Todo lo que sucede, por lo demás, ha sido previsto y debía suceder por el bien de la causa. Cuando veáis alguna gran manifestación hostil, lejos de asustaros, alegraos de eso, pues ha sido dicho: «el rugido del rayo será la señal de la aproximación de los tiempos predichos». Orad, entonces, mis hermanos; orad sobre todo por vuestros enemigos, pues serán tomados por un verdadero vértigo.

Pero no todo está consumado todavía; la llama de la hoguera de Barcelona no ha subido lo suficientemente alto. Si ella se renueva en alguna parte, guardaos de apagarla, pues mientras más se eleve, más será vista desde lejos, semejante a un faro, y quedará en el recuerdo de las generaciones. Dejad, pues, que hagan y en ningún lugar contrapongáis la violencia a la violencia; recordad que el Cristo le dijo a Pedro que volviera a poner su espada en la vaina. No imitéis a las sectas que se han hecho mal recíprocamente en nombre de un Dios de paz, que cada una llamaba en ayuda de sus furores. La verdad no se prueba por las persecuciones, sino por el razonamiento; en todos los tiempos, las persecuciones han sido el arma de las malas causas y de aquellos que prefieren el triunfo

**«en ningún lugar
contrapongáis la violencia
a la violencia»**

«La verdad no se prueba por las persecuciones, sino por el razonamiento»

de la fuerza bruta al de la razón. La persecución es un mal medio de persuasión; puede abatir al más débil momentáneamente; convencerlo, jamás, pues, aun en la angustia en la cual se lo habrá hundido, exclamará, como Galileo en su cárcel: «*je pur si move!*»⁹ Al recurrir a la persecución, uno prueba que cuenta poco con el poder de la lógica. Jamás os sirváis, pues, de represalias: a la violencia contraponed la dulzura y una inalterable tranquilidad; devolved a vuestros enemigos el bien por el mal; así, daréis un desmentido a la calumnia de ellos y los forzaréis a reconocer que vuestras creencias son mejores de lo que dicen.

¡La calumnia! Diréis: ¿Se puede ver con sangre fría que nuestra Doctrina sea falseada indignamente por mentiras? ¿Acusada de decir lo que ella no dice, de enseñar lo contrario de lo que enseña, de producir el mal cuando, al contrario, sólo produce el bien? ¿La propia autoridad de aquellos que sostienen un lenguaje semejante no puede desvirtuar la opinión pública, retardar el progreso del Espiritismo?

Indudablemente, es ese el objetivo de ellos. ¿Lo alcanzarán? Esa es otra cuestión y no vacilaremos en decir que llegan a un resultado completamente contrario: aquél de desacreditarse a ellos mismos y su causa. Indiscutiblemente, la calumnia es un arma peligrosa y páfida, pero tiene dos filos y hiere siempre a aquel que se sirve de ella. Haber recurrido a la mentira para defenderse es dar la prueba más fuerte de que no se tienen buenas razones para ofrecer, pues si

⁹ N. de la T.: la frase se traduce como «y sin embargo se mueve» y habría sido murmurada por Galileo Galilei tras abjurar de la visión heliocéntrica ante el tribunal de la inquisición.

uno las tuviera, no dejaría de hacerlas valer. Decid que una cosa es mala, si tal es vuestra opinión; divulgadlo, si os parece bien; le corresponde al público juzgar si estáis en lo falso o en lo verdadero. Pero falsearla para apoyar vuestro sentimiento, desnaturalizarla, es indigno de toda persona que se respeta. En los relatos de las obras dramáticas y literarias, se ven frecuentemente apreciaciones muy opuestas; un crítico alaba en exceso lo que otro ridiculiza: es el derecho de ellos; ¿pero qué se pensaría de aquel que, para sostener su opinión desfavorable, hiciera decir, como si fuera del autor, lo que él no dice, que le atribuyera la autoría de malos versos para probar que su poesía es detestable?

Es así con los detractores del Espiritismo: por sus calumnias, muestran la debilidad de su propia causa y la desacreditan al hacer ver a qué lamentables extremos han sido obligados a recurrir para sostenerla. ¿Qué peso puede tener una opinión fundada en errores manifiestos? Hay dos

opciones: o esos errores son voluntarios y, entonces, se ve la mala fe; o son involuntarios y el autor prueba su inconsecuencia al hablar de lo que no sabe; en uno y en otro caso, él pierde todo el derecho a la confianza.

El Espiritismo no es una doctrina que camina en la sombra; es conocido, sus principios son formulados de una manera clara, precisa y sin ambigüedad. Por lo tanto, la calumnia no podría alcanzarlo; para probar la impostura, basta decir: «Leed y ved». Sin duda, es útil desenmascararla; pero se lo debe hacer con calma, sin acrimonia ni recriminación, limitándose a contraponer, sin discursos superfluos, lo que es a lo que no es; dejad

**«la calumnia es un arma
peligrosa y perversa, pero
tiene dos filos y hiere
siempre a aquel que se
sirve de ella»**

**«guardad para vosotros
el papel de la fuerza
verdadera: aquél de
la dignidad y de la
moderación»**

a vuestros adversarios la cólera y las injurias, guardad para vosotros el papel de la fuerza verdadera: aquél de la dignidad y de la moderación.

Por lo demás, no se deben exagerar las consecuencias de esas calumnias, que traen con ellas el antídoto de su veneno y son, en definitiva, más ventajosas que perjudiciales. Provo- can, forzosamente, el examen de las personas serias que desean juzgar las cosas por sí mismas y que son incita- das a hacer eso debido a la importan- cia dada. Ahora bien, lejos de temer el examen, el Espiritismo lo provoca y sólo se queja de una cosa: es que mu- chas personas hablan de eso como los ciegos hablarían de los colores; pero

gracias a los cuidados que nuestros adversarios toman de hacerlo cono- cer, ese inconveniente pronto ya no existirá y es todo lo que solicitamos. La calumnia que se desprende de ese examen engrandece al Espiritismo en lugar de rebajarlo.

Espíritas, no os quejéis, pues, de esas desnaturalizaciones; no quitarán ninguna de las cualidades del Espiri- tismo; al contrario, las harán resaltar con más resplandor por el contraste y volverán a los calumniadores para la deshonra de ellos. Esas mentiras, se- guramente, pueden tener como efecto inmediato engañar a algunas personas e incluso disuadirlas; ¿pero qué signi- fica eso? ¿Qué son algunos individuos al lado de las masas? Sabéis vosotros mismos cuán poco considerable es el número de esos individuos. ¿Qué in- fluencia eso puede tener sobre el fu- turo? Ese futuro os está garantizado: los hechos consumados os contestan y cada día os traen la prueba de la inutilidad de los ataques de nuestros adversarios. ¿La Doctrina del Cristo

no ha sido calumniada, calificada de subversiva e impía? ¿Él mismo no fue tratado como bribón e impostor? ¿Él se inquietó por eso? No, porque sabía que Sus enemigos pasarían y que Su Doctrina quedaría. Así será del Espiritismo. ¡Singular coincidencia! El Espiritismo no es otra cosa que el llamamiento a la pura ley del Cristo ¡y se lo ataca con las mismas armas! Pero sus detractores pasarán; es una necesidad de la cual nadie puede sustraerse. La generación actual se extingue todos los días y con ella se van las personas llenas de prejuicios de otro tiempo; aquella que se eleva está nutrida de ideas nuevas y sabéis, además, que está compuesta de Espíritus más avanzados, que deben hacer reinar, finalmente, la ley de Dios sobre la Tierra. Mirad, pues, las cosas desde lo más alto; no las veáis desde el punto de vista limitado del presente, pero extended vuestras miradas hacia el futuro y decíos: «El futuro es nuestro; ¡Qué nos importa el presente! ¡Qué nos importan las cuestiones

personales! Las personas pasan, las instituciones quedan». Considerad que estamos en un momento de transición; que asistimos a la lucha entre el pasado, que se debate y tira para atrás, y el futuro, que nace y tira para adelante. ¿Cuál prevalecerá? El pasado es viejo y obsoleto –hablamos de las ideas– mientras que el futuro es joven y camina a la conquista del progreso, que está en las leyes de Dios. Las personas del pasado se van; aquellas del futuro llegan; sepamos, pues, esperar con confianza y felicitémonos por ser los primeros pioneros encargados de roturar el terreno. Si tenemos el trabajo, tendremos el sueldo. Trabajemos, pues, no por una propaganda furibunda e irreflexiva, sino con la paciencia y la perseverancia del labrador que sabe el tiempo que le es

«El Espiritismo no es otra cosa que el llamamiento a la pura ley del Cristo»

«Reclutemos a los adeptos entre las personas de buena voluntad»

necesario para alcanzar la cosecha. Sembremos la idea, pero no comprometamos la cosecha por una siembra intempestiva y por nuestra impaciencia, anticipando la estación propia para cada cosa. Cultivemos, sobre todo, las plantas fértiles, que sólo piden producir; éstas son suficientemente numerosas para ocupar todos nuestros instantes, sin gastar nuestras fuerzas contra las rocas inamovibles, que Dios se encarga de sacudir o de arrancar cuando es el tiempo para eso, pues si Él tiene el poder de elevar las

montañas, tiene el de bajarlas. Hagamos sin disimulo y digamos claramente que hay resistencias que sería superfluo buscar vencer y que se obstinan más por amor propio o por interés que por convicción; sería perder el tiempo buscar traerlas hacia nosotros; solamente cederán ante la fuerza de la opinión pública. Reclutemos a los adeptos entre las personas de buena voluntad, que no faltan; aumentemos la falange de todos aquellos que, fatigados por la duda y asustados por la nada materialista, sólo piden creer y muy pronto el número de ellos será tal que los demás acabarán por rendirse a la evidencia. Ese resultado ya se manifiesta y esperad para ver, dentro de poco, en vuestras filas, a aquellos que sólo esperaríais ver como últimos.



11 – Los traidores y los amigos inhábiles

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
6.º año, n.º 3, marzo de 1863*

Como lo hemos demostrado en nuestro artículo anterior, nada podría prevalecer contra el destino providencial del Espiritismo. Del mismo modo que nadie puede impedir la caída de lo que, en los decretos divinos –hombres, pueblos o cosas– debe caer, nadie puede detener la marcha de lo que debe ir adelante. Esa verdad, con relación al Espiritismo, resulta de hechos consumados y, mucho más aún, de otro punto capital. Si el Espiritismo fuera una simple teoría, un sistema, podría ser combatido por otro sistema, pero se basa en una ley de la naturaleza, así como el movimiento de la Tierra. La existencia de los Espíritus es inherente a la especie humana; no se puede, pues, hacer que ellos no existan, tampoco se les puede prohibir que se manifiesten, así como no se puede impedir que el hombre

camine. Para eso, los Espíritus no necesitan ningún permiso y se ríen de todas las prohibiciones, pues no se debe perder de vista que, además de las manifestaciones mediúmnicas propiamente dichas, existen las manifestaciones naturales y espontáneas, que se han producido en todos los tiempos y que se producen todos los días entre una multitud de personas que jamás han oído hablar de los Espíritus. ¿Quién podría, pues, oponerse al desarrollo de una ley de la naturaleza? Siendo esa ley obra de Dios, sublevarse contra ella es rebelarse contra Dios. Esas consideraciones explican la inutilidad de los ataques dirigidos contra el Espiritismo. Lo que los Espíritas tienen que hacer en presencia de esas agresiones es continuar apaciblemente sus trabajos, sin fanfarronadas, con la calma y la confianza que da

**«Más vale un enemigo
declarado que un
amigo inhábil»**

la seguridad de llegar al objetivo.

Sin embargo, si nada puede detener la marcha general, hay circunstancias que pueden provocar trabas parciales, como una pequeña represa puede lentificar el curso de un río, sin impedir que él fluya. Entre esas circunstancias, está la manera irreflexiva en la que actúan ciertos adeptos que tienen más celo que prudencia, que no calculan suficientemente el alcance de sus actos o de sus palabras; de ese modo, producen sobre las personas todavía no iniciadas en la Doctrina una impresión desfavorable, mucho más apropiada para alejarlas que las diatribas de los adversarios. El Espiritismo está, sin duda, muy difundido, pero lo estaría aún más si todos los

adeptos siempre hubieran escuchado los consejos de la prudencia y hubieran sabido mantenerse en una sensata reserva. Sin duda, se debe tomar en cuenta la intención de ellos, pero es cierto que más de uno ha justificado el proverbio: «*Más vale un enemigo declarado que un amigo inhábil*»¹⁰. Lo peor de eso es proveer de armas a los adversarios, que hábilmente saben explotar una inhabilidad. Por lo tanto, no sería demasiado el recomendar a los Espíritas que reflexionaran detenidamente antes de actuar; en semejante caso, la prudencia manda que uno no confíe en su opinión personal. Hoy en día, cuando en todas partes se forman grupos o sociedades, nada es más simple que ponerse de acuerdo antes de actuar. El verdadero Espírita, al solamente tener en perspectiva el bien, sabe practicar la abnegación del amor propio. Creer en su propia infalibilidad, rechazar rendirse a la apreciación de la mayoría y persistir

¹⁰ N. de la T.: en el original, en francés, «*Mieux vaut un ennemi avoué qu'un ami maladroit*».

en una vía que se demuestra mala y comprometedor no es característico de un verdadero Espírita; si eso no es algo propio de una obsesión, sería dar prueba de orgullo.

Entre las inhabilidades, se deben poner en primer lugar las publicaciones intempestivas o excéntricas, porque son los hechos que tienen más repercusión. Ningún Espírita ignora que los Espíritus están lejos de tener la soberana ciencia; muchos entre ellos saben menos que ciertas personas y, también como ciertas personas, no dejan de tener la pretensión de saber todo. Tienen, sobre todas las cosas, su opinión personal, que puede ser exacta o falsa; ahora bien, del mismo modo que las personas, por lo general aquellos que tienen las ideas más falsas son los más pertinaces. Esos pseudosabios hablan de todo, elucubran sistemas, crean utopías o dictan las cosas más excéntricas, y se alegran al encontrar a intérpretes complacientes y crédulos que acepten sus elucubraciones a ojos cerrados. Esos tipos de

publicaciones tienen inconvenientes muy graves, pues el médium, engañado él mismo, engaña muy frecuentemente por medio de un nombre apócrifo, ofrece esas publicaciones como cosas serias, de las cuales la crítica se apodera con apresuramiento para denigrar al Espiritismo, mientras que, con menos presunción, le hubiera sido suficiente tomar el consejo de sus colegas para esclarecerse. Es bastante raro que, en ese caso, el médium no ceda a la conminación de un Espíritu que quiere, desgraciadamente, al igual que ciertas personas, tener su obra impresa a toda costa; con más experiencia, sabría que los Espíritus verdaderamente superiores aconsejan, pero no se imponen ni adulan jamás y que toda prescripción imperiosa es una señal sospechosa.

Cuando el Espiritismo esté completamente asentado y conocido, las publicaciones de esa naturaleza no tendrán más inconvenientes que los malos tratados de ciencia tienen en nuestros días; pero, al principio, lo

**«es un grave error
creerse obligado a
publicar todo lo que
dictan los Espíritus»**

repetimos, esas publicaciones tienen un lado muy enojoso. Por lo tanto, en lo que concierne a la publicidad, se debería emplear mucha circunspección, calcular con mucho cuidado el efecto que puede producir sobre el lector. En resumen, es un grave error creerse obligado a publicar todo lo que dictan los Espíritus, ya que, si bien hay Espíritus buenos y esclarecidos, también hay malos e ignorantes; es importante hacer una selección muy rigurosa de sus comunicaciones y podar todo lo que sea inútil, insignificante, falso o capaz de producir una mala impresión. Es necesario sembrar, sin duda, pero sembrar la buena semilla y en el tiempo oportuno.

Pasemos a un tema más grave aún: los *traidores*. Los adversarios del

Espiritismo –por lo menos algunos, pues puede haber aquellos de buena fe– no son, como se lo sabe, todos escrupulosos en cuanto a la elección de los medios; para ellos, todo es legítimo y, cuando no se puede tomar una ciudadela por asalto, se la mina por abajo. A falta de buenas razones, que son las armas leales, se los ve, todos los días, descargar sobre el Espiritismo la mentira y la calumnia. La calumnia es odiosa, ellos lo saben bien, y la mentira puede ser desmentida, por eso buscan hechos para justificarse; ¿pero cómo encontrar hechos comprometedores entre personas serias, si no es produciéndolos ellos mismos o por medio de afiliados? El peligro no está en los ataques que emplean una violencia manifiesta; ni en las persecuciones, ni incluso en la calumnia, como lo hemos visto; sino en las maquinaciones ocultas empleadas para desacreditar y arruinar al Espiritismo por sí mismo. ¿Tendrán éxito? Es lo que examinaremos pronto.

Ya hemos llamado la atención

sobre esa maniobra en el relato de nuestro viaje en 1862 (página 45), porque, en nuestra ruta, recibimos tres besos de Judas, que no nos han engañado, aunque nada hemos manifestado al respecto; por lo demás, habíamos sido prevenidos de eso antes de nuestra partida, del mismo modo con relación a las trampas que nos serían tendidas. Pero hemos estado atentos a ellos, seguros de que, un día, se revelarían involuntariamente, pues le es tanto más difícil a un falso Espírita imitar siempre al verdadero Espírita como a un mal Espíritu simular que es un Espíritu superior; ni uno ni otro pueden sostener su papel por mucho tiempo.

De varias localidades, se nos señalan a individuos, hombres o mujeres, con antecedentes y relaciones sospechosas, cuyo celo aparente por el Espiritismo solamente inspira una confianza muy mediocre y no nos hemos sorprendido de encontrar a los tres Judas, de quienes hemos hablado: ellos existen en lo bajo y en lo alto de

la escala. De parte de ellos, es frecuentemente más que celo: es entusiasmo, una admiración fanática. Según ellos, su abnegación incluye el sacrificio de sus intereses y, a pesar de eso, no atraen ninguna simpatía: un fluido malsano parece rodearlos; la presencia de ellos en las reuniones lanza allí un manto de hielo. Añadamos que hay aquellos cuyos medios de existencia *se vuelven* un problema, fuera de la capital sobre todo, donde todo el mundo se conoce.

Lo que caracteriza principalmente a esos supuestos adeptos es su tendencia a hacer que el Espiritismo salga de las vías de la prudencia y de la moderación por su ardiente deseo de triunfo de la verdad; a incitar las publicaciones excéntricas; a extasiarse de admiración ante las comunicaciones apócrifas más ridículas, que tienen el cuidado de difundir; a provocar, en las reuniones, temas comprometedores sobre la política y la religión, siempre para el triunfo de la verdad, que no se debe tener debajo del

celemín. Sus elogios a las personas y a las cosas son alabanzas mucho más hirientes que lisonjeras: son los fanfarrones del Espiritismo. Otros tienen más una dulzura fingida y son zalameros; bajo su mirada de soslayo y con palabras melosas, soplan la discordia predicando la unión; ponen hábilmente sobre el tapete cuestiones irritantes o hirientes, temas capaces de provocar disidencias; incitan celos de preponderancia entre los diferentes grupos y les encantaría ver que éstos se arrojaran piedras y levantaran bandera contra bandera, aprovechando algunas divergencias de opinión sobre ciertas cuestiones de forma o de fondo, muy frecuentemente provocadas.

Según ellos mismos dicen, consumen, de manera extraordinaria, libros espíritas, algo de lo que los libreros no se dan mucha cuenta, y realizan una propaganda exagerada; pero, por efecto de la casualidad, la selección de sus adeptos es desafortunada; una fatalidad los lleva a dirigirse de

preferencia a personas exaltadas, a las ideas obtusas, o a quienes ya hayan dado señales de aberración; además, cuando algo pasa, ellos se lamentan quejándose por todos los lugares; se constata, entonces, que esas personas, aunque se ocupaban del Espiritismo, no han comprendido sus enseñanzas básicas la mayoría del tiempo. A los libros espíritas que esos apóstoles diligentes distribuyen, generosamente, añaden, frecuentemente, no críticas, eso sería inhábil, sino libros de *magia* y de *brujería*, o escritos políticos poco ortodoxos, o diatribas innobles contra la religión, a fin de que, siempre si se presenta una ocasión cualquiera, fortuitamente o no, se pueda, en una verificación, confundir todo el conjunto.

Como es más cómodo tener las cosas a mano, para tener a cómplices dóciles (lo que no se encuentra en todos los lugares), hay los que organizan o hacen organizar reuniones en las cuales se trata de preferencia de lo que precisamente el Espiritismo

recomienda que no se trate y en las cuales se tiene el cuidado de atraer a extraños que no siempre son amigos; allí, lo sagrado y lo profano son indignamente confundidos; los nombres más venerados se mezclan con las prácticas más ridículas de la magia negra, con el acompañamiento de señales y palabras cabalísticas, talismanes, trípodes sibilinos y otros accesorios; algunos añaden, como complemento, y a veces como producto lucrativo, la cartomancia, la quiromancia, la lectura del café¹¹, el sonambulismo pagado, etc. Espíritus complacientes, que encuentran allí a intérpretes no menos complacientes, predicen el futuro, dicen la buenaventura, descubren los tesoros escondidos y a los tíos de América, indican, en caso de necesidad, la cotización de la Bolsa y los números que ganarán en la lotería. Después, un cierto día, la Justicia interviene, o se lee en un periódico el relato de una sesión de Espiritismo a

la cual el autor asistió y cuenta lo que vio, con sus propios ojos.

¿Intentaréis traer a todas esas personas a ideas más sanas? Sería trabajo perdido y se comprende el porqué: la razón y el lado serio de la Doctrina no son de su interés; es lo que les apena más; decirles que perjudican la causa, que dan armas a sus enemigos, es adularlas; el objetivo de ellas es desacreditar a la Doctrina manteniendo la apariencia de defenderla. Instrumentos, esas personas no temen ni comprometer a los otros al empujarlos bajo el brazo de la ley, ni colocarse ellas mismas bajo ese brazo, porque saben encontrar compensación en eso.

El papel de esas personas no siempre es idéntico; varía según la posición social que tengan, sus aptitudes, la naturaleza de sus relaciones y el elemento que les hace actuar; pero el objetivo es siempre el mismo. No todas emplean medios tan groseros, pero no dejan de ser perversos. Leed ciertas

¹¹ N. de la T.: en el original, en francés, «*marc de café*», que es una de las prácticas de adivinación.

publicaciones que se dicen simpatizar con la idea, incluso con apariencia defensiva de la idea, pesad todos los pensamientos de esas publicaciones y veréis que, a veces, al lado de una aprobación colocada a manera de portada y de etiqueta, descubriréis, tirados como por casualidad, un pensamiento insidioso, una insinuación con doble sentido, un hecho transmitido de una manera ambigua que puede ser interpretado en un sentido desfavorable. Entre esas publicaciones, hay aquellas menos disimuladas y que, bajo la máscara del Espiritismo, son evidentemente hechas con el objetivo de suscitar divisiones entre los adeptos.

Se nos preguntará, sin duda, si todas las infamias de las cuales acabamos de hablar son invariablemente el resultado de maniobras ocultas o una comedia representada con un objetivo interesado y si ellas no pueden ser también el producto de un movimiento espontáneo; en pocas palabras, si todos los Espíritas son personas

de buen sentido e incapaces de engañarse.

Tener la pretensión de que todos los Espíritas son infalibles sería tan absurdo como la pretensión de nuestros adversarios de ser los únicos que tienen el privilegio de la razón. Pero, si hay aquellos que se engañan, es, entonces, porque se equivocan sobre la sensatez y el objetivo de la Doctrina; en ese caso, la opinión de ellos no puede hacer ley y es ilógico o desleal, según la intención, que se tome la idea individual como la idea general y se explote una excepción. Sería lo mismo que si se tomaran las aberraciones de algunos sabios por las reglas de la ciencia. A aquellos diremos: «Si deseáis saber de qué lado está la presunción de la verdad, estudiad los principios admitidos por la inmensa mayoría, si no por la unanimidad absoluta de los Espíritas del mundo entero».

Los creyentes de buena fe pueden, pues, engañarse y no consideramos un crimen el hecho de no pensar

como nosotros. Si, entre las infamias relatadas anteriormente, hubiera las que fueran el resultado de una opinión personal, se podría ver en ellas solamente desviaciones aisladas, lamentables, cuya responsabilidad sería injusto hacer recaer sobre la Doctrina, que las repudia abiertamente. Pero si decimos que esas infamias pueden ser el resultado de maniobras interesadas, es porque pintamos nuestro cuadro basándonos en modelos reales. Ahora bien, como esta es la única cosa que el Espiritismo debe temer verdaderamente por el momento, invitamos a todos los adeptos sinceros a que se pongan en guardia evitando las trampas que se les podrían tender. Con esa finalidad, deberían ser muy circunspectos con relación a los elementos a introducir en sus reuniones, así como rechazar con sumo cuidado todas las sugerencias que tiendan a desvirtuar el carácter esencialmente moral de esas reuniones. Al mantener el orden en ellas, la dignidad y la gravedad que convienen a las personas

serias que se ocupan de algo serio, cerrarán el acceso a los malintencionados, que se retirarán cuando reconozcan que nada tienen que hacer allí. Por los mismos motivos, deben declinar toda solidaridad con las reuniones formadas fuera de las condiciones prescritas por la sana razón y los verdaderos principios de la Doctrina, si no las pueden conducir por la buena vía.

Como se ve, hay claramente una gran diferencia entre los traidores y

**«[Los adeptos sinceros]
deben declinar toda
solidaridad con las
reuniones formadas
fuera de las condiciones
prescritas por la sana
razón y los verdaderos
principios de la Doctrina,
si no las pueden conducir
por la buena vía»**

«no importa lo que se diga o se haga, jamás se le quitarán a la Doctrina su carácter distintivo, su filosofía racional, ni su moral consoladora»

los amigos inhábiles, pero, sin desearlo, el resultado puede ser el mismo: desacreditar a la Doctrina. El matiz que los separa frecuentemente sólo está en la intención, lo que hace que se los pueda confundir algunas veces y, al ver que ellos sirven a los intereses de las huestes adversarias, suponer que han sido conquistados por ellas.

La circunspección es, por lo tanto, en este momento sobre todo, más necesaria que nunca, pues no se debe olvidar que palabras, acciones o escritos imprudentes son explotados y que a los adversarios les encanta poder decir que eso viene de los Espíritas.

En esta situación, se comprende

cuáles son las armas que la especulación, debido a los abusos que es capaz de generar, puede ofrecer a los detractores para que apoyen su acusación de juglaría. Eso puede, pues, en ciertos casos, ser una trampa tendida, de la cual se debe desconfiar. Ahora bien, como no hay juglaría filantrópica, la abnegación y el desinterés absolutos de los médiums quitan a los detractores uno de sus más poderosos medios de denigración al cortar toda discusión sobre ese asunto.

Incitar la desconfianza en exceso sería un error grave, sin duda, pero, en un tiempo de lucha y cuando se conoce la táctica del enemigo, la prudencia se vuelve una necesidad, que no excluye, por lo demás, ni la moderación, ni la observación de las reglas de urbanidad, a las cuales jamás se debe renunciar. Además, uno no se podría confundir sobre el carácter del verdadero Espírita; en él, hay una franqueza en el comportamiento que desafía toda suspicacia, cuando, sobre todo, esa franqueza se encuentra

corroborada por la práctica de los principios de la Doctrina. Que se eleve bandera contra bandera, como buscan hacerlo nuestros antagonistas, el futuro de cada uno está subordinado a la suma de consuelo y de la satisfacción moral que proporcione; un sistema puede prevalecer sobre otro, solamente con la condición de ser más lógico; de ello la opinión pública es el juez soberano; en todos los casos, la violencia, las injurias y la acrimonia son malos antecedentes y una carta de recomendación aún peor.

Resta examinar las consecuencias de esta situación. Indiscutiblemente, esas maquinaciones pueden traer momentáneamente algunas perturbaciones parciales. Es por eso que se las debe desbaratar en lo posible, pero ellas no podrían perjudicar el futuro; primero, porque solamente durarán un tiempo, ya que son una manobra de oposición que caerá inevitablemente; en segundo lugar, porque, no importa lo que se diga o se haga, jamás se le quitarán a la Doctrina su

carácter distintivo, su filosofía racional, ni su moral consoladora. Por más que se la adúltere y se la falsee, por más que se haga hablar a los Espíritus como uno quiera, o recoger comunicaciones apócrifas para lanzar contradicciones haciendo oposición, no se hará prevalecer una enseñanza aislada, aunque pudiera parecer verdadera y no hipotética, contra la que es dada en todas las partes. El Espiritismo se distingue de todas las otras filosofías porque no es el producto de la concepción de un único hombre, sino de la enseñanza que cada uno puede recibir en todos los puntos del globo, y tal es la consagración que ha

**«[El Libro de los Espíritus]
será siempre la expresión
clara y exacta de la
Doctrina y la transmitirá
intacta a aquellos que
vendrán después
de nosotros»**

recibido *El Libro de los Espíritus*. Ese libro, escrito sin ambigüedad posible y al alcance de todas las inteligencias, será siempre la expresión clara y exacta de la Doctrina y la transmitirá intacta a aquellos que vendrán después de nosotros. Las cóleras que ese libro incita son un indicio del papel que está llamado a desempeñar y de la dificultad de contraponerle algo más serio. Lo que ha provocado el rápido éxito de la Doctrina Espírita es el consuelo y la esperanza que da; todo sistema que, por la negación de los principios fundamentales, tendiera a destruir la propia fuente de ese consuelo no podría ser acogido con mayor

benevolencia.

No se debe perder de vista que estamos, como lo hemos dicho, en el momento de la transición y que ninguna transición se opera sin conflicto. Que uno no se sorprenda, pues, al ver que se agitan las pasiones en juego, las ambiciones comprometidas, las pretensiones frustradas, y que cada uno intenta retomar lo que ve que se le escapa, enganchándose al pasado; pero, poco a poco, todo eso se extingue, la fiebre se calma, las personas pasan y las ideas nuevas quedan. Espíritas, elevaos por el pensamiento, fijad vuestras miradas veinte años en el futuro y el presente no os inquietará.



12 – Utilidad de la enseñanza de los Espíritus

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
6.º año, n.º 12, diciembre de 1863*

Un escritor político distinguido, por cuyo carácter profesamos la más profunda estima y que siente simpatía hacia la Filosofía Espírita, pero a quien la utilidad de la enseñanza de los Espíritus no le ha sido demostrada todavía, nos escribe lo siguiente:

«...Creo que la humanidad estaba, desde hace mucho tiempo, en posesión de los principios que habéis expuesto, principios que amo y defiendo sin el auxilio de las comunicaciones espíritas, lo que no quiere decir, notadlo bien, que yo niegue el auxilio de las luces divinas. Cada uno de nosotros recibe ese auxilio dentro de un cierto límite, según el grado de su buena voluntad, de su amor al prójimo y también de acuerdo con la misión que tiene que cumplir durante

su paso por la Tierra. No sé si vuestras comunicaciones os han puesto en posesión de una sola idea, de un solo principio que no haya sido anteriormente expuesto por la serie de filósofos y pensadores que, después de Confucio hasta Platón, Moisés, Jesucristo, San Agustín, Lutero, Diderot, Voltaire, Condorcet, Saint-Simon, etc., han hecho progresar nuestro humilde planeta. No lo creo y, si me engaño, os estaré muy reconocido del esfuerzo que haréis para demostrarme mi error. Notad bien que no condeno vuestros procedimientos espíritas: los creo inútiles para mí, etc.»

Mi caro señor, voy a contestar con algunas palabras vuestra pregunta. No tengo ni vuestro talento ni vuestra elocuencia, pero trataré de ser claro no solamente para vos, sino también

«las grandes verdades son de todos los tiempos»

para mis lectores, a quienes mi respuesta les podrá servir de enseñanza. Es por eso que os la doy por medio de mi periódico.

Primeramente, diré que hay dos opciones: o las comunicaciones con los Espíritus existen o no existen. Si no existen, *millones* de personas que se comunican diariamente con ellos se hacen una extraña ilusión y yo mismo habría tenido una singular idea al atribuir a los Espíritus aquello con lo que me hubiera podido dar mérito; pero no es tan útil discutir este punto, ya que no lo ponéis en duda. Si esa comunicación existe, debe tener su utilidad, porque Dios no hace nada inútil; ahora bien, esa utilidad resulta no solamente de esa enseñanza, sino también y sobre todo de las consecuencias de esa enseñanza, como lo veremos prontamente.

Decís que esas comunicaciones no enseñan nada nuevo aparte de lo que ya ha sido enseñado por todos los filósofos desde Confucio, de donde concluís que son inútiles. El proverbio «No hay nada nuevo bajo el Sol» es perfectamente verdadero y Edouard Fournier lo ha demostrado claramente en su interesante obra *Vieux neuf*. Lo que él dice sobre las obras de la industria es igualmente verdadero en materia filosófica y eso por una razón muy simple: es que las grandes verdades son de todos los tiempos y, en todos los tiempos, se han debido revelar a las personas geniales. ¿Pero del hecho de que una persona haya formulado una idea se deduce que aquel que la formule después de esa persona sea inútil? ¿Sócrates y Platón no enunciaron principios de moral idénticos a los de Jesús? ¿Se debe concluir de eso que la Doctrina de Jesús ha sido una superfluidad? Según ese razonamiento, muy pocos trabajos serían de una utilidad real, ya que se puede decir de la mayoría

que otro ha tenido el mismo pensamiento y que basta haber recurrido a él. Vos mismo, mi caro señor, que consagraís vuestro talento al triunfo de las ideas de progreso y de libertad, ¿qué decís que cien otros no hayan dicho antes que vos? ¿Se debe concluir de eso que deberíais callaros? No lo creáis. Confucio, por ejemplo, proclama una verdad, luego una, dos, tres, otras cien personas vienen después de él y la desarrollan, la completan y la presentan bajo otra forma, de modo que esa verdad, que fue dejada en el olvido de la historia y como privilegio de algunos eruditos, se popularice, se infiltre en las masas y acabe por volverse una creencia común. ¿En qué se habrían convertido las ideas de los filósofos antiguos si no hubieran sido retomadas en sus bases y apuntaladas por escritores modernos? ¿Cuántos las conocerían hoy en día? Es así que cada uno, a su vez, viene a dar su golpe de martillo.

Supongamos, pues, que los Espíritus no hayan enseñado nada nuevo;

que no hayan revelado la más pequeña verdad nueva; que, en pocas palabras, sólo hayan hecho repetir todas aquellas que han profesado los apóstoles del progreso, ¿no significa nada, pues, que esos principios sean enseñados hoy en día por las voces del mundo invisible, en todas las partes del mundo, en el interior de todas las familias, desde el palacio hasta la choza? ¿No significan nada, pues, esos millones de golpes de martillo dados todos los días, a toda hora y en todos los lugares? ¿Creéis que las masas no son más tocadas e impresionadas por eso, viniendo de sus parientes o amigos, que por las máximas de Sócrates y de Platón, que jamás han leído o que sólo conocen por el nombre? ¿Cómo, vos, mi caro señor, que combatís los abusos de todo tipo, podéis desdeñar un auxiliar semejante? ¿Un auxiliar que golpea todas las puertas, desafiando todas las consignas y todas las medidas inquisitorias? Ese auxiliar en solitario, tendréis un día la prueba, triunfará sobre todas las resistencias,

**«El egoísmo será siempre
el grave escollo para la
realización de las ideas
más generosas»**

porque vence los abusos por la base al apoyarse sobre la fe que se apaga y que él viene a consolidar.

Predicáis la fraternidad en términos elocuentes, está muy bien y os admiro; pero ¿qué es la fraternidad con egoísmo? El egoísmo será siempre el grave escollo para la realización de las ideas más generosas; los ejemplos antiguos y recientes no faltarán para apoyar esa proposición. Por lo tanto, se debe arrancar el mal de raíz y, para eso, combatir el egoísmo y el orgullo, que han hecho y harán abortar los proyectos mejor concebidos. ¿Y cómo destruir el egoísmo bajo el imperio de las ideas materialistas, que concentran la acción de las personas sobre la vida presente? Para aquel que nada

espera después de esta vida, la abnegación no tiene ninguna razón de ser; el sacrificio es un engaño, porque se debería sacar provecho de los cortos disfrutes de este mundo. Ahora bien, ¿quién da mejor que el Espiritismo esa fe inalterable en el futuro?

¿Cómo el Espiritismo ha logrado triunfar sobre la incredulidad de un número tan grande de personas, domar tantas malas pasiones, si no es por las pruebas materiales que da, y cómo puede dar esas pruebas sin las relaciones establecidas con aquellos que ya no están en la Tierra? ¿No significa nada, pues, haber enseñado a las personas de donde vienen, adonde van y el futuro que les está reservado? La solidaridad que el Espiritismo enseña ya no es más una simple teoría: es una consecuencia forzosa de las relaciones que existen entre los muertos y los vivos; relaciones que hacen de la fraternidad entre los vivos no solamente un deber moral, sino también una necesidad, porque es de interés para la vida futura.

¿Las ideas de castas, de prejuicios aristocráticos, productos del orgullo y del egoísmo, no han sido, en todos los tiempos, un obstáculo para la emancipación de las masas? ¿Basta decir en teoría a los privilegiados de nacimiento y de fortuna: «¡Todas las personas son iguales!»? ¿El Evangelio ha sido suficiente para persuadir a los cristianos poseedores de esclavos que esos esclavos son sus hermanos? Ahora bien, ¿qué puede destruir esos prejuicios, qué equipara mejor a todos sino la *certidumbre* de que, en los últimos rangos de la sociedad, se encuentra a seres que ocuparon lo alto de la escala social; que, entre nuestros siervos, entre aquellos a quienes les damos limosnas, puede encontrarse a parientes, a amigos, a personas que nos dieron órdenes; que aquellos, en fin, que están en lo alto ahora pueden bajar al último escalón? ¿Es, pues, una enseñanza estéril para la humanidad? ¿Esa idea es nueva? No; más de un filósofo la ha emitido y ha sentido esta gran ley de la justicia divina;

¿pero no significa nada dar de eso la prueba palpable, evidente? Muchos siglos antes de Copérnico, Galileo y Newton, la redondez y el movimiento de la Tierra habían sido establecidos como principios; esos sabios vinieron para demostrar lo que los otros sólo habían sospechado; del mismo modo ocurre con los Espíritus que vienen a probar las grandes verdades, que permanecían en estado de letras muertas para la gran mayoría, al darles como base una ley de la naturaleza.

¡Ah, mi caro señor! Si supierais como yo cuántas personas, que habían sido trabas para la realización de las ideas humanitarias, han cambiado su manera de ver y se vuelven, hoy en día, los paladines de ellas gracias al Espiritismo, no diríais que la enseñanza de los Espíritus es inútil;

**«[Los Espíritus] vienen
a probar las grandes
verdades»**

la bendeciríais como la tabla de salvación de la sociedad y desearíais ansiosamente su propagación. ¿Es, por lo tanto, la enseñanza de los filósofos lo que les había faltado a esas personas? No, pues la mayoría está compuesta de personas esclarecidas, pero para ellas los filósofos eran soñadores, utopistas, habladores; diría

revolucionarios; era necesario tocarles el corazón y lo que les ha tocado es las voces de ultra tumba que se han hecho oír en su propio hogar.

Permitidme, caro señor, quedar por hoy aquí; la abundancia de temas me fuerza a tratar, en el próximo número, la cuestión considerada desde otro punto de vista.



13 – Sociedad Espírita de París

Discurso de inauguración del séptimo año social, el 1.º de abril de 1864

*Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos,
7.º año, n.º 5, mayo de 1864*

Señores y caros colegas:
La Sociedad comienza su séptimo año y esa duración es significativa cuando se trata de una ciencia nueva. Un hecho que no tiene un alcance menor es que la Sociedad ha seguido constantemente una marcha ascendente. Sin embargo, lo sabéis, señores, es menos en el sentido material que en el sentido moral que su progreso se ha realizado. La Sociedad no ha abierto sus puertas al primero que llegue, tampoco ha solicitado a cualquier persona que sea partícipe, antes bien ha aspirado a circunscribirse y no a extenderse indefinidamente.

El número de miembros activos es, en efecto, una cuestión secundaria para toda sociedad que, como ésta,

no aspira a acumular dinero; no son suscriptores lo que la Sociedad busca, he aquí el motivo por el cual a la Sociedad no le interesa la cantidad; así lo requiere la propia naturaleza de sus trabajos, exclusivamente científicos, para los cuales son necesarios la calma y el recogimiento, y no la agitación de la muchedumbre.

La señal de prosperidad de la Sociedad no está, pues, ni en la cantidad de su personal, ni en la de sus fondos; está totalmente en el avance de sus estudios, en la consideración que ha adquirido, en el ascendiente moral que ejerce afuera, en fin, en el número de adeptos que se congregan alrededor de los principios que profesa, sin que, por eso, sean parte de ella. Bajo

ese aspecto, señores, sabéis que el resultado ha sobrepasado todas las previsiones; y, cosa notable, no es solamente en Francia donde la Sociedad ejerce ese ascendiente, sino también en el extranjero, porque, para los verdaderos Espíritas, todas las personas son hermanas, no importa la nación a la cual pertenezcan. Tenéis la prueba material de eso por el número de sociedades y de grupos que, de diversos países, vienen a solicitar su apoyo y sus consejos. Éste es un hecho notorio y tanto más característico cuanto que esa convergencia hacia ella se hace espontáneamente, pues es notorio que la Sociedad no la ha provocado ni solicitado. Es, pues, de manera absolutamente voluntaria que se viene a compartir las ideas que ella ha ostentado. ¿A qué se debe esto? Las causas son múltiples; no es inútil examinarlas, pues eso está comprendido en la historia del Espiritismo.

Una de las causas viene naturalmente del hecho de que, al ser la primera regularmente constituida, es

también la primera que ha ampliado el círculo de sus estudios y abarcado todas las partes de la Ciencia Espírita. Cuando el Espiritismo apenas salía del período de la curiosidad y de las mesas giratorias, la Sociedad entró decididamente en el período filosófico, que, de alguna manera, inauguró; por eso mismo, ella ha atraído, en primer lugar, la atención de personas serias.

Pero eso no habría servido para nada si la Sociedad hubiera quedado fuera de los principios enseñados por la generalidad de los Espíritus. Si sólo hubiera profesado sus propias ideas, jamás las habría hecho ser aceptadas por la inmensa mayoría de los adeptos de todos los países. La Sociedad representa los principios formulados en *El Libro de los Espíritus*. Al ser enseñados esos principios por todas partes, las personas se han congregado, de manera completamente natural, alrededor del centro de donde ellos partían, mientras que aquellos que se han colocado afuera de ese centro han quedado aislados, porque no han

encontrado eco entre los Espíritus.

Repetiré acá lo que he dicho en otros lugares, pues no estaría demás decirlo de nuevo: la fuerza del Espiritismo no reside en la opinión de una persona ni de un Espíritu; está en la universalidad de la enseñanza dada por los Espíritus; el *control universal*, así como el *sufragio universal*, decidirá, en el futuro, todas las cuestiones de litigio; será el fundamento de la unidad de la Doctrina, mucho mejor que un concilio de personas. Ese principio, estad seguros, señores, abrirá su camino, como aquél de «*Fuera de la caridad no hay salvación*», porque está basado en la más rigurosa lógica y en la abdicación del personalismo. Podrá contrariar solamente a los adversarios del Espiritismo y a aquellos que sólo tienen fe en sus propias luces personales.

Es porque la Sociedad de París jamás se ha apartado, en nada, de esta vía trazada por la sana razón que ha conquistado el rango que ocupa. Se tiene confianza en ella porque se sabe

que no anuncia nada a la ligera, porque no impone sus ideas propias y porque, por su posición, más que cualquiera, está en condiciones de constatar el sentido en el cual se pronuncia lo que se puede llamar precisamente el *sufragio universal de los Espíritus*. Si alguna vez ella se apartara de la mayoría, forzosamente cesaría de ser el punto de congregación. El Espiritismo no caería, *porque tiene su punto de apoyo en todos los lugares*, pero la Sociedad, al ya no tener el suyo *en todos los lugares*, caería. El Espiritismo, en efecto, por su naturaleza completamente excepcional, no se apoya ni *en una sociedad* ni en un individuo. La Sociedad de París jamás ha dicho: «*Fuera de mí no hay Espiritismo*»; por lo tanto, si llegara a cesar

**«la fuerza del Espiritismo
no reside en la opinión
de una persona ni
de un Espíritu»**

de existir, el Espiritismo no dejaría de seguir su curso, pues tiene raíces en la multitud innumerable de intérpretes de los Espíritus en el mundo entero y no en una reunión cualquiera, cuya existencia es siempre eventual.

Los testimonios que la Sociedad recibe prueban que es estimada y considerada y, seguramente, es eso lo que más le alegra. Si la causa primigenia está en la naturaleza de sus trabajos, es justo añadir que la Sociedad se lo debe también a la buena opinión que se han llevado de sus sesiones numerosas personas que han venido a visitarla; el orden, la dignidad, la gravedad, los sentimientos de fraternidad que han visto que reinan allí les han convencido mejor que todas las palabras sobre su carácter eminentemente serio.

Tal es, señores, la posición que, como fundador de la Sociedad, he deseado asegurar; tal es también la razón por la cual jamás he cedido a ninguna incitación tendiente a hacerla desviar de la vía de la prudencia.

He dejado que los impacientes de buena o de mala fe digan y hagan; sabéis en lo que ellos se han transformado, mientras que la Sociedad está en pie todavía.

La misión de la Sociedad no es simplemente hacer adeptos; es por eso que jamás convoca al público; el objetivo de sus trabajos, como lo indica su título, es el progreso de la Ciencia Espírita. Con ese objetivo, utiliza, no solamente sus propias observaciones, sino también aquellas que se hacen en otros lugares; reúne los documentos que le llegan de todas partes; los estudia, los escruta y los compara, para deducir los principios y extraer las instrucciones que difunde, pero que jamás da a la ligera. Es así que sus trabajos resultan de provecho para todos y, si han adquirido alguna autoridad, es porque se sabe que son hechos de manera concienzuda, sin prejuicio sistemático contra las personas o las cosas.

Por lo tanto, se comprende que, para alcanzar ese objetivo, un mayor

o un menor número considerable de miembros es algo indiferente; el resultado se obtendría con una docena de personas tan bien y mejor aún que con varios centenares. Al no tener como objetivo ningún interés material, no busca el número y, siendo su objetivo grave y serio, la Sociedad nada hace con miras a la curiosidad; en fin, como los datos elementales de la Ciencia no le enseñarían nada nuevo, no pierde su tiempo repitiendo lo que ya sabe. Su papel, como lo hemos dicho, es trabajar para el progreso de la Ciencia por medio del estudio; no es junto a la Sociedad que aquellos que nada saben vienen a convencerse, sino son los adeptos ya iniciados los que vienen a extraer allí nuevas instrucciones; tal es su verdadero carácter. Lo que le es necesario, lo que le es indispensable es las extensas relaciones que le permiten ver desde lo alto el movimiento general, para juzgar el conjunto, ajustarse a él y darlo a conocer; ahora bien, esas relaciones la Sociedad las posee; le vienen por sí

mismas y aumentan todos los días, de lo que tenéis prueba por la correspondencia.

El número de reuniones que se forman bajo sus auspicios y que solicitan su apoyo por los motivos desarrollados anteriormente es el hecho más característico del año social que acaba de transcurrir. Ese hecho no es solamente muy honorable para la Sociedad, sino es, además, de una importancia capital, porque demuestra a la vez la extensión de la Doctrina y el sentido en el cual tiende a establecerse la unidad.

Aquellos que nos conocen saben cuál es la naturaleza de las relaciones que existen entre la Sociedad de París y las demás sociedades, pero es esencial que todo el mundo lo sepa, para evitar las confusiones a las cuales las alegaciones de la malevolencia podrían dar lugar. No es, pues, superfluo repetir: «Que los Espíritas no formen entre ellos ni una congregación, ni una asociación; que entre las diversas sociedades no haya ni solidaridad

**«Caridad hacia todos,
incluso hacia nuestros
enemigos»**

material, ni afiliación oculta u ostensible; que ellas no obedezcan a ninguna consigna secreta; que aquellos que participen en ellas estén siempre libres para retirarse si eso les conviene; que si ellas no abren sus puertas al público, no es porque suceda allí algo misterioso u oculto, sino porque no desean ser perturbadas por las personas curiosas e inoportunas; lejos de actuar a la sombra, están siempre prestas, al contrario, a someterse a las investigaciones de la autoridad legal y a las órdenes que les sean impuestas». La Sociedad de París tiene sobre las otras solamente la autoridad moral que ha recibido de su posición y de sus estudios y que se tiene a bien otorgarle. Da consejos que se solicitan de su experiencia, pero no se impone a ninguna otra sociedad; la única

consigna que da, como señal de reconocimiento entre los verdaderos Espíritas, es ésta: «*Caridad hacia todos, incluso hacia nuestros enemigos*». Declinaría, por lo tanto, toda solidaridad moral con aquellas sociedades que se apartaran de ese principio, que tuvieran un móvil de interés material, que, en lugar de mantener la unión y la buena armonía, tendieran a sembrar la división entre los adeptos, porque éstas se pondrían, por eso mismo, fuera de la Doctrina.

La Sociedad de París no puede incurrir en la responsabilidad de los abusos que, por ignorancia u otras causas, se pueden hacer del Espiritismo; no pretende, de ninguna manera, encubrir a aquellos que los cometan; no puede ni debe tomar la defensa de ellos ante la autoridad, en el caso de demanda judicial, porque sería aprobar lo que la Doctrina condena. Cuando la crítica se dirige a esos abusos, no tenemos que refutarla, sino solamente contestar: «Si vosotros os dierais el trabajo de estudiar el Espiritismo,

sabríais lo que dice y no lo acusaríais de lo que él condena». Corresponde, pues, a los Espíritas sinceros evitar con cuidado todo lo que podría dar lugar a una crítica fundada; llegarían a eso seguramente limitándose a los preceptos de la Doctrina. No es porque una reunión se intitula grupo, círculo o sociedad espírita que debe tener necesariamente nuestras simpatías; la etiqueta jamás ha sido una garantía absoluta de la calidad de la mercancía; pero, según la máxima: «Se reconoce el árbol por su fruto», la evaluamos en base a los sentimientos que la animen, al móvil que la dirija y la juzgamos por sus obras. La Sociedad de París se alegra cuando puede inscribir, en el listado de sus partidarios, reuniones que ofrecen todas las garantías deseables de orden, de buena conducta, de sinceridad, de dedicación y de abnegación personal, y que puede ofrecerlas como modelos a sus hermanos en creencia.

La posición de la Sociedad de París es, pues, exclusivamente moral y

jamás ha ambicionado otra. Aquellos de nuestros antagonistas que sostienen que todos los Espíritas dependen de ella, que la Sociedad se enriquece a sus expensas al sonsacarles dinero en su beneficio, que calcula sus supuestos ingresos según el número de los adeptos, prueban una mala fe notable o la ignorancia más absoluta de lo que hablan. Sin duda, la Sociedad tiene a su favor su conciencia, pero tiene más, para desenmascarar la impostura: sus archivos, que testimoniarán siempre la verdad, tanto en el presente como en el futuro.

Sin propósito premeditado y debido a las circunstancias, la Sociedad

**«No es porque una
reunión se intitula
grupo, círculo o sociedad
espírita que debe tener
necesariamente nuestras
simpatías»**

se ha vuelto un centro donde desembocan las informaciones de toda naturaleza concernientes al Espiritismo; se encuentra, bajo ese aspecto, en una posición que se puede decir excepcional, por los elementos que posee para asentar su opinión. Mejor que cualquiera, puede, pues, conocer el estado real del progreso de la Doctrina en cada región y evaluar las causas locales que pueden favorecer o retardar su desarrollo. Esa estadística será uno de los elementos más preciosos de la historia del Espiritismo, al mismo tiempo que permite estudiar las maniobras de sus adversarios y calcular el alcance de los golpes que dan para derribarlo. Esa única observación bastaría para prever el resultado definitivo e inevitable de la lucha, como se juzga el desenlace de una batalla al ver el movimiento de los dos ejércitos.

Se puede decir, en verdad, que, bajo ese aspecto, estamos en primera fila para observar no solamente la táctica de las personas, sino también la de los Espíritus. Vemos, en efecto, de

parte de éstos, una unidad de visión y de plan sabia y providencialmente elaborada, ante la cual forzosamente deben volverse ineficaces todos los esfuerzos humanos, pues los Espíritus pueden alcanzar a las personas y golpearlas o también escapar de ellas. Como se ve, la lucha es desigual.

La historia del Espiritismo moderno será algo verdaderamente curioso, porque será la de la lucha del mundo visible y del mundo invisible; los antiguos habrían dicho: «*La guerra de los hombres contra los dioses*». Será también la historia de los hechos, pero, sobre todo y forzosamente, la de las personas que habrán desempeñado un papel activo, tanto en un sentido como en el otro, como verdaderos sostenes o como adversarios de la causa. Es necesario que las generaciones futuras sepan a quienes deberán un justo tributo de reconocimiento; es necesario que consagren la memoria a los verdaderos pioneros de la obra regeneradora y que no haya glorias usurpadas.

Lo que dará a esta historia un carácter particular es que, en lugar de ser hecha, como muchas otras, años o siglos después, en base a la fe de la tradición y de la leyenda, se hace según la sucesión de los acontecimientos y en base a documentos auténticos que poseemos, por medio de una correspondencia incesante venida de todos los países donde se implanta la Doctrina, la selección más vasta y más completa que haya en el mundo.

Sin duda, el Espiritismo, en sí mismo, no puede ser alcanzado por las alegaciones mentirosas de sus adversarios, por medio de las cuales intentan falsearlo; pero podrían dar una idea falsa de sus inicios y de sus medios de acción, al desnaturalizar los actos y el carácter de las personas que hayan cooperado, si no se diera una contrapartida oficial. Esos archivos serán, para el futuro, la luz que disipará todas las dudas, una mina de donde los cronistas futuros podrán extraer con certidumbre. Veis, señores, cuán importante es ese trabajo,

en el interés de la verdad histórica; nuestra Sociedad, ella misma, está interesada en eso debido a la parte que toma en el movimiento.

Hay un proverbio que dice: «Nobleza obliga». La posición de la Sociedad le impone también obligaciones para conservar su crédito y su ascendiente moral. La primera es no apartarse, en el aspecto teórico, de la línea que ha seguido hasta hoy, ya que recoge los frutos de eso; la segunda está en el buen ejemplo que debe dar al probar, por la práctica, la bondad de la Doctrina que profesa. Ese ejemplo, se sabe, al probar la influencia moralizadora del Espiritismo, es un poderoso elemento de propaganda, a la vez

**«Sin duda, el Espiritismo,
en sí mismo, no puede
ser alcanzado por las
alegaciones mentirosas
de sus adversarios»**

que es el mejor medio para cerrar la boca de los detractores. Un incrédulo que sólo conocía la filosofía de la Doctrina decía que: «*con tales principios, un Espírita debía ser necesariamente una persona de bien*». Esas palabras son profundamente verdaderas; pero, para ser completas, se debería añadir que un verdadero Espírita necesariamente debe ser bueno y benevolente hacia sus semejantes, es decir, debe practicar la caridad evangélica en su más amplia acepción.

Esa es la gracia que todos debemos pedir a Dios que nos dé, volviéndonos dóciles a los consejos de los buenos Espíritus que nos asisten. Roguemos igualmente a ellos para que continúen con su protección durante el año que acaba de empezar y nos den la fuerza para ser dignos de ella; es el medio más seguro de justificar y de conservar la posición que la Sociedad ha adquirido.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Allan Kardec', with a long, sweeping horizontal stroke underneath.

A. K.

14 – La religión y el progreso

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
7.º año, n.º 7, julio de 1864*

Se piensa, de manera bastante general, que la Iglesia admite, hoy en día, que el fuego del Infierno es un fuego moral y no un fuego material; tal es, por lo menos, la opinión de la mayoría de los teólogos y de muchos eclesiásticos esclarecidos. Pero es solamente una opinión individual y no una creencia perteneciente a la ortodoxia, de otro modo sería profesada universalmente. Se puede juzgar eso por el siguiente cuadro que un predicador ha trazado del Infierno, durante la última cuaresma, en Montreil-sur-Mer:

«¡El fuego del Infierno es millones de veces más intenso que aquél de la Tierra y, si uno de los cuerpos que se queman allí sin consumirse viniera a ser arrojado sobre nuestro planeta, lo apestaría de un extremo a otro!

»¡El Infierno es una vasta y sombría caverna, erizada de clavos puntiagudos, láminas de espadas bien aceradas, láminas de navajas bien afiladas, en la cual son precipitadas las almas de los condenados!»

Sería superfluo refutar esa descripción. Se podría, sin embargo, preguntar al orador de dónde ha sacado un conocimiento tan preciso de ese lugar que describe. Seguramente, no es del Evangelio, en el cual no se habla de clavos, ni de espadas, ni de navajas. Para saber que esas láminas son bien aceradas y afiladas, es necesario haberlas visto y probado; ¿es que, como un nuevo Eneas u Orfeo, habrá bajado, él mismo, a esa sombría caverna, que, además, es muy parecida al Tártaro de los paganos? Él debería explicar también la acción que los

clavos y las navajas pueden tener sobre las almas y la necesidad de que fueran bien afilados y tuvieran buen temple. Ya que él conoce tan bien los detalles internos de ese lugar, debería haber dicho también donde está situado. No está en el centro de la Tierra, ya que él presume el caso de que uno de los cuerpos que encierra sería lanzado sobre nuestro planeta. ¿Está, pues, en el espacio? Pero la Astronomía ha clavado su mirada mucho antes, sin haber descubierto nada; es verdad que no ha mirado con los ojos de la fe.

Sea lo que sea, ¿ese cuadro ha sido hecho para traer de vuelta a los incrédulos? Eso es más que dudoso, pues el cuadro es más propicio para disminuir el número de los creyentes.

Como contrapartida, citaremos el fragmento siguiente de una carta escrita desde Riom y relatada por el periódico *La Verité*, en el número del 20 de marzo de 1864:

«Ayer, para mi gran sorpresa y satisfacción, escuché con mis propios

oídos esta tranquilizadora declaración, que salió de la boca de un elocuente predicador, en presencia de un numeroso auditorio asombrado: “*Ya no hay Infierno... Ya no existe el Infierno... ¡Fue reemplazado por una admirable sustitución: los fuegos de la caridad, los fuegos del amor redimen nuestras faltas!*”

»¿Nuestra divina Doctrina (el Espiritismo) no está contenida completamente en esas pocas palabras?»

Es inútil decir cuál de los dos ha tenido más simpatías en el auditorio; pero el segundo, incluso, podría ser acusado de herejía por el primero. Antiguamente, habría expiado, inevitablemente, sobre una hoguera o en un calabozo, la audacia de haber proclamado que Dios no hace quemar a Sus criaturas.

Esa doble citación nos sugiere las siguientes reflexiones.

Si algunos creen en la materialidad de las penas, en tanto que otros no lo creen, unos están necesariamente equivocados mientras que los otros tienen razón.

Ese punto es más capital de lo que parece a primera vista, pues es la vía abierta a las interpretaciones en una religión basada en la unidad absoluta de creencia y que, teóricamente, rechaza la interpretación.

Es bien cierto que, hasta hoy, la materialidad de las penas ha sido parte de las creencias dogmáticas de la Iglesia. ¿Por qué, pues, no todos los teólogos creen en ella? Como ni unos ni otros han verificado la cosa por sí mismos, ¿qué lleva a algunos a solamente ver un sentido figurado donde otros ven la realidad, si no es la *razón* la que, entre ellos, triunfa sobre la fe ciega? Ahora bien, la razón es el libre examen.

He aquí, pues, la razón y el libre examen introducidos en la Iglesia por la fuerza de la opinión pública; se podría decir, sin metáfora, por la puerta del Infierno; es el golpe dado en el santuario invariable de los dogmas, no por los laicos, sino por el propio clero.

Que no se crea que ese tema es

de mínima importancia; trae en sí el germen de toda una revolución religiosa y de un inmenso cisma, mucho más radical que el protestantismo, pues amenaza no solamente al catolicismo, sino también al protestantismo, a la Iglesia griega y a todas las sectas cristianas. En efecto, entre la materialidad de las penas y las penas puramente morales, hay toda una distancia del sentido propio al sentido figurado, de la alegoría a la realidad; desde cuando se admiten las llamas del Infierno como alegoría, se hace evidente que las palabras de Jesús: «Id al fuego eterno» tienen un sentido alegórico; de eso viene la consecuencia de que debe suceder lo mismo con muchas otras de Sus palabras.

Pero la consecuencia más grave es ésta: desde el momento en el cual se admite la interpretación sobre un punto, no hay motivo para rechazarla sobre los otros; es, pues, como lo hemos dicho, la puerta abierta a la libre discusión, un golpe mortal dirigido al principio absoluto de la fe ciega. La

creencia en la materialidad de las penas está unida íntimamente a otros artículos de fe que son su corolario; transformada esa creencia, las otras se transformarán inevitablemente y así poco a poco.

He aquí ya una aplicación. Hace pocos años todavía que el dogma «*Fuera de la Iglesia no hay salvación*» estaba en toda su fuerza. El bautismo era una condición tan imperiosa que bastaba que el niño de un hereje lo recibiera clandestinamente para ser salvado, a pesar de la voluntad de sus padres, pues todo lo que no era rigurosamente ortodoxo estaba condenado irremisiblemente. La Iglesia ha abandonado su absolutismo bajo ese aspecto debido a que la razón humana se ha rebelado contra el pensamiento de que esas millares de almas serían condenadas a las torturas eternas, a pesar de que no había dependido de ellas ser esclarecidas por la verdadera fe, de que innumerables niños que mueren antes de tener la conciencia de sus actos no dejan de ser condenados

en caso de que la negligencia o la fe religiosa de sus padres les hubiera privado del bautismo. Ella dice hoy en día, o por lo menos la mayoría de los teólogos dicen, que esos niños no son responsables de la falta de sus padres; que la responsabilidad solamente empieza en el momento en el cual, al tener la posibilidad de ser esclarecida, la persona se niega a eso y, desde entonces, esos niños no son condenados por no haber recibido el bautismo; que sucede lo mismo con los salvajes y los idólatras de todas las sectas. Algunos van más lejos; reconocen que, por la práctica de las virtudes cristianas, es decir, *de la humildad y de la caridad*, se puede alcanzar la salvación en todas las religiones, porque vivir cristianamente depende tanto de la voluntad de un hindú, de un judío, de un musulmán, de un protestante como de un católico; que aquel que vive así está en la Iglesia por el espíritu, si no está por la forma. ¿No está allí el principio «*Fuera de la Iglesia no hay salvación*» ampliado y transformado en

aqué! «*Fuera de la caridad no hay salvación*»? Es precisamente lo que enseña el Espiritismo y, sin embargo, es por eso que es declarado como obra del demonio. ¿Por qué esas máximas serían el soplo del demonio en la boca de los Espíritas más que en la de los ministros de la Iglesia? Si la ortodoxia de la fe está amenazada, no es, pues, por el Espiritismo, sino por la propia Iglesia, porque ésta sufre sin saberlo la presión de la opinión general y porque, entre sus miembros, se encuentran aquellos que ven las cosas desde lo más alto y para quienes el poder de la lógica triunfa sobre la fe ciega.

Sin duda, parecería temerario decir que la Iglesia camina al encuentro del Espiritismo; no obstante, es una verdad que se reconocerá más tarde; al caminar para combatirlo, no deja de asimilar, poco a poco, los principios del Espiritismo sin darse cuenta.

Esa nueva manera de examinar la cuestión de la salvación es grave; el espíritu, puesto por encima de la forma, es un principio eminentemente

revolucionario en la ortodoxia. Al ser reconocida como posible la salvación fuera de la Iglesia, la eficacia del bautismo es relativa y no absoluta: se vuelve un símbolo. Si el niño no bautizado no carga la pena de la negligencia o de la mala voluntad de sus padres, ¿en qué se vuelve la pena incurrida por todo el género humano en razón de la falta cometida por el primer hombre? ¿En qué se transforma también el pecado original, tal como lo entiende la Iglesia?

Los más grandes efectos tienen frecuentemente las más pequeñas causas; el hecho de ser el derecho de interpretación y de libre examen admitidos en la cuestión, pueril en apariencia, de la materialidad de las penas futuras, es un primer paso, cuyas consecuencias son incalculables, pues es una brecha hecha en la inmutabilidad dogmática y una piedra sacada arrastra otras. La posición de la Iglesia es embarazosa, se debe reconocer; sin embargo, hay que tomar uno de los dos partidos: quedar estacionaria,

**«Una religión es muy
frágil cuando un
descubrimiento científico
es para ella una cuestión
de vida o muerte»**

a pesar de todo, o ir adelante. Pero, entonces, la Iglesia no puede escapar de este dilema: si se inmoviliza de una manera absoluta en los procedimientos del pasado, será sobrepasada inevitablemente, como ya lo es, por el torrente de las ideas nuevas, luego aislada, desmembrada, como lo sería hoy en día si hubiera persistido en rechazar, de su seno, a aquellos que creen en el movimiento de la Tierra o en los períodos geológicos de la creación; si la Iglesia entra en la vía de la interpretación de los dogmas, se transforma y entra allí por el solo hecho de renunciar a la materialidad de las penas y a la necesidad absoluta del bautismo.

El riesgo de una transformación, por lo demás, está formulado, de manera clara y enérgica, en el pasaje siguiente de una pequeña publicación del reverendo padre Marin de Boylesve, de la Compañía de Jesús, bajo el título de *Le miracle et le diable*, en respuesta a la *Revue des Deux-Mondes*.

«Entre otras, hay una cuestión que, para la religión cristiana, es de vida o muerte: la cuestión del milagro. La del diablo no lo es mucho menos. Quitad al diablo y el Cristianismo desaparece. Si el diablo es sólo un mito, la caída de Adán y el pecado original entran en los dominios de la fábula; la redención, por consiguiente, el bautismo, la Iglesia, el Cristianismo, en suma, ya no tiene razón de existir. Por eso, la ciencia no mide esfuerzos para borrar el milagro y para suprimir al diablo».

De manera que, si la ciencia descubre una ley de la naturaleza que haga entrar, en el dominio de los hechos naturales, un hecho reputado

como milagroso; si prueba la anterioridad de la raza humana y la multiplicidad de sus orígenes, todo el edificio se viene abajo. Una religión es muy frágil cuando un descubrimiento científico es para ella una cuestión de vida o muerte. Está allí una confesión inhábil. En lo que nos concierne, estamos lejos de compartir las aprensiones del padre Boylesve con respecto al Cristianismo; decimos que el Cristianismo tal como salió de la boca de Jesús, pero solamente tal como salió, es invulnerable, porque es la ley de Dios.

La conclusión de eso es: nada de concesión, so pena de morir. El autor se olvida de examinar si hay más posibilidades de vivir en la inmovilidad; nuestra opinión es que hay menos y que vale mucho más vivir transformado que no vivir en absoluto.

En uno y en otro caso, una escisión es inevitable; se puede decir, incluso, que ya existe; la unidad doctrinaria se ha roto, ya que no hay acuerdo perfecto en la enseñanza; ya que algunos

aprueban lo que otros reprochan; ya que algunos absuelven mientras que otros condenan. Por eso, se ve a fieles que van de preferencia hacia aquellos cuyas ideas les convienen más; al dividirse los pastores, el rebaño se divide igualmente. De esa divergencia a una separación, la distancia no es grande; un paso más y aquellos que están adelante serán tratados como heréticos por aquellos que quedan atrás. Ahora bien, he aquí el cisma establecido; allí está el peligro de la inmovilidad.

La religión, mejor dicho, todas las religiones sufren, a pesar de sí mismas, la influencia del movimiento progresivo de las ideas. Una necesidad fatal las obliga a mantenerse en

**«el Cristianismo tal como
salió de la boca de Jesús,
pero solamente tal como
salió, es invulnerable,
porque es la ley de Dios»**

**«Repudiar la ciencia es,
pues, repudiar las leyes
de la naturaleza y, por eso
mismo, renegar de
la obra de Dios»**

el nivel del movimiento ascensional, so pena de ser sumergidas; por eso, todas ellas han sido forzadas, de tiempo en tiempo, a hacer concesiones a la ciencia y a ablandar el sentido literal de ciertas creencias ante la evidencia de los hechos; aquella que repudiara los descubrimientos de la ciencia y sus consecuencias, desde el punto de vista religioso, perdería, tarde o temprano, su autoridad y su crédito y aumentaría el número de los incrédulos. Si una religión cualquiera puede ser comprometida por la ciencia, la culpa no es de la ciencia, sino de la religión basada en dogmas absolutos en contradicción con las leyes de la naturaleza, que son leyes divinas. Repudiar

la ciencia es, pues, repudiar las leyes de la naturaleza y, por eso mismo, renegar de la obra de Dios; hacerlo en nombre de la religión sería poner a Dios en contradicción con Él mismo y hacerLe decir: «He establecido leyes para regir el mundo, pero no creáis en esas leyes».

En todas las épocas, las personas no han estado aptas para conocer todas las leyes de la naturaleza; el descubrimiento sucesivo de esas leyes constituye el progreso; de eso viene, para las religiones, la necesidad de poner todas sus creencias y sus dogmas en armonía con el progreso, so pena de recibir el desmentido de los hechos constatados por la ciencia; bajo esa sola condición, una religión es invulnerable. Para nosotros, la religión debería hacer más que dejarse llevar por el progreso, que sigue solamente obligada y forzada: debería ser la centinela avanzada del progreso, pues es honrar a Dios proclamar la grandeza y la sabiduría de Sus leyes.

La contradicción que existe entre

ciertas creencias religiosas y las leyes naturales ha producido a la mayoría de los incrédulos, cuyo número aumenta a medida que el conocimiento de esas leyes se populariza. Si la alianza entre la ciencia y la religión fuera imposible, no habría religión posible. Proclamamos abiertamente la posibilidad y la necesidad de esa alianza, pues, según nosotros, la ciencia y la religión son hermanas para la gloria más grande de Dios y deben complementarse una a la otra, en lugar de desmentirse una a la otra. Se

extenderán la mano cuando la ciencia no vea en la religión nada incompatible con los hechos demostrados y cuando la religión ya no tenga que temer la demostración de los hechos. El Espiritismo, por la revelación de las leyes que rigen las relaciones del mundo visible y del mundo invisible, será el elemento de unión que les permitirá mirarse cara a cara, una sin reír y la otra sin temblar. Es por la alianza de la fe y de la razón que el Espiritismo hace volver hacia Dios a tantos incrédulos cada día.



15 – El Espiritismo es una ciencia positiva

Alocución del señor ALLAN KARDEC a los espíritas de Bruselas y de Anvers, en 1864

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
7.º año, n.º 11, noviembre de 1864*

Publicamos esta alocución a pedido de un gran número de personas que nos han manifestado el deseo de conservarla y porque ella tiende a hacer que el Espiritismo sea examinado bajo un aspecto, de alguna suerte, nuevo. La *Revue Spirite* de Anvers la ha reproducido íntegramente.

Señores y caros hermanos espíritas:

Me place daros este título pues, aunque yo no tenga el privilegio de conocer a todas las personas que asisten a esta reunión, quiero creer que estamos aquí en familia y todos en comunión de pensamientos y de sentimientos. Si incluso supusiera que todos los asistentes no fueran afines a nuestras ideas, no dejaría de unirlos

al sentimiento fraternal que debe animar a los verdaderos Espíritas para con todas las personas, sin distinción de opinión.

Sin embargo, es a nuestros hermanos en creencia a quienes me dirijo, en especial, para expresarles la satisfacción que experimento al encontrarme entre ellos y para ofrecerles, en nombre de la Sociedad de París, el saludo de confraternidad espírita.

Yo ya había obtenido la prueba de que, en esta ciudad, el Espiritismo cuenta con numerosos adeptos serios, dedicados y esclarecidos, que comprenden perfectamente el objetivo moral y filosófico de la Doctrina; sabía que encontraría acá corazones afines y eso fue para mí un motivo

determinante para contestar a la apremiante y benévola invitación que me fue hecha por varios de vosotros para venir a haceros una pequeña visita este año. La acogida tan amable y tan cordial que he recibido me hará llevar de mi estada acá el recuerdo más agradable.

Seguramente yo tendría el derecho de enorgullecerme por la acogida que me ha sido dada en los diferentes centros que he ido a visitar, si no supiera que esos testimonios se dirigen mucho menos al hombre que a la Doctrina, de la cual sólo soy el humilde representante, y que deben ser considerados como una profesión de fe, una adhesión a nuestros principios; es así que los considero en lo que me concierne personalmente.

Por lo demás, si los viajes que hago a los centros espíritas, de tiempo en tiempo, sólo debieran tener como resultado una satisfacción personal, los consideraría como inútiles y me abstendría de hacerlos; pero, además de que contribuyen a estrechar los lazos

de fraternidad entre los adeptos, tienen la ventaja de proveerme de temas de observación y de estudio, de los que la Doctrina jamás dejará de sacar provecho. Independientemente de los hechos que puedan servir al progreso de la Ciencia, recojo material de la historia futura del Espiritismo, los documentos auténticos sobre el movimiento de la idea espírita, los elementos favorables o contrarios, en mayor o menor grado, que la Doctrina encuentra según el lugar, la fuerza o la debilidad y las maniobras de sus adversarios, los medios para combatir a esos últimos, el celo y la dedicación de sus verdaderos defensores.

Entre esos últimos, se debe poner en el primer nivel a todos aquellos que militan por la causa con valor, perseverancia, abnegación y desinterés, sin segunda intención personal, que buscan el triunfo de la Doctrina para la Doctrina y no para la satisfacción de su amor propio; a aquellos, en fin, que, por su ejemplo, prueban que la moral espírita no es una palabra

**«al Espiritismo le ponen
más trabas aquellos
que lo comprenden mal
que aquellos que no lo
comprenden en absoluto»**

vana y que se esfuerzan para justificar estas palabras notables de un incrédulo: *«Con una Doctrina así, no se puede ser Espírita sin ser una persona de bien»*.

No hay centro espírita donde yo no haya encontrado a un número más o menos grande de esos pioneros de la obra, de aquellos que desbrozan el terreno, de esos luchadores incansables que, sostenidos por una fe sincera y esclarecida, por la conciencia de cumplir un deber, no se dejan desanimar por ninguna dificultad y consideran su dedicación como una deuda de reconocimiento por los beneficios morales que han recibido del Espiritismo. ¿Es justo que los nombres de aquellos de quienes la Doctrina se

honra se pierdan para nuestros descendientes y que un día no se los pueda inscribir en el panteón espírita?

Desafortunadamente, al lado de ellos, se encuentra, a veces, a las personas turbulentas de la causa, a los impacientes que, al no calcular el alcance de sus palabras y de sus actos, pueden comprometerla; a aquellos que, por un celo irreflexivo, ideas intempestivas y prematuras, proveen, sin desearlo, de armas a nuestros adversarios. Después vienen aquellos que, tomando al Espiritismo sólo superficialmente, *sin ser tocados en el corazón*, dan, por su propio ejemplo, una falsa opinión de sus resultados y de sus tendencias morales.

Está allí, indiscutiblemente, el escollo más grande que encuentran los sinceros propagadores de la Doctrina, porque ven frecuentemente la obra que ellos han iniciado, con gran dificultad, deshecha por aquellos mismos que deberían secundarlos. Es indudable que al Espiritismo le ponen más trabas aquellos que lo comprenden

mal que aquellos que no lo comprenden en absoluto e incluso más que sus enemigos declarados; y es de notar que aquellos que lo comprenden mal tienen, en general, la pretensión de comprenderlo mejor que los otros; no es raro ver a principiantes inexpertos que pretenden, al cabo de algunos meses, enseñar de nuevo a aquellos que tienen, a su favor, la experiencia adquirida por medio de estudios serios. Esa pretensión, que revela orgullo, es por sí sola una prueba evidente de la ignorancia de los verdaderos principios de la Doctrina.

Que los Espíritas sinceros no se desanimen, sin embargo: eso es un resultado del momento de transición en el cual estamos; las ideas nuevas no pueden establecerse de golpe y sin obstáculo. Como les es necesario desembarazarse de las ideas antiguas, las ideas nuevas encuentran forzosamente a adversarios que las combaten y las rechazan, además de personas que las toman en sentido contrario, que las exageran o que quieren

acomodarlas a sus gustos o a sus opiniones personales. Pero llega un momento en el que, con los verdaderos principios conocidos y comprendidos por la mayoría, las ideas contradictorias caen por su propio peso. Ved ya lo que ha ocurrido con todos los sistemas aislados, nacidos en el origen del Espiritismo; todos han caído ante la observación más rigurosa de los hechos o sólo encuentran todavía a algunos de sus partidarios obstinados que, como en todas las cosas, se enganchan a sus primeras ideas sin dar un paso adelante. La unidad se ha hecho en la creencia espírita con mucha más rapidez de lo que se podía esperar. Es que los Espíritus, sobre todos los puntos, han venido a confirmar los principios verdaderos; de manera que, hoy en día, hay entre los adeptos del mundo entero una opinión predominante, que, si todavía no es la de la unanimidad absoluta, es indudablemente la de la inmensa mayoría; de donde se sigue que aquel que desea caminar en sentido contrario a esa opinión, al

**«hay que consagrarse a
difundir las ideas exactas,
a formar a adeptos
esclarecidos»**

encontrar poco o ningún eco, se condena al aislamiento. La experiencia está allí para demostrarlo.

Para remediar el inconveniente que acabo de señalar, es decir, para prevenir los efectos de la ignorancia y de falsas interpretaciones, hay que consagrarse a difundir las ideas exactas, a formar a adeptos esclarecidos, cuyo número creciente neutralizará la influencia de las ideas erróneas.

Mis visitas a los centros espíritas naturalmente tienen como objetivo principal ayudar, en su tarea, a nuestros hermanos en creencia; aprovecho, pues, para darles las instrucciones de las cuales pueden tener necesidad, como desarrollo teórico o aplicación práctica de la Doctrina tanto cuanto me es posible hacerlo. Al ser serio

el objetivo de esas visitas y exclusivamente en el interés de la Doctrina, no voy a buscar en ellas ovaciones, que no son ni de mi gusto ni de mi carácter. Mi satisfacción más grande es encontrarme con amigos sinceros, dedicados, con quienes se puede conversar, sin constreñimiento, y esclarecerse mutuamente por medio de una discusión amistosa, en la cual cada uno contribuye con el tributo de sus propias observaciones.

En esos viajes, no voy a predicar a los incrédulos; jamás convoco al público para catequizarlo; en suma, no voy a hacer propaganda. Solamente voy a reuniones de adeptos en las cuales mis consejos son deseados y pueden ser útiles; los doy, de buen grado, a aquellos que creen tener necesidad de ellos; me abstengo ante aquellos que se creen suficientemente esclarecidos para poder desecharlos. Me dirijo solamente a las personas de buena voluntad.

Si, en esas reuniones, se introdujeran, excepcionalmente, personas

atraídas por el único motivo de la curiosidad, quedarían decepcionadas, pues no encontrarían nada que les pudiera satisfacer y, si ellas estuvieran animadas por un sentimiento hostil o de denigración, el carácter eminentemente grave, sincero y moral de la asamblea y de los temas que son tratados allí quitaría todo pretexto plausible para la malevolencia de ellas. Tales son los pensamientos que expreso en las diversas reuniones a las cuales soy llamado a asistir, a fin de que nadie se engañe sobre mis intenciones.

Al empezar, he dicho que yo no era el representante de la Doctrina. Algunas explicaciones sobre su verdadero carácter naturalmente llamarán vuestra atención sobre un punto esencial que tal vez no haya sido suficientemente considerado hasta el presente. Seguramente, al ver la rapidez del progreso de esa Doctrina, habría más gloria en decir que soy su creador; mi amor propio sacaría provecho de eso; pero no debo hacer que mi

parte sea más grande de lo que es. Lejos de lamentarlo, me alegro, pues, entonces, la Doctrina solamente sería una concepción individual, que podría ser, en mayor o menor grado, exacta, ingeniosa, pero que, por eso mismo, perdería en autoridad. Podría tener a partidarios, tal vez hacer escuela, como muchas otras, pero seguramente no habría podido adquirir, en pocos años, el carácter de universalidad que la distingue.

Está allí un hecho capital, señores, y que debe ser proclamado en voz alta. No, el Espiritismo no es una concepción individual, un producto de la imaginación; no es una teoría, un sistema inventado por la necesidad de una causa; tiene su fuente en los hechos de la propia naturaleza, en hechos positivos, que se producen, cada instante, ante nuestros ojos, pero de cuyo origen no se sospechaba. Por lo tanto, es un resultado de observación, una ciencia en una palabra: la ciencia de las relaciones del mundo visible y del mundo invisible; ciencia todavía

imperfecta, pero que se completa todos los días por medio de nuevos estudios y que conquistará un lugar, estad convencidos, al lado de las ciencias *positivas*. Digo *positivas* porque toda ciencia que se basa en hechos es una ciencia positiva y no puramente especulativa.

El Espiritismo no ha inventado nada, porque no se inventa aquello que está en la naturaleza. Newton no inventó la ley de la gravitación; esa ley universal existía antes de él; cada uno hacía la aplicación de esa ley y sentía sus efectos y, sin embargo, no se la conocía.

El Espiritismo, a su vez, viene a mostrar una nueva ley, una nueva fuerza en la naturaleza: la que reside en la acción del Espíritu sobre la materia, ley tan universal como la de la gravitación y de la electricidad y, sin embargo, todavía ignorada y negada por ciertas personas, como lo fueron todas las otras leyes en la época de su descubrimiento. Es que las personas tienen dificultad, en general, de

renunciar a sus ideas preconcebidas y, por amor propio, les cuesta admitir que se han engañado o que otros han podido encontrar aquello que ellas mismas no han encontrado.

Pero como, en definitiva, esa ley se basa en hechos y contra los hechos no hay negación que pueda prevalecer, les será necesario rendirse a la evidencia, como los más recalcitrantes tuvieron que hacer con relación al movimiento de la Tierra, a la formación del globo y a los efectos del vapor. Por más que tachen los fenómenos de ridículos, no pueden impedir que exista aquello que existe.

El Espiritismo ha buscado, pues, la explicación de fenómenos de una cierta especie y que, en todas las épocas, se han producido de una manera espontánea; pero lo que sobre todo le ha favorecido en las investigaciones es que le ha sido dado poder producirlos y provocarlos hasta un cierto punto. Ha encontrado, en los médiums, instrumentos propicios para ese fin, como el físico ha encontrado, en la

pila y en la máquina eléctrica, los medios para reproducir los efectos del rayo. Eso, se comprende, es solamente una comparación y no una analogía que yo pretendo establecer.

Pero hay aquí una consideración de elevada importancia: es que, en sus investigaciones, el Espiritismo no ha procedido por medio de hipótesis, como se lo acusa. No ha supuesto la existencia del mundo espiritual para explicar los fenómenos que tenía ante sus ojos; ha procedido por medio de análisis y de observación; *de los hechos ha remontado a la causa y el elemento espiritual se le ha presentado como fuerza activa; solamente lo ha proclamado después de haberlo constatado.*

La acción del elemento espiritual, como potencia y ley de la naturaleza, le abre, pues, nuevos horizontes a la ciencia, al darle la clave de una multitud de problemas incomprensidos. Pero si el descubrimiento de las leyes puramente materiales ha producido, en el mundo, revoluciones materiales, el del elemento espiritual prepara

una revolución moral, pues cambia totalmente el curso de las ideas y de las creencias más enraizadas. Muestra la vida bajo otro aspecto; mata la superstición y el fanatismo; engrandece el pensamiento, y las personas, en lugar de arrastrarse en la materia, de circunscribir su vida entre el nacimiento y la muerte, se elevan hasta lo infinito; saben de donde vienen y adonde van; ven un objetivo en su trabajo, en sus esfuerzos, una razón de ser para el bien; saben que nada de lo que adquieren en la Tierra en saber y en moralidad estará perdido para ellas y que su progreso prosigue indefinidamente más allá de la tumba; saben que hay siempre un futuro para ellas, sean cuales sean la

**«La acción del elemento
espiritual, como potencia
y ley de la naturaleza,
le abre, pues, nuevos
horizontes a la ciencia»**

mediocridad y la brevedad de la existencia presente, mientras que la idea materialista, al circunscribir la vida a la existencia actual, les da como perspectiva la nada, que ni siquiera tiene como compensación el alejamiento, y nadie puede retroceder según su voluntad, pues podemos caer en la nada mañana, en una hora, y entonces el fruto de nuestras labores, de nuestras vigiliass, de los conocimientos adquiridos se perderá para siempre, sin que tengamos generalmente tiempo de disfrutarlo.

El Espiritismo, lo repito, al demostrar, no por hipótesis, sino por hechos, la existencia del mundo invisible y el futuro que nos espera, cambia totalmente el curso de las ideas; da a las personas fuerza moral, valor y resignación, porque ellas no trabajan solamente para el presente, sino también para el futuro; saben que, si no disfrutan hoy, disfrutarán mañana. Al demostrar la acción del elemento espiritual sobre el mundo material, amplía el dominio de la ciencia y abre,

por eso mismo, una nueva vía para el progreso material. Entonces, las personas tendrán una base sólida para el establecimiento del orden moral sobre la Tierra; comprenderán mejor la solidaridad que existe entre los seres de este mundo, ya que esa solidaridad se perpetúa indefinidamente; la fraternidad ya no es una palabra vana; mata el egoísmo en lugar de que el egoísmo la mate y, de manera completamente natural, las personas impregnadas de esas ideas adaptarán sus leyes y sus instituciones sociales.

El Espiritismo conduce, inevitablemente, a esa reforma. Así se cumplirá, obligatoriamente, la revolución moral, que debe transformar a la humanidad y cambiar el aspecto del mundo, y eso simplemente por el conocimiento de una nueva ley de la naturaleza, que da otro curso a las ideas, una salida a esta vida, un objetivo a las aspiraciones del futuro y hace considerar las cosas desde otro punto de vista.

Si los detractores del Espiritismo

—hablo de aquellos que militan por el progreso social, escritores que predicán la emancipación de los pueblos, la libertad, la fraternidad y la reforma de los abusos— conocieran las verdaderas tendencias del Espiritismo, su alcance y sus resultados inevitables, en lugar de burlarse de él, como lo hacen, de lanzar obstáculos sobre su ruta incesantemente, lo verían como la más poderosa palanca para llegar a la destrucción de los abusos que combaten. En lugar de serle hostiles, lo aclamarían como un auxilio de la Providencia. Pero la mayoría de ellos creen más en sí mismos que en la Providencia, desafortunadamente. Sin embargo, la palanca actúa sin ellos y a pesar de ellos, y el irresistible poder del Espiritismo será tanto más constatado cuanto más tenga que combatir. Un día, se hablará de ellos, y no será para su gloria, se hablará de ellos lo mismo que ellos dicen sobre aquellos que combatieron el movimiento de la Tierra y que negaron la potencia del vapor. Todas las negaciones, todas

las persecuciones no han impedido que esas leyes naturales sigan su curso. Del mismo modo, todos los sarcasmos de la incredulidad no impedirán la acción del elemento espiritual, que también es una ley de la naturaleza.

Considerado de esta manera, el Espiritismo pierde el carácter de misticismo, el cual es reprochado por sus detractores, por lo menos aquellos que no lo conocen. Ya no es la ciencia resucitada de lo maravilloso y de lo sobrenatural: es el dominio de la naturaleza enriquecido de una ley nueva y fecunda, una prueba más del poder y de la sabiduría del Creador; en fin, con el Espiritismo, el conocimiento humano tiene menos límites.

Tal es, en resumen, señores, el punto de vista desde el cual se debe examinar al Espiritismo. En esa circunstancia, ¿cuál ha sido mi papel? No es ni el del inventor, ni el del creador; he visto, observado, estudiado los hechos con cuidado y perseverancia; los he coordinado y he deducido sus consecuencias: he aquí toda la parte que

«[esa tarea] será la obra de mi vida hasta mi último día, pues, ante un objetivo tan importante, todos los intereses materiales y personales se borran como los puntos ante lo infinito»

me corresponde; lo que he hecho otra persona habría podido hacerlo en mi lugar. En todo eso, he sido un simple instrumento de los designios de la Providencia y doy gracias a Dios y a los buenos Espíritus por haber tenido a bien servirse de mí. Es una tarea que he aceptado con alegría y de la cual me esfuerzo para volverme digno, rogando que Dios me dé las fuerzas necesarias para cumplirla según Su

santa voluntad. Esa tarea, sin embargo, es pesada, más pesada de lo que alguien pueda creer; y si ella tiene algún mérito para mí es que tengo la conciencia de no haber retrocedido ante ningún obstáculo ni ningún sacrificio; será la obra de mi vida hasta mi último día, pues, ante un objetivo tan importante, todos los intereses materiales y personales se borran como los puntos ante lo infinito.

Termino esta corta exposición, señores, dirigiendo felicitaciones sinceras a aquellos de nuestros hermanos de Bélgica, presentes o ausentes, cuyo celo, dedicación y perseverancia han contribuido para implantar el Espiritismo en este país. Las semillas que han depositado en los grandes centros de población, tales como Bruselas, Anvers, etc., no habrán sido lanzadas, estoy seguro, sobre un suelo estéril.



16 – De la comunión de pensamientos, a propósito de la conmemoración del día de los difuntos

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
7.º año, n.º 12, diciembre de 1864*

La Sociedad Espírita de París se reunió especialmente, por primera vez, el 2 de noviembre de 1864, para ofrecer un piadoso recuerdo a sus fallecidos colegas y hermanos en Espiritismo. En esa ocasión, el señor Allan Kardec desarrolló el principio de la *comunión de pensamientos* en el discurso siguiente.

Caros hermanos y hermanas espíritas:

Estamos reunidos, en este día consagrado, por la costumbre, a la conmemoración del día de los difuntos, para ofrecer a aquellos de nuestros hermanos que dejaron la Tierra un testimonio particular de benevolencia, para dar continuidad a las relaciones de afecto y de fraternidad que existían entre ellos y nosotros cuando

estaban vivos y para atraer sobre ellos las bondades del Todopoderoso. ¿Pero por qué reunirnos? ¿Por qué dejar nuestras ocupaciones? ¿No podemos hacer cada uno en privado lo que nos proponemos hacer juntos? ¿Cada uno de nosotros no lo hace por los suyos? ¿No se lo puede hacer cada día y cada hora del día? ¿Qué utilidad puede haber, pues, en reunirse así en un día específico? Es sobre ese punto, señores, que me propongo presentaros algunas consideraciones.

La benevolencia con la cual la idea de esta reunión ha sido acogida es una primera respuesta a esas diversas preguntas; es el indicio de la necesidad que se experimenta de encontrarse juntos en una comunión de pensamientos.

**«Comunión de
pensamiento quiere decir
pensamiento común,
unidad de intención,
de voluntad, de deseo,
de aspiración»**

¡Comunión de pensamientos!
¿Se comprende bien todo el alcance de esa expresión? Hay el derecho a la duda sobre ese alcance, por lo menos de parte de la gran mayoría de personas. El Espiritismo, que nos explica tantas cosas por las leyes que revela, también viene a explicarnos la causa, los efectos y el poder de ese estado de ánimo.

Comunión de pensamiento quiere decir pensamiento común, unidad de intención, de voluntad, de deseo, de aspiración. Nadie puede dejar de admitir que el pensamiento es una fuerza; ¿pero es una fuerza puramente moral y abstracta? No; de otro

modo no se explicarían ciertos efectos del pensamiento y mucho menos de la comunión de pensamiento. Para comprenderlo, es necesario conocer las propiedades y la acción de los elementos que constituyen nuestra esencia espiritual y es el Espiritismo el que nos las enseña.

El pensamiento es el atributo característico del ser espiritual; es él que diferencia al espíritu de la materia; sin el pensamiento, el espíritu no sería espíritu. La voluntad no es un atributo especial del espíritu; es el pensamiento que ha llegado a un cierto grado de energía; es el pensamiento que se ha vuelto potencia motriz. Es por la voluntad que el Espíritu imprime, a los miembros y al cuerpo, movimientos en un sentido determinado. Pero si el pensamiento tiene el poder de actuar sobre los órganos materiales, ¡cuán más grande ese poder debe ser sobre los elementos fluídicos que nos rodean! El pensamiento actúa sobre los fluidos del ambiente como el sonido actúa sobre el aire; esos fluidos nos

traen el pensamiento como el aire nos trae el sonido. Por lo tanto, se puede decir, verdaderamente, que hay, en esos fluidos, ondas y rayos de pensamientos que se cruzan sin confundirse, como hay, en el aire, ondas y rayos sonoros.

Una asamblea es un foco de donde se irradian pensamientos diversos; es como una orquesta, un coro de pensamientos en los cuales cada uno produce su nota. Resulta de eso una multitud de corrientes y de efluvios fluídicos, que son percibidos por medio del sentido espiritual como, en un coro de música, los sonidos son percibidos por el sentido del oído.

Pero, del mismo modo que hay rayos sonoros armónicos o discordantes, hay también pensamientos armónicos o discordantes. Si el conjunto es armónico, la sensación es agradable; si es discordante, la sensación es desagradable. Ahora bien, para eso, no hay necesidad de que el pensamiento sea formulado en palabras; la irradiación fluídica no deja de existir, sea el

pensamiento expresado o no; si todos los pensamientos son benévolos, todos los asistentes experimentan un verdadero bienestar, se sienten a gusto; pero si se mezclan algunos pensamientos malos, producen el efecto de una corriente de aire helado en un medio tibio.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que se experimenta en una reunión afín; reina una atmósfera moral salubre, en la que se respira a gusto; se sale reconfortado de allí, porque se está impregnado de efluvios fluídicos saludables. De ese modo se explican también la ansiedad, el malestar indefinible que se sienten en un medio no afín, en el que los pensamientos malévolos provocan, por así decirlo, corrientes fluídicas malsanas.

**«la irradiación fluídica
no deja de existir,
sea el pensamiento
expresado o no»**

La comunión de pensamientos produce, pues, una especie de efecto físico que reacciona sobre lo moral; es lo que únicamente el Espiritismo podría hacer comprender. Las personas lo sienten instintivamente, ya que buscan las reuniones en las cuales saben que encuentran esa comunión. En esas reuniones homogéneas y afines, extraen nuevas fuerzas morales; se podría decir que recuperan allí las pérdidas fluídicas que tienen cada día por la irradiación del pensamiento, del mismo modo que recuperan por medio de los alimentos las pérdidas del cuerpo material.

Estas consideraciones, señores y caros hermanos, parecen apartarnos del objetivo principal de nuestra reunión y, sin embargo, nos conducen directamente a él. Las reuniones que tienen como objetivo la conmemoración del día de los difuntos se basan en la comunión de pensamientos; para comprender la utilidad de ellas, era necesario definir bien la naturaleza y los efectos de esa comunión.

Para la explicación de las cosas espirituales, me sirvo, a veces, de comparaciones muy materiales, y tal vez hasta un poco forzadas, que no se deberían tomar siempre al pie de la letra; pero es al proceder por analogía de lo conocido a lo desconocido que se llega a darse cuenta, por lo menos de manera aproximada, de lo que escapa a nuestros sentidos. Es a esas comparaciones que la Doctrina Espírita debe el hecho de haber sido, en gran parte, tan fácilmente comprendida, incluso por las inteligencias más comunes, mientras que si yo me hubiera quedado en las abstracciones de la filosofía metafísica, todavía ella solamente sería, hoy en día, el reparto de algunas inteligencias de élite. Ahora bien, era importante que, desde el principio, fuera aceptada por las masas, porque la opinión de las masas ejerce una presión que acaba por hacer ley y por triunfar sobre las oposiciones más tenaces. Es por eso que me he esforzado en simplificarla y volverla clara, a fin de colocarla al alcance de todo el

mundo, a riesgo de que ciertas personas pongan en duda el título de filosofía que tiene la Doctrina, porque la Doctrina Espírita no es suficientemente abstracta y ha salido de la nebulosidad de la metafísica clásica.

A los efectos que acabo de describir, que tocan a la comunión de pensamientos, se junta otro que es su consecuencia natural y que es importante no perder de vista: es el poder que adquiere el pensamiento o la voluntad, por medio del conjunto de los pensamientos o voluntades reunidos. Al ser la voluntad una fuerza activa, esa fuerza es multiplicada por el número de voluntades idénticas, como la fuerza muscular es multiplicada por el número de brazos.

Establecido ese punto, se concibe que, en las relaciones que se establecen entre las personas y los Espíritus, hay, en una reunión donde reina una perfecta comunión de pensamientos, un poder atractivo o repulsivo, que no siempre posee un individuo aislado. Si, hasta el presente, las reuniones

demasiado numerosas son menos favorables, es por la dificultad de obtener una homogeneidad perfecta de pensamientos, que proviene de la imperfección de la naturaleza humana en la Tierra. Cuanto más numerosas son las reuniones, más se mezclan en ellas elementos heterogéneos que paralizan la acción de los buenos elementos y que son como granos de arena en un engranaje. No es así en los mundos más avanzados y esa situación cambiará en la Tierra, a medida que las personas se vuelvan mejores en ella.

Para los Espíritas, la comunión de pensamientos tiene un resultado más específico aún. Hemos visto el efecto de esa comunión de persona a persona; el Espiritismo nos prueba que ese efecto no deja de ser grande de las personas a los Espíritus y recíprocamente. De hecho, si el pensamiento colectivo adquiere fuerza por el número, un conjunto de pensamientos idénticos, que tienen como objetivo el bien, tendrá más poder para

«la comunión de pensamientos establece la solidaridad, que es la base de la fraternidad»

neutralizar la acción de los malos Espíritus; por eso, vemos que la táctica de esos últimos es incitar a la división y al aislamiento. Sola, una persona puede sucumbir, mientras que si su voluntad está corroborada por otras voluntades, podrá resistir, según el axioma *«La unión hace la fuerza»*, axioma verdadero tanto en lo moral como en lo físico.

Por otro lado, si la acción de los Espíritus malévolos puede ser paralizada por un pensamiento común, es evidente que la de los buenos Espíritus será secundada; la influencia saludable de ellos no encontrará obstáculos. Al no ser sus efluvios detenidos por corrientes contrarias, se propagarán sobre todos los asistentes,

precisamente porque todos los habrán atraído por el pensamiento, no cada uno para su provecho personal, sino para el provecho de todos, según la ley de caridad. Esos efluvios bajarán sobre ellos como lenguas de fuego, para servirnos de una admirable imagen del Evangelio.

De ese modo, por la comunión de pensamientos, las personas se asisten entre sí y, al mismo tiempo, asisten a los Espíritus y son asistidas. Las relaciones del mundo visible y del mundo invisible ya no son individuales, sino colectivas, y por eso mismo más poderosas tanto para el beneficio de las masas, como para el de los individuos; en suma, la comunión de pensamientos establece la solidaridad, que es la base de la fraternidad. Cada uno trabaja no solamente para sí, sino para todos y, al trabajar para todos, cada uno saca provecho para sí; es lo que no comprende el egoísmo.

Todas las reuniones religiosas, no importa a qué culto pertenezcan, están basadas en la comunión de

pensamientos; es allí, en efecto, donde ella debe y puede ejercer todo su poder, porque el objetivo debe ser la liberación del pensamiento de las opresiones de la materia. Desafortunadamente, la mayoría de esas reuniones se ha apartado de ese principio, a medida que ha hecho de la religión una cuestión de forma. Resulta de eso que cada uno, al hacer que su deber consista en el cumplimiento de la forma, se cree liberado hacia Dios y hacia las personas cuando ha practicado una fórmula. Resulta de eso, además, que cada uno va a los lugares de reuniones religiosas con un pensamiento personal, para lo que le concierne, y lo más frecuentemente, sin ningún sentimiento de confraternidad con relación a los otros asistentes; está aislado en medio de la multitud y piensa en el Cielo solamente para sí mismo.

Seguramente no era así como lo entendía Jesús cuando dijo: «Cuando estéis varios reunidos en mi nombre, estaré en medio de vosotros». Reunidos en mi nombre, es decir, con un

pensamiento común; pero no se puede estar reunidos en nombre de Jesús sin asimilar Sus principios, Su Doctrina; ahora bien, ¿cuál es el principio fundamental de la Doctrina de Jesús? La caridad en pensamientos, en palabras y en acciones. Los egoístas y los orgullosos mienten cuando se dicen reunidos en nombre de Jesús, pues Jesús reniega de ellos como Sus discípulos.

Golpeadas por esos abusos y esas desviaciones, hay personas que niegan la utilidad de las asambleas religiosas y, por consiguiente, de los edificios consagrados a esas asambleas. En su radicalismo, piensan que valdría más construir hospicios que templos, puesto que el templo de Dios

**«Los egoístas y los
orgullosos mienten
cuando se dicen reunidos
en nombre de Jesús»**

**«El aislamiento religioso
conduce al egoísmo,
del mismo modo que el
aislamiento social»**

está en todos los lugares, que Él puede ser adorado en todos los lugares y que cada uno puede orar en su casa y a cualquier hora, mientras que los pobres, los enfermos y los inválidos tienen necesidad de lugares de refugio.

Pero del hecho de que se cometen abusos y de que se ha apartado del camino recto, ¿se deduce que el camino recto no existe y que todo de lo que se hace mal uso es malo? No, seguramente. Hablar así es ignorar la fuente y los beneficios de la comunión de pensamientos, que debe ser la esencia de las asambleas religiosas; es ignorar las causas que provocan esa comunión. Se concibe que los materialistas profesen semejantes ideas; pues, en todas las cosas, no toman en cuenta

la vida espiritual; pero de parte de los espiritualistas, peor aún, de Espíritas, eso sería un disparate. El aislamiento religioso conduce al egoísmo, del mismo modo que el aislamiento social. Es posible que algunas personas sean suficientemente fuertes por sí mismas, tan grandemente dotadas en el corazón, para que su fe y su caridad no tengan necesidad de ser reanimadas en un foco común; pero no sucede lo mismo con las masas, para quienes es necesario un estimulante, sin el cual podrían dejarse ganar por la indiferencia. ¿Quién es, además, la persona que pueda decirse suficientemente esclarecida para no tener nada que aprender con relación a sus intereses futuros? ¿Suficientemente perfecta para desechar consejos en la vida presente? ¿Siempre capaz de instruirse por sí misma? No; son necesarias, para la mayoría, enseñanzas directas tanto en materia de religión y de moral como en materia de ciencia. Indiscutiblemente, esa enseñanza puede ser dada en todos los lugares,

tanto bajo la bóveda celeste como bajo la de un templo; ¿pero por qué las personas no tendrían lugares específicos para los asuntos del Cielo, como los tienen para los asuntos de la Tierra? ¿Por qué no tendrían asambleas religiosas, como tienen asambleas políticas, científicas e industriales? Ésta no es una razón para que no haya fundaciones en beneficio de los desafortunados; pero decimos más: cuando las personas comprendan mejor sus intereses desde el punto de vista del Cielo, habrá menos gente en los hospicios.

Si las asambleas religiosas –hablo en general, sin hacer alusión a ningún culto– se han apartado demasiado frecuentemente del objetivo primigenio principal, que es la comunión fraternal del pensamiento; si la enseñanza que es dada allí no ha seguido siempre el movimiento progresivo de la humanidad, es que las personas no realizan todo el progreso de una sola vez; lo que no hacen en un período lo hacen en otro; a medida que se

esclarecen, ven lagunas que existen en sus instituciones y las llenan; comprenden que lo que era bueno en una época, para el grado de civilización, se vuelve insuficiente en un estado más avanzado y restablecen el equilibrio. El Espiritismo, lo sabemos, es la gran palanca del progreso en todas las cosas; marca una era de renovación. Sepamos esperar, pues, y no solicitemos a una época más de lo que puede dar. Como las plantas, es necesario que las ideas maduren para que se cosechen los frutos. Además, sepamos hacer las concesiones necesarias a las épocas de transición, pues nada, en la naturaleza, se opera de una manera brusca e instantánea.

Debido al motivo que nos reúne

«El Espiritismo [...] es la gran palanca del progreso en todas las cosas; marca una era de renovación»

hoy, señores y caros hermanos, he creído oportuno aprovechar la circunstancia para desarrollar el principio de la comunión de pensamientos desde el punto de vista del Espiritismo. Al ser nuestro objetivo unirnos de espíritu y de corazón para ofrecer en común un testimonio particular de benevolencia a nuestros hermanos fallecidos, podría ser útil llamar nuestra atención sobre las ventajas de la reunión. Gracias al Espiritismo, comprendemos el poder y los efectos del pensamiento colectivo; comprendemos mejor la causa del sentimiento de bienestar que se experimenta en un

medio homogéneo y afín; pero sabemos, igualmente, que sucede lo mismo con los Espíritus, pues ellos también reciben los efluvios de todos los pensamientos benévolos que se elevan hacia ellos como un vapor de perfume. Los Espíritus que son felices experimentan una alegría más grande por ese concierto armónico; los que sufren sienten un alivio más grande. Cada uno de nosotros, en particular, ora de preferencia por aquellos que nos interesan o por quienes queremos más; hagamos que todos tengan, acá, su parte en las oraciones que dirigiremos a Dios.



17 – De la perpetuidad del Espiritismo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
8.º año, n.º 2, febrero de 1865*

En un artículo anterior, hablamos de los progresos incesantes del Espiritismo. ¿Esos progresos serán duraderos o efímeros? ¿Es un meteoro que brilla con un resplandor pasajero como tantas otras cosas? Es lo que vamos a examinar en algunas palabras.

Si el Espiritismo fuera una simple teoría, una escuela filosófica que se basara en una opinión personal, nada le garantizaría la estabilidad, pues podría agradar hoy y ya no agradar mañana; en un tiempo dado, podría ya no estar en armonía con las costumbres y el desarrollo intelectual y, entonces, caería como todas las cosas anticuadas, que se quedan rezagadas respecto al movimiento. En fin, podría ser reemplazado por algo mejor. Así ha sido de todas las concepciones humanas, de todas las legislaciones,

de todas las doctrinas puramente especulativas.

El Espiritismo se presenta en condiciones completamente diferentes, como lo hemos hecho observar muchas veces. Se basa en un hecho: el de la comunicación del mundo visible y del mundo invisible. Ahora bien, un hecho no puede ser anulado por el tiempo como una opinión. Sin duda, el Espiritismo no es admitido todavía por todo el mundo; ¿pero qué importan las negaciones de algunos cuando es constatado, cada día, por millones de individuos, cuyo número crece sin cesar y que no son ni más necios ni más ciegos que otros? Vendrá, pues, un momento en el que ya no encontrará a negadores, como no los hay ahora para el movimiento de la Tierra.

¡Cuántas oposiciones ese último

**«Aquellos que niegan
la posibilidad de las
manifestaciones están
en el mismo caso de
aquellos que negaban el
movimiento de la Tierra»**

hecho provocó! Por mucho tiempo, a los incrédulos no les faltaban buenas razones aparentes para ponerlo en duda. «¿Cómo creer –decían ellos– en la existencia de antípodas, que caminan cabeza abajo? ¿Y si la Tierra gira, como se supone, cómo creer que estamos, nosotros mismos, todas las veinticuatro horas, en esta posición incómoda sin darnos cuenta de eso? En esa situación, no podríamos quedar más fijos en la Tierra que si deseáramos caminar por un techo, los pies en el aire, a manera de moscas. ¿Y además, qué sería de los mares? ¿El agua no se derrama cuando se inclina el jarrón? Esa cosa es simplemente

imposible, por lo tanto es absurda y Galileo es un loco».

Sin embargo, al ser un hecho esa cosa absurda, triunfó sobre todas las razones contrarias y todos los anatemas. ¿Qué faltaba para ser admitida su posibilidad? El conocimiento de la ley natural en la cual se basa. Si Galileo se hubiera contentado en decir que la Tierra giraba, todavía en la época actual no se le creería; pero las negaciones cayeron ante el conocimiento del principio.

Pasará lo mismo con el Espiritismo; como se basa en un hecho material que existe en virtud de una ley explicada y demostrada que le quita todo carácter sobrenatural y maravilloso, es imperecedero. Aquellos que niegan la posibilidad de las manifestaciones están en el mismo caso de aquellos que negaban el movimiento de la Tierra. La mayoría niega la causa primera, es decir, el alma, su sobrevivencia o su individualidad; no es sorprendente, pues, que nieguen el efecto. Juzgan en base al simple

enunciado del hecho y lo declaran absurdo, como antiguamente se declaraba absurda la creencia en los antípodas. ¿Pero qué puede la opinión de ellos contra un fenómeno constatado por la observación y demostrado por una ley de la naturaleza? Al ser el movimiento de la Tierra un hecho puramente científico, su constatación no estaba al alcance del vulgo; fue necesario aceptarlo basándose en la fe de los sabios. Pero el Espiritismo tiene más a su favor: puede ser constatado por todo el mundo, lo que explica su propagación tan rápida.

Todo descubrimiento nuevo de alguna importancia tiene consecuencias graves en mayor o menor grado. El del movimiento de la Tierra y de la ley de la gravitación que rige ese movimiento ha tenido consecuencias incalculables. La ciencia ha visto abrirse, ante sí, un nuevo campo de exploración y no se podrían enumerar todos los descubrimientos, las invenciones y las aplicaciones que han sido el efecto de eso. El progreso de la

ciencia ha llevado al de la industria y el progreso de la industria ha cambiado la manera de vivir, las costumbres, en suma, todas las condiciones de ser de la humanidad. El conocimiento de las relaciones del mundo visible y del mundo invisible tiene consecuencias aún más directas y más inmediatamente prácticas, porque está al alcance de todas las individualidades y les interesa a todas. Al tener que morir necesariamente cada persona, nadie puede ser indiferente a lo que ocurrirá consigo mismo después de su muerte. Por la certidumbre que el Espiritismo da del futuro, cambia la manera de ver e influye sobre la moralidad. Sofocando el egoísmo, modificará profundamente las relaciones sociales de

**«Por la certidumbre que
el Espiritismo da del
futuro, cambia la manera
de ver e influye sobre
la moralidad»**

individuo a individuo y de pueblo a pueblo.

Muchos reformadores de pensamientos generosos han formulado doctrinas más o menos seductoras; pero esas doctrinas sólo han tenido, en su mayoría, un éxito de secta, temporal y circunscrito. Ha sido y será siempre así de las teorías puramente sistemáticas, porque no les está dado a las personas en la Tierra concebir algo completo y perfecto. El Espiritismo, al contrario, al apoyarse no sobre una idea preconcebida, sino sobre hechos patentes, está a cubierto de esas fluctuaciones y sólo puede engrandecerse a medida que esos hechos sean difundidos, mejor conocidos y mejor comprendidos. Ahora bien, ningún poder humano podría impedir la divulgación de hechos que cada uno puede constatar; constatados los hechos, nadie puede impedir las consecuencias que derivan de ellos. Esas consecuencias son acá una revolución completa en las ideas y en la manera de ver las cosas de este mundo y del

otro; antes de que este siglo haya transcurrido, esa revolución estará consumada.

Pero, se dirá, al lado de los hechos tenéis una teoría, una doctrina; ¿quién os dice que esa teoría no sufrirá variaciones; que la de hoy será la misma en algunos años?

Sin duda, puede sufrir modificaciones en sus detalles a consecuencia de nuevas observaciones; pero al ser obtenido el principio en lo sucesivo, no podrá variar y mucho menos ser anulado; está allí lo esencial. Desde Copérnico y Galileo, se ha calculado mejor el movimiento de la Tierra y de los astros, pero del hecho del movimiento ha quedado el principio.

Hemos dicho que el Espiritismo es, ante todo, una ciencia de observación; es lo que le da fuerza frente a los ataques de los cuales es objeto y da a sus adeptos una fe inquebrantable. Todos los razonamientos con que se les objeta a los adeptos caen ante los hechos y esos razonamientos tienen tanto menos valor a los ojos de los

adeptos cuanto saben que son interesados. En vano, se les dice que eso no es así, o que es otra cosa; ellos contestan: «No podemos negar la evidencia». Incluso si hubiera sólo un adepto, éste podría creerse el juguete de una ilusión; pero cuando millones de individuos ven la misma cosa, en todos los países, se concluye lógicamente que son los negadores los que se engañan.

Si los hechos espíritas solamente tuvieran como resultado satisfacer la curiosidad, seguramente sólo causarían una preocupación momentánea, como todo lo que es inútil. Pero las consecuencias que derivan de ellos tocan el corazón, vuelven felices a las personas, satisfacen las aspiraciones, colman el vacío profundizado por la duda, lanzan luz sobre la temible cuestión del futuro; mucho más, se ve una causa poderosa de moralización para la sociedad; esas consecuencias tienen, pues, un gran interés; ahora bien, no se renuncia fácilmente a lo que es una fuente de felicidad. No

es, de seguro, ni con la perspectiva de la nada, ni con la de las llamas eternas, que se apartará a los Espíritas de su creencia.

El Espiritismo no se alejará de la verdad y no tendrá nada que temer de las opiniones contradictorias, mientras su teoría científica y su doctrina moral sean una deducción de los hechos observados de manera escrupulosa y concienzuda, sin prejuicios ni sistemas preconcebidos. Es ante una observación más completa que todas las teorías prematuras y arriesgadas, nacidas en el origen de los fenómenos espíritas modernos, han caído y se han fundido en la imponente unidad que existe hoy en día y contra la cual persisten no más que escasas individualidades, que disminuyen todos los días. Las lagunas que la teoría actual todavía pueda contener se colmarán de la misma manera.

«El Espiritismo no se alejará de la verdad»

El Espiritismo está lejos de haber dicho su última palabra en cuanto a sus consecuencias, pero es inquebrantable en su base, porque esa base se asienta sobre hechos.

Que los Espíritas no tengan, pues, temor: el futuro es de ellos; que dejen que sus adversarios se debatan bajo

la opresión de la verdad, que los ofusca, pues toda negación es impotente contra la evidencia, que triunfa inevitablemente por la propia fuerza de las circunstancias. Es una cuestión de tiempo y, en este siglo, el tiempo camina a paso de gigante bajo el impulso del progreso.



18 – Nueva táctica de los adversarios del Espiritismo

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
8.º año, n.º 6, junio de 1865

Ninguna doctrina filosófica de los tiempos modernos ha causado tanta agitación como el Espiritismo, ninguna ha sido atacada con tanto encarnizamiento; es la prueba evidente de que se le reconoce más vitalidad y raíces más profundas que a las otras, pues no se toma el pico para arrancar una brizna de hierba. Lejos de asustarse, los Espíritas deben alegrarse, ya que eso prueba la importancia y la verdad de la Doctrina. Si solamente fuera una idea efímera y sin consistencia, una mosca que vuela, no se la atacaría violentamente; si fuera falsa, se la desacreditaría con argumentos sólidos que ya habrían triunfado sobre ella. Pero ninguno de aquellos que han objetado la Doctrina ha podido detenerla, porque nadie ha encontrado un punto vulnerable. Sin

embargo, no es ni talento ni buena voluntad lo que les ha faltado a sus antagonistas.

En ese vasto torneo de ideas, en el cual el pasado entra en liza con el futuro y que tiene como palenque el mundo entero, el gran jurado es la opinión pública. Ésta escucha los pros y los contras; juzga el valor de los medios de ataque y de defensa y se pronuncia a favor de aquel que ofrece las mejores razones. Si uno de los dos contendores emplea armas desleales, está condenado de antemano. Ahora bien, ¿hay armas más desleales que la mentira, la calumnia y la traición? Recurrir a semejantes medios es confesarse *vencido por la lógica*; la causa que es reducida a tales recursos es una causa perdida. No es una persona ni algunas personas que pronuncian su

«El Espiritismo [...] es el Cristianismo adecuado al desarrollo de la inteligencia y liberado de los abusos»

fallo: es la humanidad, que las circunstancias y la conciencia del bien arrastran hacia lo que es más exacto y más racional.

Ved, en la historia del mundo, si una única idea grande y verdadera no ha triunfado siempre sobre algo que se haya hecho para trabarla. El Espiritismo nos presenta, bajo ese aspecto, un hecho inaudito: es el de una rapidez de propagación sin igual. Esa rapidez es tal que sus propios adversarios están aturcidos; por eso, lo atacan con el furor ciego de los combatientes que pierden su sangre fría y quedan atrapados por sus propias armas.

Sin embargo, la lucha está lejos de haber terminado: al contrario, se debe esperar ver que ella tome más

grandes proporciones y otro carácter. Sería algo demasiado prodigioso y contrario al estado actual de la humanidad que una doctrina que trae en sí el germen de toda una renovación se estableciera apaciblemente en algunos años. Una vez más, no nos quejemos; cuanto más ruda sea la lucha, más espectacular será el triunfo. No le cabe duda a nadie de que el Espiritismo se ha engrandecido por la oposición que se le ha hecho; dejemos, pues, que esa oposición agote sus recursos: cuando esa oposición haya revelado su propia debilidad a vista de todos, el Espiritismo únicamente podrá engrandecerse más. El campo de combate del Cristianismo naciente era circunscrito; el del Espiritismo se extiende sobre toda la superficie de la Tierra. El Cristianismo no pudo ser ahogado bajo los ríos de sangre; se engrandeció por sus mártires, como la libertad de los pueblos, porque era una verdad. El Espiritismo, que es el Cristianismo adecuado al desarrollo de la inteligencia y liberado de los

abusos, se engrandecerá, del mismo modo, bajo la persecución, porque también es una verdad.

La fuerza empleada de manera manifiesta es reconocida como impotente contra la idea espírita, incluso en los países donde se ejerce esa fuerza con toda la libertad; la experiencia está allí para demostrarlo. Al comprimirse la idea sobre un punto, se la hace surgir por todos lados; una compresión general le provocaría una explosión. Sin embargo, nuestros adversarios no han renunciado; entretanto, han recurrido a otra táctica: la de las maniobras ocultas.

Muchas veces ya han intentado – y lo harán todavía– comprometer a la Doctrina impulsándola a una vía peligrosa o ridícula para desacreditarla. Hoy en día, es sembrando la división de manera oculta, lanzando fuentes de discordia que esperan arrojar la duda y la incertidumbre en los ánimos, provocar desalientos verdaderos o *simulados* e introducir el desconcierto entre los adeptos. Pero no son los

adversarios declarados quienes podrían actuar así; el Espiritismo, cuyos inicios tienen tantos puntos de semejanza con los del Cristianismo, también debe tener a sus Judas, para que tenga la gloria de salir triunfante de esa nueva prueba. El dinero es, a veces, un argumento que reemplaza a la lógica. ¿No se ha visto a una mujer que ha confesado haber recibido 50 francos para simular locura después de haber asistido a una única reunión espírita?

No es, pues, sin razón que, en la *Revista* de marzo de 1863, publicamos el artículo sobre los *traidores*. Ese artículo no ha sido del gusto de todo el mundo y más de una persona está resentida con nosotros porque hemos visto demasiado claro y hemos deseado abrir los ojos a los otros y, sin embargo, nos aprietan la mano en señal de aprobación, hecho por el cual no nos dejamos engañar. ¡Pero qué importa! Nuestro deber es prevenir a los Espíritas sinceros contra las trampas que les son tendidas. En cuanto a

**«Quienquiera que ponga
su punto de vista fuera
de la esfera estrecha del
presente ya no se perturba
por las mezquinas
intrigas que se agitan
alrededor de sí»**

aquellos para quienes los principios son demasiado rigurosos, tanto sobre ese punto como sobre varios otros, no tenemos ninguna razón para ocuparnos de eso; si se han alejado de nosotros, es porque la afinidad de ellos era superficial y no estaba en el fondo de los corazones. Debemos ocuparnos de cosas más importantes que la buena o la mala voluntad de ellos respecto a nosotros. El presente es fugaz; mañana ya no existirá; para nosotros, no es nada; el futuro es todo y es para el futuro para el cual trabajamos. Sabemos que las verdaderas afinidades nos seguirán; aquellas que están a merced

de un interés material frustrado o de un amor propio no satisfecho no merecen ese nombre.

Quienquiera que ponga su punto de vista fuera de la esfera estrecha del presente ya no se perturba por las mezquinas intrigas que se agitan alrededor de sí; es lo que nos esforzamos en hacer y es lo que aconsejamos a aquellos que desean tener la paz del alma en este mundo (*El Evangelio según el Espiritismo*, cap. II, n.º 15).

La idea espírita, como todas las ideas nuevas, no podía dejar de ser explotada por personas que, al no haber tenido éxito en nada, por mala conducta o incapacidad, están al acecho de lo que es nuevo, con la esperanza de encontrar allí una mina más productiva y más fácil. Si el éxito no responde a la expectativa que tienen, no se responsabilizan a sí mismas de eso, sino a la idea, que declaran que es mala. Esas personas sólo tienen de espírita el nombre. Mejor que quienquiera, hemos podido ver esa maquinación y hemos sido, muchas veces,

el blanco de esas explotaciones, a las cuales no hemos deseado ayudar, lo que no nos ha creado amigos.

Regresemos a nuestro tema. El Espiritismo, lo repetimos, todavía tiene que pasar por pruebas rudas y es allí que Dios reconoce a Sus verdaderos servidores, por su valor, su firmeza y su perseverancia. Aquellos a quienes un temor o una decepción les hace vacilar son como esos soldados que sólo tienen valor en tiempo de paz y retroceden al primer disparo. Sin embargo, la prueba más grande no será la persecución, sino el conflicto de ideas que se suscitará y con la ayuda del cual se espera romper la falange de los adeptos y la imponente unidad que se forma en la Doctrina.

Ese conflicto es necesario, sin embargo, aunque sea provocado con una mala intención y venga de las personas o de malos Espíritus. Aunque pueda traer una confusión momentánea en algunas conciencias débiles, tendrá como resultado definitivo la consolidación de la unidad. En todas

las cosas, no se deben juzgar los puntos aislados, sino ver el conjunto. Es útil que todas las ideas, incluso las más contradictorias y las más excéntricas, aparezcan; ellas provocan el examen y el juicio y, si son falsas, el buen sentido les hará justicia; caerán forzosamente ante la prueba decisiva del control universal, así como tantas otras ya han caído. Es éste el gran criterio que ha formado la unidad actual; es él que la concluirá, pues es la criba que debe separar el buen grano del malo y la verdad no será sino más brillante cuando salga del crisol

«la prueba más grande no será la persecución, sino el conflicto de ideas que se suscitará y con la ayuda del cual se espera romper la falange de los adeptos y la imponente unidad que se forma en la Doctrina»

liberada de todas sus escorias. El Espiritismo está en ebullición todavía; dejemos, pues, que la escoria suba a la superficie y se derrame; esto no hará sino que el Espiritismo se depure más pronto. Dejemos a los adversarios la alegría maligna y pueril de soplar el fuego para provocar esa ebullición, pues, sin desearlo, apresuran la depuración y el triunfo del Espiritismo y se quemarán a sí mismos con el fuego que encienden. Dios quiere que todo sea útil a la causa, hasta lo que se hace con la intención de perjudicarla.

No olvidemos que el Espiritismo no está concluido; todavía no hace sino preparar el terreno. Pero para avanzar con seguridad, debe hacerlo gradualmente, a medida que el terreno esté preparado para recibirlo y suficientemente consolidado para que se pueda poner el pie con confianza. Los impacientes que no saben esperar el momento propicio comprometen las cosechas tanto como comprometen la suerte de las batallas.

Entre los impacientes, hay aque-

llos, sin duda, de muy buena fe, que desearían ver que las cosas fueran aún más rápido, pero se parecen a esas personas que creen que hacen avanzar el tiempo adelantando el ritmo del péndulo. Otros, no menos sinceros, son impelidos por el amor propio de llegar como primeros; siembran antes de la estación y sólo cosechan frutos abortados. Al lado de éstos, infelizmente, hay otros que impulsan el carro a toda velocidad con la esperanza de hacerlo volcar.

Se comprende que ciertos individuos que hubieran deseado ser los primeros nos reprochan el hecho de que hemos sido demasiado rápidos; que otros, por razones contrarias, nos reprochan ir demasiado lentamente; pero lo que es menos explicable es ver, a veces, ese doble reproche hecho por el mismo individuo, lo cual no da prueba de mucha lógica. Aunque seamos aguijoneados para ir a la derecha o a la izquierda, no dejaremos de seguir, como lo hemos hecho hasta el presente, la línea que nos es trazada

y al final de la cual está el objetivo que deseamos alcanzar. Iremos adelante, o esperaremos, aceleraremos o lentificaremos el paso según las circunstancias y no según la opinión de éste o de aquél.

El Espiritismo camina a través de adversarios numerosos que, al no haber podido tomarlo por la fuerza, intentan tomarlo por medio de la estratagema; se insinúan por todos los lugares, bajo todas las máscaras y hasta en las reuniones íntimas, con la esperanza de sorprender allí un hecho o una palabra que, frecuentemente, habrán provocado y que esperan explotar en su beneficio. Comprometer al Espiritismo y volverlo ridículo: tal es la táctica por medio de la cual esperan desacreditarlo primeramente para tener, más tarde, un pretexto para hacer que sea prohibido su ejercicio público, si eso se puede. Es la trampa contra la cual se debe estar en guardia, pues es tendida de todos los lados, y que recibe la ayuda involuntaria de aquellos que se dejan llevar

por las sugerencias de Espíritus engañadores y mistificadores.

El medio de desbaratar esas maquinaciones es seguir, lo más exactamente posible, la línea de conducta trazada por la Doctrina; su moral, que es su parte esencial, es inatacable; al practicarla, no se da cabida a ninguna crítica fundada y la agresión no es sino más odiosa. Encontrar a los Espíritas en falta y en contradicción con sus principios sería una afortunada oportunidad para sus adversarios; por eso, ved como ellos se apresuran a cargar al Espiritismo de todas las aberraciones y de todas las excentricidades de las cuales no podría ser responsable. La Doctrina no es ambigua en

**«Encontrar a los Espíritas
en falta y en contradicción
con sus principios
sería una afortunada
oportunidad para
sus adversarios»**

ninguna de sus partes; es clara, precisa, categórica en sus mínimos detalles; únicamente la ignorancia y la mala fe pueden confundir sobre lo que ella aprueba o condena. Es, pues, un deber para todos los Espíritas sinceros y dedicados repudiar y censurar abiertamente, en el nombre de la Doctrina, los abusos de todo tipo que podrían comprometerla, a fin de no asumir la responsabilidad de ellos; pactar con los abusos sería volverse cómplice de ellos y proveer de armas a nuestros adversarios.

Los períodos de transición siempre son penosos de pasar; el Espiritismo está en ese período; lo atravesará con tanta menos dificultad cuanto más prudencia tengan sus adeptos. Estamos en guerra; el enemigo está allí y espía, presto a explotar el mínimo paso en falso en su beneficio

y presto a hacer que el Espiritismo ponga el pie en el cenagal, si puede hacerlo.

Sin embargo, no nos apresuremos a arrojar la piedra o la sospecha con demasiada ligereza y sobre apariencias que podrían ser engañosas; además, la caridad nos hace un deber la moderación, incluso hacia aquellos que están en contra de nosotros. La sinceridad, sin embargo, hasta en los errores, tiene aspectos de franqueza sobre los cuales no se podría engañar y la falsedad jamás fingirá completamente, pues, tarde o temprano, se traiciona; Dios y los buenos Espíritus permiten que se traicione por sus propios actos. Si una duda se presenta en la mente, eso debe ser simplemente un motivo para mantenerse en la prudencia, lo que se debe hacer sin faltar a las reglas de urbanidad.



19 – Qué enseña el Espiritismo

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
8.º año, n.º 8, agosto de 1865

Hay personas que preguntan cuáles son las nuevas conquistas que le debemos al Espiritismo. Del hecho de que el Espiritismo no ha dotado al mundo de una nueva industria productiva, como el vapor, concluyen que no ha producido nada. La mayoría de aquellos que hacen esa pregunta, al no darse el trabajo de estudiarlo, conocen solamente al Espiritismo de fantasía creado por las necesidades de la crítica y que nada tiene en común con el Espiritismo serio. Por lo tanto, no es sorprendente que se pregunten cuál puede ser el lado útil y práctico del Espiritismo. Lo habrían aprendido si hubieran ido a buscarlo en su origen y no en las caricaturas que han hecho aquellos que tienen interés en denigrarlo.

En otra categoría de ideas, algunos consideran, al contrario, que la

marcha del Espiritismo es demasiado lenta, según lo que desea la impaciencia de ellos. Se sorprenden que el Espiritismo todavía no haya sondeado todos los misterios de la naturaleza, ni abordado todas las cuestiones que parecen ser de su competencia. Desearían verlo enseñar algo nuevo todos los días o enriquecerse por algún nuevo descubrimiento; y, del hecho de que aún no ha solucionado la cuestión del origen de los seres, del principio y del fin de todas las cosas, de la esencia divina y algunas otras del mismo alcance, concluyen que el Espiritismo no ha salido del alfabeto, que no ha ingresado en la verdadera vía filosófica y que se arrastra en los lugares comunes, porque predica incesantemente la humildad y la caridad. «Hasta hoy –dicen– no hemos aprendido nada nuevo, pues la

reencarnación, la negación de las penas eternas, la inmortalidad del alma, la gradación a través de los períodos de la vitalidad intelectual, el periespíritu no son descubrimientos espíritas propiamente dichos; se debe, pues, caminar hacia descubrimientos más verdaderos y más sólidos».

Creemos que debemos presentar algunas observaciones sobre este asunto, que tampoco serán algo nuevo, pero hay cosas que es útil repetir bajo diversas formas.

Es verdad que el Espiritismo no ha inventado nada de todo eso, porque no hay puras verdades sino aquellas que son eternas y que, por eso mismo, han tenido que germinar en todas las épocas. ¿Pero no significa nada haberlas sacado, si no de la nada, por lo menos del olvido; de un germen haber hecho una planta vivaz; de una idea individual, perdida en la noche de los tiempos, o sofocada bajo los prejuicios, haber hecho una creencia general; haber probado lo que se encontraba en estado de hipótesis;

haber demostrado la existencia de una ley en lo que parecía excepcional y fortuito; de una teoría vaga haber hecho algo práctico; de una idea improductiva haber extraído aplicaciones útiles? Nada es más verdadero que el proverbio: «No hay nada nuevo bajo el Sol» y esa propia verdad no es nueva; por eso, el Espiritismo no es un descubrimiento cuyo principio y vestigios no se encuentren en alguna parte. Según esa opinión, Copérnico no tendría el mérito de su sistema, porque el movimiento de la Tierra había sido sentido antes de la era cristiana. Si fuera algo tan simple, se lo debería, pues, encontrar. La historia del huevo contada por Cristóbal Colón siempre será una verdad eterna.

Es indudable, además, que el Espiritismo todavía tiene mucho que enseñarnos; es lo que no hemos cesado de repetir, pues jamás hemos sostenido que haya dicho su última palabra. ¿Pero del hecho de que aún queda por hacer, se deduce que el Espiritismo no ha salido del alfabeto? Su alfabeto ha

sido las mesas giratorias y, desde entonces, el Espiritismo ha dado, nos parece, algunos pasos; incluso pensamos que ha dado pasos suficientemente grandes en algunos años, si se lo compara con otras ciencias a las que les ha llevado siglos llegar al punto donde están. Ninguna ha llegado a su apogeo de un solo salto; avanzan, no por la voluntad de las personas, sino a medida que las circunstancias encaminan nuevos descubrimientos; ahora bien, no está en el poder de nadie mandar en esas circunstancias y la prueba está en que, todas las veces que una idea es prematura, aborta para reaparecer más tarde, en tiempo oportuno.

Pero a falta de nuevos descubrimientos, ¿las personas de ciencia nada tienen que hacer? ¿La Química deja de ser Química si no descubre, todos los días, nuevos elementos? ¿Los astrónomos están condenados a cruzarse de brazos por no encontrar nuevos planetas? Y así con todos los otros ramos de la ciencia y de la

industria. Antes de buscar lo nuevo, ¿no se tiene que hacer la aplicación de lo que se sabe? Es precisamente para dar a las personas el tiempo de asimilar, de aplicar y de difundir lo que saben que la Providencia establece una pausa en la marcha hacia adelante. La historia está allí para mostrarnos que las ciencias no siguen una marcha ascendente continua, por lo menos ostensiblemente; los grandes movimientos que revolucionan una idea sólo se operan en intervalos más o menos alejados. No hay estancamiento a causa de eso, sino elaboración, aplicación y fructificación de lo que se sabe, lo que es siempre progreso. ¿El Espíritu humano podría absorber nuevas ideas incesantemente? ¿La propia tierra no tiene necesidad de un tiempo de reposo antes de producir? ¿Qué se diría de un profesor que enseñara, todos los días, nuevas reglas a sus alumnos, sin darles el tiempo para ejercitar aquellas que han aprendido, para penetrarse de ellas y aplicarlas? ¿Dios sería, pues, menos providente y

**«el objetivo esencial,
providencial del
Espiritismo es el
mejoramiento de
cada uno»**

menos hábil que un profesor? En todas las cosas, las ideas nuevas deben injertarse en las ideas adquiridas; si éstas no están suficientemente elaboradas y consolidadas en el cerebro, si el espíritu no las ha asimilado, aquellas que se quieren implantar no forman raíz: se siembra sin resultado.

Es lo mismo respecto al Espiritismo. ¿Los adeptos tanto han sacado provecho de lo que ha enseñado hasta hoy que no tienen nada más que hacer? ¿Son tan caritativos, desprovistos de orgullo, desinteresados, benévolos hacia sus semejantes; son tan moderados en sus pasiones, han abjurado del odio, de la envidia y de los celos; en fin, son tan perfectos que sería superfluo, de ahora en adelante,

predicarles la caridad, la humildad, la abnegación, en suma, la moral? Esa pretensión probaría por sí misma cuán necesarias son para ellos todavía esas lecciones elementales, que algunos consideran fastidiosas y pueriles; es, sin embargo, únicamente con la ayuda de esas instrucciones, si sacan provecho de ellas, como pueden elevarse suficientemente alto para ser dignos de recibir una enseñanza superior.

El Espiritismo tiende a la regeneración de la humanidad; eso es un hecho indudable; ahora bien, dado que esa regeneración solamente puede operarse por medio del progreso moral, resulta que el objetivo esencial, providencial del Espiritismo es el mejoramiento de cada uno; los misterios que puede revelarnos son el accesorio pues, si bien nos abre el santuario de todos los conocimientos, no seremos más avanzados por eso en nuestro estado futuro si no somos mejores. Para admitir a uno al banquete de la suprema felicidad, Dios no pregunta qué se sabe ni qué se posee, sino cuánto se

vale y qué se ha hecho de bien. Por lo tanto, es para su mejoramiento individual que todo espírita sincero debe trabajar ante todo. Únicamente aquel que ha domeñado sus malas inclinaciones ha aprovechado realmente del Espiritismo y recibirá la recompensa por eso; es por ello que los buenos Espíritus, por orden de Dios, multiplican sus instrucciones y las repiten hasta la saciedad; solamente un orgullo insensato puede decir: «Ya no tengo necesidad de ellas». Únicamente Dios sabe cuándo serán inútiles y solamente a Él Le corresponde dirigir la enseñanza de Sus mensajeros y de proporcionarla para nuestro progreso.

Veamos, sin embargo, si, aparte de la enseñanza puramente moral, los resultados del Espiritismo son tan estériles como algunos lo afirman.

1.º Como todos lo saben, en primer lugar, el Espiritismo da la prueba patente de la existencia y de la inmortalidad del alma. Es verdad que no es un descubrimiento, pero es por la falta de pruebas sobre ese punto que

hay tantos incrédulos o indiferentes con relación al futuro; es al probar lo que solamente era una teoría que el Espiritismo triunfa sobre el materialismo y previene las funestas consecuencias de él para la sociedad. Al cambiarse la duda sobre el futuro en certidumbre, se produce toda una revolución en las ideas, cuyas consecuencias son incalculables. Allí se limitaría exclusivamente el resultado de las manifestaciones: cuán inmenso es ese resultado.

2.º Por la firme creencia que desarrolla, el Espiritismo ejerce una poderosa acción sobre la moral de las

**«es al probar lo que
solamente era una teoría
que el Espiritismo triunfa
sobre el materialismo
y previene las funestas
consecuencias de él
para la sociedad»**

**«[El Espiritismo] nos
revela la vida futura y
nos la muestra racional
y conforme a la
justicia de Dios»**

personas; las conduce al bien, las consuela en sus aflicciones, les da fuerza y valor en las pruebas de la vida y las desvía del pensamiento del suicidio.

3.º El Espiritismo rectifica todas las ideas falsas que se habían hecho del futuro del alma, sobre el Cielo, el Infierno, las penas y las recompensas; destruye radicalmente, por la irresistible lógica de los hechos, los dogmas de las penas eternas y de los demonios; en suma, nos revela la vida futura y nos la muestra racional y conforme a la justicia de Dios. Es algo más que tiene mucho valor.

4.º Hace conocer lo que sucede en el momento de la muerte; ese fenómeno, hasta entonces insondable, ya no

tiene misterios; las mínimas particularidades de esa transición tan temida son conocidas hoy en día; ahora bien, como todo el mundo muere, ese conocimiento le interesa a todo el mundo.

5.º Por la ley de la pluralidad de las existencias, el Espiritismo abre un nuevo campo a la filosofía; la persona sabe de donde viene, adonde va, su finalidad en la Tierra. Explica la causa de todas las miserias humanas, de todas las desigualdades sociales; presenta las propias leyes de la naturaleza como base de los principios de solidaridad universal, de fraternidad, de igualdad y de libertad, que solamente estaban asentados en la teoría. En fin, esclarece las cuestiones más arduas de la metafísica, de la psicología y de la moral.

6.º Por la teoría de los fluidos periespirituales, el Espiritismo hace conocer el mecanismo de las sensaciones y de las percepciones del alma; explica los fenómenos de la doble vista, de la visión a distancia, del sonambulismo, del éxtasis, de los sueños, de las

visiones, de las apariciones, etc.; abre un nuevo campo a la fisiología y a la patología.

7.º Al probar las relaciones que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual, el Espiritismo muestra, en este último, una de las fuerzas activas de la naturaleza, una potencia inteligente, y da la razón de una multitud de efectos atribuidos a causas sobrenaturales y que han alimentado la mayoría de las ideas supersticiosas.

8.º Al revelar el hecho de las obsesiones, el Espiritismo hace conocer la causa, desconocida hasta aquí, de numerosas afecciones sobre las cuales la ciencia estaba equivocada en detrimento de los enfermos, y que el Espiritismo da los medios de curarlas.

9.º Al hacernos conocer las verdaderas condiciones de la oración y su modo de acción; al revelarnos la influencia recíproca de los Espíritus encarnados y desencarnados, el Espiritismo nos enseña el poder de las personas sobre los Espíritus imper-

fectos para moralizarlos y rescatarlos de los sufrimientos inherentes a su inferioridad.

10.º Al hacer conocer la magnetización espiritual, que no se conocía, el Espiritismo abre al Magnetismo una nueva vía y le proporciona un nuevo y poderoso elemento de curación.

El mérito de una invención no está en el descubrimiento de un principio, casi siempre conocido anteriormente, sino en la aplicación de ese principio. La reencarnación no es una idea nueva, indiscutiblemente, no más que el periespíritu, descrito por San Pablo bajo el nombre de cuerpo espiritual, ni siquiera la comunicación con los Espíritus. El Espiritismo, que no se vanagloria de haber descubierto la naturaleza, investiga con cuidado todos los indicios que puede encontrar de la anterioridad de sus ideas y, cuando los encuentra, se apresura a proclamarlos, como prueba en apoyo de lo que expone. Por lo tanto, aquellos que alegan esa anterioridad para despreciar lo que el Espiritismo ha hecho

van en contra de su objetivo y actúan inhábilmente, pues eso podría hacer suponer una segunda intención.

El descubrimiento de la reencarnación y del periespíritu no pertenece, pues, al Espiritismo, es algo reconocido; pero, hasta el Espiritismo, ¿qué provecho la ciencia, la moral, la religión habían sacado de esos dos principios, ignorados por las masas y que permanecían en estado de letras muertas? No solamente los ha evidenciado, los ha probado y los ha hecho reconocer como leyes de la naturaleza, sino también los ha desarrollado y hecho fructificar; ya ha hecho producir innumerables y fecundos resultados, sin los cuales se estaría por comprender todavía una infinidad de cosas; cada día, esos resultados nos hacen comprender otras cosas nuevas y se está lejos de haber agotado esa mina. Ya que esos dos principios eran conocidos, ¿por qué han permanecido tanto tiempo improductivos? ¿Por qué, durante tantos siglos, todas las filosofías han enfrentado tantos

problemas insolubles? Es que eran diamantes en bruto que se necesitaban pulir: es lo que ha hecho el Espiritismo. Ha abierto una nueva vía a la filosofía o, mejor dicho, ha creado una nueva filosofía, que gana su lugar, cada día, en el mundo. ¿Están, pues, allí los resultados tan nulos al punto de que se tenga que apresurarse para avanzar hacia descubrimientos más verdaderos y más sólidos?

En resumen, un cierto número de verdades fundamentales, esbozadas por algunos cerebros de élite y que permanecían para la mayoría en un estado por así decirlo latente, una vez que han sido estudiadas, elaboradas y probadas, de estériles que eran, se han vuelto una mina fecunda de la cual ha salido una multitud de principios secundarios y aplicaciones, y esas verdades han abierto un vasto campo a la explotación, nuevos horizontes a las ciencias, a la filosofía, a la moral, a la religión y a la economía social.

Tales son, hasta el presente, las principales conquistas debidas al

Espiritismo y no hemos hecho sino indicar los puntos culminantes. Suponiendo que esas conquistas debieran limitarse a eso, ya se podría uno darse por satisfecho y decir que una ciencia nueva que da tales resultados en menos de diez años no está maculada de nulidad, pues toca a todas las cuestiones vitales de la humanidad y proporciona a los conocimientos humanos un contingente que no es de desdeñarse. Hasta el momento en el que esos únicos puntos hayan recibido *todas* las aplicaciones de las cuales son susceptibles y las personas hayan sacado provecho de ellas, pasará todavía mucho tiempo y a los espíritas que deseen ponerlos en práctica para sí mismos y para el bien de todos no les faltará ocupación.

Esos puntos son muchos focos desde donde se irradian innumerables verdades secundarias que se trata de desarrollar y de aplicar, lo que se hace cada día; pues cada día se revelan hechos que levantan una esquina del velo. El Espiritismo ha dado

sucesivamente y, en algunos años, todas las bases fundamentales del nuevo edificio; les corresponde a sus adeptos ahora poner en práctica ese material, antes de solicitar otro nuevo; Dios sabrá bien proveerles cuando hayan terminado su tarea.

Los espíritas, se dice, sólo saben el alfabeto del Espiritismo; que sea así; aprendamos, pues, primero a silabear ese alfabeto, lo que no es asunto de un día, pues, incluso reducido a esas únicas proporciones, transcurrirá un buen tiempo antes de que se hayan agotado todas las combinaciones y

**«El Espiritismo ha dado
[...] todas las bases
fundamentales del nuevo
edificio; les corresponde
a sus adeptos ahora poner
en práctica ese material,
antes de solicitar
otro nuevo»**

cosechado todos los frutos. ¿Ya no quedan hechos para explicar? ¿Además, los espíritas no tienen que enseñar ese alfabeto a aquellos que no lo saben? ¿Han lanzado la semilla por todos los lugares donde habrían podido hacerlo? ¿Ya no quedan incrédulos que convertir, obsesos que curar, consuelos que dar, lágrimas que secar? ¿Hay fundamento al decir que no se tiene nada más que hacer cuando no se ha acabado el trabajo, cuando quedan aún tantas llagas por cerrar? Allí están nobles ocupaciones que hacen valer mucho la vana satisfacción de

saber un poco más y un poco antes que los otros.

Sepamos, pues, deletrear nuestro alfabeto antes de querer leer fácilmente en el gran libro de la naturaleza; Dios sabrá bien abrírnoslo según avancemos, pero no depende de ningún mortal forzar Su voluntad anticipando el tiempo de cada cosa. Si el árbol de la ciencia es demasiado alto para que lo podamos alcanzar, aguardemos a que, para volar hacia él, nuestras alas estén crecidas y sólidamente fijas, por miedo a tener la suerte de Ícaro.



20 – De la mediumnidad curativa

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
8.º año, n.º 9, septiembre de 1865*

Se nos escribe desde Lyon, el 12 de julio de 1865:

«Caro señor Kardec:

»Vengo, en calidad de Espírita, a recurrir a vuestra amabilidad y rogamos que tengáis a bien darme algunos consejos con relación a la práctica de la mediumnidad curativa por medio de la imposición de manos. Un simple artículo sobre este tema en la *Revista Espírita*, que contenga algunos desarrollos, sería acogido, estoy seguro, con gran interés, no solamente por aquellos que, como yo, se ocupan de esa cuestión con fervor, sino también por muchos otros a quienes esa lectura podría inspirarles el deseo de ocuparse de eso. Siempre me acuerdo de estas palabras dichas por una sonámbula a quien yo había instruido. Durante su sueño magnético, la

enviaba a visitar a una enferma a distancia y con relación a mi pregunta sobre cómo se la podría curar, dijo: “Hay alguien en su pueblo que podría hacerlo, es tal persona; es un médium sanador, pero *él no nada sabe de eso*”.

»No sé hasta qué punto esa facultad es específica; os corresponde a vos, más que a cualquier otra persona, evaluarlo, pero si lo es realmente, cuán deseable sería que atrajeráis la atención de los Espíritas sobre este punto. Incluso todos aquellos que, al margen de nuestras opiniones, os leyeran no podrían tener ninguna repugnancia en experimentar una facultad que solamente solicita la fe en Dios y la oración. ¿Qué hay de más general, de más universal? Ya no se trata de Espiritismo y cada uno, en ese terreno, puede conservar sus

convicciones. ¡Cuántas hermanas de la caridad, cuántos buenos curas del campo, cuántos millares de personas piadosas, ardientes por la caridad, podrían ser médiums sanadores! Es lo que sueño en todas las religiones, en todas las sectas. Aceptada por todos los lugares, esa facultad, ese regalo divino de la bondad del Creador, en lugar de permanecer la exclusividad en algunos, caería, si puedo expresarme así, en el dominio público. Sería un día hermoso para aquellos que sufren, ¡y hay tantos!

»Pero, para ejercer esa facultad, independientemente de una fe viva y de la oración, pueden existir condiciones que reunir, procedimientos que seguir para actuar con la mayor eficacia posible. ¿Cuál es la parte que le corresponde al médium en la imposición de manos? ¿Cuál es la que le corresponde a los Espíritus? ¿Se debe emplear la voluntad, como en las operaciones magnéticas, o limitarse a orar, dejando que la influencia oculta actúe a gusto? ¿Esa facultad es

realmente específica o accesible a todos? ¿El organismo desempeña un papel y cuál sería ese papel? ¿Se puede desarrollar esa facultad y en qué sentido?

»Es aquí donde vuestra larga experiencia, vuestros estudios sobre las influencias fluídicas, la enseñanza de los Espíritus elevados que os asisten y, en fin, los documentos que recogéis de todos los rincones del globo pueden permitirnos esclarecernos e instruirnos; nadie, como vos, está colocado en esa situación singular. Todos aquellos que se ocupan de esa cuestión desean vuestros consejos tanto como yo, estoy seguro, y creo que me hago el vocero de todos. ¡Qué mina fecunda es la mediumnidad curativa! Se aliviará o se curará el cuerpo y por el alivio o la cura se encontrará el camino del corazón, allí donde frecuentemente la lógica había fracasado. ¡Cuántos recursos posee el Espiritismo! ¡Cómo es rico en los medios que está llamado a emplear! No dejemos ninguno de ellos improductivo; que

todo concurra a elevarlo y a difundirlo. Vos empleáis todos los medios necesarios para eso, caro señor Kardec, y después de Dios y de los buenos Espíritus, el Espiritismo os debe lo que es. Ya tenéis una recompensa en este mundo por la simpatía y el afecto de millones de corazones que ruegan por vos, sin contar la verdadera recompensa que os espera en un mundo mejor.

»Tengo el honor, etc.

A. D.»

Lo que nos solicita la honorable persona con quien mantenemos correspondencia no es nada menos que un tratado sobre la materia. La cuestión ha sido esbozada en *El Libro de los Médiums* y en muchos artículos de la *Revista*, en lo que concierne a hechos de curaciones y de obsesiones; está resumida en *El Evangelio según el Espiritismo*, con relación a las oraciones por los enfermos y los médiums sanadores. Si un tratado regular y completo todavía no ha sido hecho,

eso se debe a dos causas: la primera es que, a pesar de toda la actividad que desplegamos en nuestros trabajos, nos es imposible hacer todo a la vez; la segunda, que es más grave, está en la insuficiencia de las nociones que se poseen todavía al respecto. El conocimiento de la mediumnidad curativa es una de las conquistas que debemos al Espiritismo; pero el Espiritismo, que empieza, todavía no puede haber dicho todo; no puede mostrarnos, de un solo golpe, todos los hechos que abarca; cada día, muestra nuevos hechos, de los cuales derivan nuevos principios, que vienen a corroborar o completar aquellos que ya se conocen, pero es necesario el tiempo material para todo. La mediumnidad curativa debía tener su turno; aunque es parte integrante del Espiritismo, es, ella sola, toda una ciencia, pues está unida al Magnetismo y abarca, no solamente las enfermedades propiamente dichas, sino todas las variedades, tan numerosas y tan complicadas, de obsesiones que, por sí mismas,

influyen sobre el organismo. Por lo tanto, no es solamente con algunas palabras como se puede desarrollar un asunto tan vasto. Trabajamos en él, como en todas las otras partes del Espiritismo, pero como no queremos colocar nada por nuestra propia iniciativa ni que sea hipotético, solamente procedemos por la vía de la experiencia y de la observación. Al no permitir los límites de este artículo dar al asunto los desarrollos que conlleva, resumimos algunos de los principios fundamentales que la experiencia ha consagrado.

1. Los médiums que obtienen indicaciones de remedios de parte de Espíritus no son lo que se llaman médiums sanadores, pues no curan por sí mismos; son simples médiums escribientes que tienen una aptitud más específica que otros para ese tipo de comunicaciones y que, por esa razón, se pueden llamar médiums *recetantes*, como otros son médiums poetas o dibujantes. La mediumnidad curativa se ejerce por la acción directa del

médium sobre el enfermo, por medio de una especie de magnetización de hecho o de pensamiento.

2. Quien dice *médium* dice *intermediario*. Hay esta diferencia entre el magnetizador propiamente dicho y el médium sanador: el primero magnetiza con su fluido personal y el segundo, con el fluido de los Espíritus, al cual sirve de conductor. El magnetismo producido por el fluido de las personas es el *magnetismo humano*; aquel que proviene del fluido de los Espíritus es el *magnetismo espiritual*.

3. El fluido magnético tiene, pues, dos fuentes muy distintas: los Espíritus encarnados y los Espíritus desencarnados. Esa diferencia de origen produce una diferencia muy grande en la calidad del fluido y en sus efectos.

El fluido humano siempre está impregnado, en mayor o menor grado, de las impurezas *físicas* y *morales* del encarnado; aquél de los buenos Espíritus es necesariamente más puro y, por eso mismo, tiene propiedades más activas que producen una cura

más rápida. Pero, al pasar por intermedio del encarnado, puede alterarse como un agua límpida que pasa por un recipiente impuro, como todo remedio se altera si ha pasado un tiempo en un recipiente sucio y pierde, en parte, sus propiedades benéficas. De eso se deduce que, para todo verdadero médium sanador, hay la necesidad *absoluta* de trabajar en su depuración, es decir, en su mejoramiento moral, según el principio general: limpiad el recipiente antes de servirlo, si deseáis tener algo bueno. Únicamente eso basta para mostrar que el primero que llega no podría ser médium sanador en la verdadera acepción de la palabra.

4. El fluido espiritual es tanto más depurado y benéfico cuanto el Espíritu que lo suministra es, él mismo, más puro y más liberado de la materia. Se concibe que aquél de los Espíritus inferiores debe parecerse al de las personas y puede tener propiedades *maléficas*, si el Espíritu es impuro y animado de malas intenciones.

Por la misma razón, las cualidades del fluido humano presentan matices infinitos según las cualidades *físicas y morales* del individuo; es evidente que el fluido rezumado de un cuerpo malsano puede inocular principios mórbidos en el magnetizado. Las cualidades morales del magnetizador, es decir, la pureza de intención y de sentimiento, el deseo ardiente y desinteresado de aliviar a su semejante, unidos a la salud del cuerpo, dan al fluido un poder reparador que, en ciertos individuos, puede acercarse a las cualidades del fluido espiritual.

Por lo tanto, sería un error considerar al magnetizador como una simple

«para todo verdadero médium sanador, hay la necesidad *absoluta* de trabajar en su depuración, es decir, en su mejoramiento moral»

«habría imprudencia en someterse a la acción magnética del primer desconocido»

máquina de transmisión fluídica. En eso como en todas las cosas, el producto va conforme al instrumento y al agente productor. Por esos motivos, habría imprudencia en someterse a la acción magnética del primer desconocido; aparte de los conocimientos prácticos indispensables, el fluido del magnetizador es como la leche de una nodriza: saludable o insalubre.

5. Al ser el fluido humano menos activo, exige una magnetización constante y un verdadero tratamiento, a veces muy largo; el magnetizador, debido a que consume su propio fluido, se agota y se fatiga, pues es de su propio elemento vital que él da; es por eso que debe, de tiempo en tiempo, recuperar sus fuerzas. El fluido espiritual, más potente a causa de su pureza,

produce efectos más rápidos y frecuentemente casi instantáneos. Al no ser ese fluido el del magnetizador, resulta que la fatiga es casi nula.

6. El Espíritu puede actuar directamente, sin intermediario, sobre un individuo, así como se lo puede constatar en muchas ocasiones, ya sea para aliviarlo, curarlo si eso se puede, o para producir el sueño sonambúlico. Cuando actúa por un intermediario, es el caso de la *mediumnidad curativa*.

7. El médium sanador recibe el influjo fluídico del Espíritu, mientras que el magnetizador extrae todo de sí mismo. Pero los médiums sanadores, en la estricta acepción de la palabra, es decir, aquellos cuya personalidad se borra completamente ante la acción espiritual, son extremadamente raros, porque esa facultad, elevada al más alto grado, requiere de un conjunto de cualidades morales que rara vez se encuentran en la Tierra; éstos pueden obtener, únicamente por la imposición de manos, esas curas instantáneas que nos parecen prodigiosas;

muy pocas personas pueden aspirar a esa gracia. Al ser el orgullo y el egoísmo las principales fuentes de imperfecciones humanas, resulta que aquellos que se vanaglorian de poseer ese don, que, a todos los lugares, van a preconizar las curas maravillosas que han hecho, o que dicen haber hecho, que buscan la gloria, la reputación o el provecho, están en las peores condiciones para obtener ese don, pues esa facultad es el privilegio *exclusivo de la modestia, de la humildad, de la abnegación y del desinterés*. Jesús decía a aquellos a quienes había curado: «Id a dar gracias a Dios y no lo digáis a nadie».

8. Por lo tanto, al ser la mediumnidad curativa pura una excepción en la Tierra, resulta que hay casi siempre una acción simultánea del fluido espiritual y del fluido humano; es decir, que los médiums sanadores son todos magnetizadores, en mayor o menor grado, es por eso que actúan según los procedimientos magnéticos; la diferencia está en la predominancia de

uno o de otro fluido y en la mayor o menor rapidez de la cura. Todo magnetizador puede volverse médium sanador si *sabe* hacerse asistir por buenos Espíritus; en ese caso, los Espíritus vienen en su ayuda vertiendo sobre él el propio fluido de ellos, que puede decuplicar o centuplicar la acción del fluido puramente humano.

9. Los Espíritus vienen hacia quienes quieren; ninguna voluntad puede obligarles; ceden a la oración si es fervorosa, sincera, pero jamás a la conminación. Resulta que la voluntad no puede producir la mediumnidad curativa y que nadie puede ser médium sanador con designio premeditado. Se reconoce al médium sanador por los resultados que obtiene y no *por su pretensión de serlo*.

«esa facultad es el privilegio exclusivo de la modestia, de la humildad, de la abnegación y del desinterés»

10. Pero si la voluntad es ineficaz en cuanto al concurso de los Espíritus, es todopoderosa para imprimir al fluido, espiritual o humano, una buena dirección y una energía más grande. En la persona apática y *distráida*, la corriente es apática; la emisión, débil; el fluido espiritual se detiene en esa persona, pero sin provecho para ella; en la persona de una voluntad enérgica, la corriente produce *el efecto de una ducha*. No se debe confundir la voluntad enérgica con la testarudez, pues la testarudez es siempre una consecuencia del orgullo o del egoísmo, mientras que el más humilde puede tener la *voluntad de la abnegación*.

La voluntad, además, es todopoderosa para dar a los fluidos las cualidades específicas apropiadas a la naturaleza de la enfermedad. Ese punto, que es capital, está relacionado con un principio todavía poco conocido, pero que está en estudio: el de las creaciones fluídicas y de las modificaciones que el pensamiento puede hacer sufrir a la materia. El pensamiento, que

provoca una emisión fluídica, puede operar ciertas transformaciones moleculares y atómicas, como se ve producir bajo la influencia de la electricidad, de la luz o del calor.

11. La oración, que es un pensamiento, cuando es fervorosa, ardiente, hecha con fe, produce el efecto de una magnetización, no solamente porque llama el concurso de los buenos Espíritus, sino también porque dirige sobre el enfermo una corriente fluídica saludable. Llamamos vuestra atención respecto a este asunto sobre las oraciones contenidas en *El Evangelio según el Espiritismo* para los enfermos o los obsesos.

12. Si la mediumnidad curativa pura es el privilegio de las almas de élite, la posibilidad de dulcificar ciertos sufrimientos, incluso de curar, aunque de una manera no instantánea, ciertas enfermedades, está dada a todo el mundo, sin que haya necesidad de ser magnetizador. El conocimiento de los procedimientos magnéticos es útil en los casos complicados,

pero no es indispensable. Como está dado a todo el mundo hacer un llamado a los buenos Espíritus, orar y *querer* el bien, frecuentemente basta imponer las manos sobre un dolor para calmarlo; es lo que puede hacer todo individuo, si emplea en eso la fe, el fervor, la voluntad y la confianza en Dios. Se puede observar que la mayoría de los médiums sanadores inconscientes, aquellos que no se dan ninguna cuenta de su facultad y que se encuentran a veces en las condiciones más humildes y entre personas privadas de toda instrucción, recomiendan la oración y se ayudan a sí mismos al orar. Únicamente, la ignorancia de ellos les hace creer en la influencia de esta o de aquella fórmula; algunas veces, incluso, mezclan en eso prácticas evidentemente supersticiosas, que deben ser consideradas tal como merecen.

13. Pero del hecho de que se habrá obtenido una vez, o incluso varias veces, resultados satisfactorios, sería temerario hacerse pasar por médium

sanador y concluir que se puede vencer toda especie de mal. La experiencia prueba que, en la acepción estricta de la palabra, entre los mejores dotados, no hay médiums sanadores universales. Éste habrá devuelto la salud a un enfermo y no producirá nada en otro; aquél habrá curado un mal en un individuo y no curará el mismo mal otra vez, en la misma persona o en otra; otro, en fin, tendrá la facultad hoy, ya no la tendrá mañana y podrá recuperarla más tarde, según las afinidades o las condiciones fluídicas en las cuales se encuentre.

14. La mediumnidad curativa es una *aptitud*, como todos los tipos de mediumnidad, inherente al individuo, pero el resultado efectivo de esa aptitud es independiente de su voluntad. Indudablemente, se desarrolla por el ejercicio y, sobre todo, por la práctica del bien y de la caridad; pero como no podría tener la fijeza, ni la puntualidad de un talento adquirido por el estudio y del cual se es siempre poseedor, no podría volverse una

profesión. Por lo tanto, sería algo engañoso que una persona se ostentara ante el público como médium sanador. Esas reflexiones no se aplican a los magnetizadores, porque la potencia está en ellos y son libres para disponer de ella.

15. Es un error creer que aquellos que no comparten nuestras creencias no tendrían ninguna repugnancia ante la posibilidad de experimentar esa facultad. La mediumnidad curativa *razonada* está íntimamente asociada con el Espiritismo, ya que se basa esencialmente en el concurso de los Espíritus; ahora bien, aquellos que no creen en los Espíritus, ni en su propia alma, y mucho menos en la eficacia de la oración, no podrían ponerse en las condiciones deseadas, pues no

es algo que se pueda experimentar maquinalmente. Entre aquellos que creen en el alma y en su inmortalidad, ¿cuántos todavía hoy en día retrocederían de pavor ante un llamado a los buenos Espíritus, con el temor de atraer al demonio, y que creen todavía, de buena fe, que todas esas curas son obra del diablo? El fanatismo es ciego; no razona. No será siempre así, sin duda, pero pasará todavía tiempo antes de que la luz penetre en ciertos cerebros. Entretanto, hagamos el mayor bien posible con la ayuda del Espiritismo; hagamos el bien incluso a nuestros enemigos, aunque seamos pagados con ingratitud. Es el mejor medio de vencer ciertas resistencias y de probar que el Espiritismo no es oscuro, como algunos lo afirman.



21 – Alocución en la reanudación de las sesiones de la Sociedad de París, el 6 de octubre de 1865

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
8.º año, n.º 11, noviembre de 1865

Señores y caros colegas:
En el momento de reanudar el curso de nuestros trabajos, es para todos nosotros, y para mí en particular, una gran satisfacción encontrarnos reunidos de nuevo. Sin duda, vamos a reencontrar a nuestros buenos guías habituales; hagamos votos para que, gracias al concurso de ellos, este año sea fecundo en resultados. Permitidme, en esta ocasión, dirigiros algunas palabras oportunas.

Desde nuestra separación, un gran rumor se forma sobre el Espiritismo. Hablando con precisión, solamente a mi regreso¹² he tenido cono-

cimiento de ese rumor, pues fue con dificultad que algunos ecos me llegaron en mi soledad en el medio de las montañas.

No entraré en los detalles de ese asunto, que serían superfluos hoy, y, en cuanto a mi apreciación personal, la conocéis por lo que he dicho en la *Revista*. Solamente agregaré algunas palabras: es que todo viene a confirmar mi opinión sobre las consecuencias de lo que ha sucedido. Estoy feliz al ver que esa apreciación es compartida por la gran mayoría, si no es por la unanimidad de los Espíritas, de lo que tengo prueba, cada día, por mi

¹² N. de la T.: Allan Kardec se refiere a una fuerte campaña en contra del Espiritismo, en Francia, causada por la acusación de charlatanería contra los hermanos estadounidenses Davenport, que se presentaron en París, el 12 de septiembre de 1865, en una sesión pública pagada, para la producción de fenómenos de efectos físicos. En el día de esa sesión, Allan Kardec estaba en Suiza.

correspondencia.

Un hecho evidente resalta de esa polémica iniciada con ocasión de los hermanos Davenport: es la ignorancia absoluta de los críticos con respecto al Espiritismo. La confusión que establecen entre el Espiritismo serio y la juglaría sin duda puede inducir momentáneamente al error a algunas personas, pero es notorio que la propia excentricidad del lenguaje de los críticos ha llevado a muchas personas a inquirir sobre lo que es exacto, y la sorpresa de esas personas ha sido grande al encontrar algo completamente diferente a malabarismos. El Espiritismo ganará con eso, por lo tanto, como lo he dicho, pues será mejor conocido y mejor apreciado. Esa circunstancia, que está lejos de ser un hecho de la casualidad, apresurará, indudablemente, el desarrollo de la Doctrina. Se puede decir que es un esfuerzo enérgico, cuyo alcance no tardará en hacerse sentir.

Por lo demás, el Espiritismo pronto entrará en una nueva fase que fijará

forzosamente la atención de los más indiferentes, y lo que acaba de suceder le facilita el camino. Entonces, se harán realidad estas palabras proféticas del abad D..., cuya comunicación he relatado en la *Revista*: «Los literatos serán vuestros más poderosos auxiliares». Ya lo son sin quererlo, más tarde lo serán voluntariamente. Se preparan circunstancias que precipitarán ese resultado y es con seguridad que digo que, en estos últimos tiempos, los asuntos del Espiritismo han avanzado más de lo que se podría creer.

Desde nuestra separación, he aprendido muchas cosas, señores; pues no creáis que, durante esa interrupción de nuestros trabajos comunes, yo haya ido a disfrutar las dulzuras del *far niente*. No fui a visitar centros espíritas, es verdad, pero no dejé de ver mucho y de observar mucho y, por eso mismo, de trabajar mucho.

Los acontecimientos caminan con rapidez y, como los trabajos que me

quedan por terminar son considerables, debo apresurarme a fin de estar listo en el tiempo oportuno. En presencia de la grandiosidad y de la gravedad de los acontecimientos que todo hace presentir, los incidentes secundarios son insignificantes; las cuestiones personales pasan, pero las cosas principales quedan.

Por lo tanto, se debe atribuir a las cosas solamente una importancia relativa y, en lo que me concierne personalmente, debo apartar de mis preocupaciones lo que es sólo secundario y que podría o retrasarme o desviarme del objetivo principal. Ese objetivo se dibuja cada vez más claramente y lo que he aprendido, sobre todo en estos últimos tiempos, es los medios de llegar a él con más seguridad y de superar los obstáculos.

Que Dios me guarde de tener la pretensión de crearme el único capaz, o más capaz que otro, o el único encargado de cumplir los designios de la Providencia; no, ese pensamiento está lejos de mí. En ese gran

movimiento renovador, tengo mi parte de acción; por lo tanto, sólo hablo de lo que me concierne; pero lo que puedo afirmar sin vana fanfarronería es que, en el papel que me incumbe, ni el valor, ni la perseverancia me faltarán. Jamás he dejado de tener valor y perseverancia, pero hoy, que veo la ruta iluminarse por una maravillosa luz, siento que mis fuerzas aumentan. Jamás he dudado; pero hoy en día, gracias a las nuevas luces que Dios ha querido darme, estoy seguro, y digo a todos nuestros hermanos, con más certeza que nunca: «Valor y perseverancia, pues un esplendoroso éxito coronará nuestros esfuerzos».

A pesar de la situación próspera del Espiritismo, sería engañarse singularmente creer que, de ahora en

**«Valor y perseverancia,
pues un esplendoroso
éxito coronará nuestros
esfuerzos»**

«El Espiritismo pone en revolución al mundo visible y al mundo invisible»

adelante, él caminará sin tropiezos. Al contrario, se deben esperar nuevas dificultades, nuevas luchas. Todavía tendremos, pues, momentos penosos que atravesar, dado que nuestros adversarios no se dan por vencidos y disputarán el terreno palmo a palmo. Pero es en los momentos críticos cuando se reconocen los corazones sólidos, las abnegaciones verdaderas; es entonces que las convicciones profundas se distinguen de las creencias superficiales o simuladas. En la paz, no hay mérito en tener valor. Nuestros jefes invisibles cuentan a sus soldados, en este momento, y las dificultades son para ellos un medio de poner en evidencia a aquellos en quienes pueden apoyarse. Es también, para nosotros,

una forma de saber quién está verdaderamente con nosotros o contra nosotros.

La táctica de nuestros adversarios, no sería demasiado repetirlo, es, en este momento, buscar dividir a los adeptos, lanzando motivos de discordia a fin de crear obstáculos, incitando desalientos verdaderos o simulados; y, es necesario decirlo bien, tienen como auxiliares a ciertos Espíritus que se ven perturbados por el advenimiento de una fe que debe unir a las personas en un común sentimiento de fraternidad; por eso, estas palabras de uno de nuestros guías son perfectamente verdaderas: «El Espiritismo pone en revolución al mundo visible y al mundo invisible».

Desde hace algún tiempo, nuestros adversarios tienen en mira a las sociedades y a las reuniones Espíritas, donde siembran a profusión fermentos de discordia y de celos. Personas cortas de vista, cegadas por la pasión, creen haber conseguido una gran victoria cuando han logrado causar

algunas perturbaciones en una localidad, ¡como si el Espiritismo estuviera enfeudado en un lugar cualquiera, o encarnado en algunos individuos! El Espiritismo está en todos los lugares, en la Tierra y en las regiones etéreas; ¡que vayan a alcanzarlo, pues, en las profundidades del espacio! El movimiento se da, no por las personas, sino por los Espíritus designados por Dios; es irresistible, porque es de la Providencia. Por lo tanto, no es una revolución humana que se pueda detener por la fuerza material; ¿quién es, pues, aquel que se creería capaz de frenarla al arrojar una pequeña piedra bajo la rueda? Pigmeo en la mano de Dios, será arrebatado por el torbellino.

Que todos los Espíritas sinceros se unan, pues, en una santa comunión de pensamiento para enfrentar la tormenta; que todos aquellos que están penetrados por la grandiosidad del objetivo pongan de lado las pueriles cuestiones incidentales; que hagan callar las susceptibilidades de amor propio, para solamente ver la impor-

tancia del resultado hacia el cual la Providencia conduce a la humanidad.

Consideradas las cosas desde ese punto de vista elevado, ¿en qué se vuelve la cuestión de los hermanos Davenport? Sin embargo, esa propia circunstancia, aunque muy secundaria, es una saludable advertencia; impone deberes específicos a todos los Espíritas y a nosotros en particular. Como se sabe, lo que les falta a aquellos que confunden al Espiritismo con la juglaría es conocer lo que es el Espiritismo. Sin duda, podrán saberlo por los libros cuando se den el trabajo para eso; ¿pero qué es la teoría frente a la práctica? No basta decir que la Doctrina es bella; es necesario que

**«No basta decir que la
Doctrina es bella; es
necesario que aquellos
que la profesan muestren
su aplicación»**

«las cuestiones personales deben borrarse ante la cuestión de interés general»

aquellos que la profesan muestren su aplicación. Les corresponde, pues, a los adeptos dedicados a la causa probar lo que la Doctrina es por su manera de actuar, sea en privado, sea en las reuniones, evitando, con más cuidado que nunca, todo lo que podría dar cabida a la malevolencia y producir, sobre los incrédulos, una impresión desfavorable. Quienquiera que se encierre en el límite de los principios de la Doctrina puede desafiar intrépidamente la crítica y no incurrirá jamás en la sanción de la autoridad ni en las severidades de la ley.

La Sociedad de París, puesta en evidencia más que cualquier otra, sobre todo debe dar el ejemplo. Estamos todos felices de decir que la Sociedad de París jamás ha faltado a sus

deberes y de haber podido constatar la buena impresión producida por su carácter eminentemente serio, por la gravedad y el recogimiento que presiden sus reuniones. Es más un motivo para que la Sociedad de París evite escrupulosamente, hasta en las apariencias, lo que podría comprometer la reputación que se ha adquirido. Incumbe a cada uno de nosotros velar por eso en el propio interés de la causa; es necesario que la calidad de miembro, o de médium, al prestar a la Sociedad su concurso, sea un título de confianza y consideración. Cuento, pues, con la cooperación de todos nuestros colegas, cada uno en el límite de su poder. No se debe perder de vista que las cuestiones personales deben borrarse ante la cuestión de interés general. Las circunstancias a las cuales vamos a entrar son graves, lo repito, y cada uno de nosotros tendrá su misión, pequeña o grande. Es por eso que debemos estar en la posibilidad de cumplirla, porque nos serán solicitadas cuentas de ello. Tened la

bondad de perdonarme, os lo ruego, este lenguaje un poco austero en la reanudación de nuestros trabajos, pero es impuesto por las circunstancias.

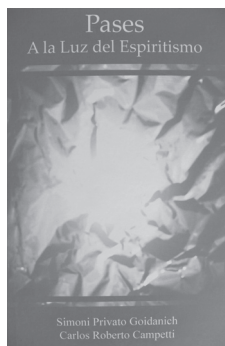
Señores, en nuestra primera reunión, uno de nuestros colegas falta corporalmente al llamado; durante nuestra separación, el señor Naut, el padre de nuestra buena y excelente Espírita señora Breul, regresó al mundo de los Espíritus, desde donde, lo esperamos,

todavía tendrá a bien venir entre nosotros. Durante sus funerales, le hemos ofrecido un justo tributo de simpatía, que nos hacemos un deber renovar hoy y estaremos felices si, a la brevedad, él deseara dirigirnos algunas palabras y juntarse, de ahora en adelante, a los buenos Espíritus que nos ayudan con sus consejos.

Roguémosles, señores, que tengan a bien continuar su asistencia.



Otros libros de la autora



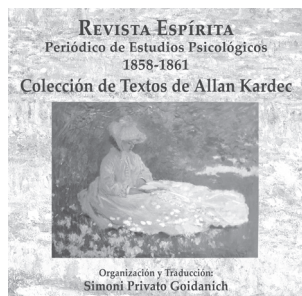
Pases a la Luz del Espiritismo

Escrito con Carlos Roberto Campetti, este libro fue elaborado en base a las obras de Allan Kardec, de los Espíritus Emmanuel, André Luiz, Manoel Philomeno de Miranda, Áureo y Hermano Jacobo, así como a las enseñanzas del Magnetismo presentadas por Michaelus. Analiza el concepto de pases; el papel del pasista y del paciente; los mecanismos de los pases; las técnicas; la aplicación de pases para la interrupción de procesos obsesivos y en las reuniones mediúmnicas; el servicio de pases en el Centro Espírita. Cuenta con un capítulo dedicado a reflexiones sobre preguntas y comentarios frecuentes de pasistas y de pacientes.



Oratoria a la Luz del Espiritismo

Se basa en las obras de Allan Kardec, Emmanuel, André Luiz, Joanna de Ágelis, Manoel Philomeno de Miranda y Marco Prisco. Se destina a candidatos a la tarea, a dirigentes responsables del ofrecimiento de la tribuna espírita a oradores y al público que asiste a las conferencias espíritas. Entre otros temas, el libro analiza el concepto y la finalidad de la oratoria espírita; la elocuencia a la luz del Espiritismo; los mecanismos de la oratoria; los requisitos para la preparación del orador espírita; el miedo de hablar en público; la acción de los obsesores sobre los oradores y la oratoria espírita en la práctica.



Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos 1858-1861: Colección de Textos de Allan Kardec

Contiene diecisiete textos, traducidos fielmente del original escrito en francés por Allan Kardec, que fueron publicados entre 1858 y 1861 en la *Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos*. Entre otros temas, esos textos tratan de: mediumnidad, orientaciones a grupos y a movimientos espíritas, la intervención de la Ciencia en el Espiritismo, polémicas y publicaciones espíritas, y el Auto de Fe de Barcelona.

Impreso por *La Oficina*
laoficina@uio.satnet.net
Tel: (5932) 2412004
Quito - Ecuador